ISRAEL COVARRUBIAS

LA FASCINACIÓN DEL POPULISMO

Razones y sinrazones de una forma política actual

DEBATE

ISRAEL COVARRUBIAS

LA FASCINACIÓN DEL POPULISMO

Razones y sinrazones de una forma política actual

DEBATE

La fascinación del populismo

Razones y sinrazones de una forma política actual

ISRAEL COVARRUBIAS

DEBATE

E gli uomini in universali iudicano
più agli occhi che alle mani.
NICOLÁS MAQUIAVELO

Introducción

El regreso del populismo al plano político global es un hecho sin precedentes en la historia contemporánea de la democracia. Es el fenómeno político más debatido en los últimos años, por lo que ha llamado la atención de la ciencia política, la sociología política y otras áreas contiguas a los estudios políticos. Por ejemplo, en el congreso de la International Political Science Association (IPSA), la organización mundial de mayor prestigio en el campo de la ciencia política, que tuvo lugar en 2018 en Australia, la sesión plenaria fue titulada "Challenging the Borders of Liberal Democracy: The Global Rise of Populism", lo que confirma la atención que el fenómeno levanta en la sede académica.

La imagen que evoca nos lleva de inmediato a la identificación de personajes polémicos que están en boca de todos los interesados en la política actual, como Donald Trump, Vladimir Putin, Recep Tayyip Erdoğan, Viktor Orbán, Beppe Grillo, Matteo Salvini, Marine Le Pen, Evo Morales, Nicolás Maduro, Hugo Chávez, Cristina Kirchner, Alberto Fernández, Rafael Correa, Pedro Castillo, Andrés Manuel López Obrador, entre otros. En un segundo momento, el populismo dibuja una serie de formaciones partidistas, con o sin estructuras territoriales fuertes, vinculadas directamente con algunos de los líderes que las dirigen, como el caso de Podemos y Vox en España, el Movimento 5 Stelle en Italia, el Rassemblement National en Francia, Syriza en Grecia, Morena en México, el Partido Justicialista en Argentina, Perú Libre en el país andino, etcétera. La palabra también indica fenómenos inéditos como el Brexit en Inglaterra,

el surgimiento del activismo nativista armado en Estados Unidos y el crecimiento de las formaciones partidistas neofascistas en Europa así como en América Latina. El campo histórico de su desarrollo es amplio, y en parte está concentrado en diversas experiencias nacionales, principalmente en Europa, América Latina, Estados Unidos y en menor medida Asia.

El populismo ejerce una intensa presión en la democracia para empujarla a un terreno político inestable donde juega con maestría. Después de los debates y la atención académica que el fenómeno de la democratización generó en la transición del siglo XX al XXI, es el populismo el que ha adoptado una suerte de centralidad en los estudios sobre el cambio político, particularmente porque, en todos los casos donde tenemos gobiernos populistas, su ascenso al poder fue gracias a elecciones y mecanismos democráticos. De hecho, el populismo acompañó la conclusión de varios de los procesos de democratización que tuvieron lugar hacia finales del siglo XX en diversas latitudes. En efecto, se puede discutir qué tan democráticos, competitivos y pluralistas son los sistemas políticos específicos donde se desarrollan los populismos como para que sea *the only game in town* y no una opción entre otras. Pero esto es otra cuestión que no abordaremos en este libro. Desde este punto de vista, es un efecto de la particular manera en que se ha desarrollado esa transición de siglo en el ámbito nacional y regional. Si bien es cierto que, por ejemplo, en el caso latinoamericano, distintas experiencias de populismo ya estaban presentes hacia finales de los años noventa del siglo XX en Venezuela, a las que se agregaron Bolivia, Ecuador y Argentina a comienzos de nuestro siglo (por no hablar de los populismos clásicos en la región durante la primera mitad del siglo pasado en Argentina, Brasil, Colombia, México y Perú), no es sino hasta la segunda década del siglo XXI cuando el asunto deviene en un problema de gobierno, sobre todo por el incremento de ofertas partidistas declaradas como populistas, y más aún, después del ascenso y caída de Donald Trump en Estados Unidos, que funciona como un caso límite. Para dar una muestra del gran universo que abarca el fenómeno, hasta el año 2020, solo en la Unión Europea se tenían identificados 52 partidos políticos

considerados populistas o neopopulistas en prácticamente todos los países que componen la región.[1] De aquí que sea necesario abrir un debate en torno a algunas direcciones que el fenómeno ha generado a nivel global, en un intento por sobrepasar el uso convencional o "de moda" que la palabra convoca en el terreno académico y más allá de él.[2] Lo importante es no congeniar con la reacción precipitada de que el populismo es un fenómeno negativo para la democracia. En efecto, es un fenómeno contrademocrático, pero la constatación no explica su permanencia y las rápidas transformaciones que imprime a la primera.

La discusión sobre el populismo como forma política global es, en realidad, el umbral de entrada a un debate mayor que exige una reflexión acerca del significado (qué quiere decir) y el alcance (qué efectos produce para la vida en común) de esta forma política para la democracia. Evidentemente no estamos hablando de la forma democrática heredada del siglo XX, sino de aquella que camina a través de un legado "ruinoso" y discontinuo hasta llegar a nuestro siglo XXI, corroborando que toda herencia política no puede ser posible sin pérdidas.

Para comenzar, el populismo es una suerte de "estado de ánimo" de la experiencia democrática reciente. Sin duda, un estado de ánimo relevante, aunque no sea el único *pathos* presente en la vida pública de la democracia. Al mismo tiempo existe un estado de ánimo melancólico vinculado simbólicamente a la pérdida biográfica y sistémica que sobreviene luego de habitar los restos de un mundo que ya no es, pero que aún está vinculado con la experiencia y el ánimo que la tercera ola de la democratización produjo en las dos últimas décadas del siglo pasado. En muchos de sus aspectos esenciales, este último es un ánimo anclado al *ethos* liberal-democrático, el cual funciona bien en los seminarios de estudios avanzados, aunque su realización empírica sea difícil de escampar en las múltiples realidades de lo social en las democracias.

Ahora bien, el problema —si es que existe realmente uno— no son la presencia del populismo en la política actual ni la fascinación que produce, similar a la que provoca el vértigo frente al vacío, sino que, como subrayaré a lo largo del libro, su apertura exige no perder de vista el debate sobre el

ángulo irrepresentable de lo político. En realidad, la cuestión con el populismo es lo que produce con la diseminación de sus propósitos. Es decir, preocupa su impacto y la transformación que imprime sobre las formas actuales de legitimación política; así como la exacerbación de la emocionalidad y los sentimientos de frustración, donde fortalece el componente de la intolerancia de los ciudadanos al fracaso en las sociedades democráticas, por los resultados mediocres de la economía y la política; o su efecto en el diseño radical de las políticas públicas a través del "legalismo discriminatorio", donde encontramos el ataque político al sistema legal para modificar radicalmente el andamiaje constitucional del Estado, con el objetivo de alcanzar determinados fines, como la consolidación de un nuevo sistema clientelista, la reducción del pluralismo o "la total protección de la ley" para aquella parte del pueblo que lleva al populista al poder.[3] También está el uso político de la ley que hace el gobierno en contra de los actores que son considerados enemigos políticos, en la medida en que "pueden ser sospechosos de trabajar en contra del pueblo".[4] En su conjunto, estas formas de actuación del legalismo discriminatorio pueden ser identificadas con un fenómeno clásico del poder, que es el de "apartarse de la regla del derecho".[5] Con mucha probabilidad, esta es una clave de lectura oportuna para América Latina, dado el diseño presidencialista de sus democracias.

Además, la preocupación está causada por la activación de viejos fantasmas xenófobos, más claro entre los populismos de las derechas, que traducen vocaciones persecutorias donde hay una excitación continua de los miedos autóctonos, como sucedió en un momento clave de la campaña electoral de Donald Trump, con la retórica de los *bad hombres*. Por otro lado, en el ámbito de seguridad adopta la forma de populismo penal, en el que tenemos una insistencia sobre el incremento de la inseguridad por parte de los políticos profesionales y la televisión, lo que hace que la atención sobre él se desarrolle con rapidez. La consecuencia de esta situación es la convicción público-institucional de que el crimen dentro de la sociedad decrecerá si las "pulsiones represivas" son liberadas para que hagan su trabajo en las calles, porque esas fuerzas están convencidas de que la

amenaza al orden social viene de los individuos en los espacios sociales más desfavorecidos.[6]

Lo anterior manifiesta una serie de problemas de corto y largo plazo. Pero casi siempre nos quedamos con las preocupaciones más próximas, y pensamos poco en los problemas que la situación genera en el terreno mediato. El fenómeno del populismo es un campo de lucha de los desajustes de la democracia como experiencia global, y de las vindicaciones políticas nacionales, que cada día cobran más fuerza en el aseguramiento del individualismo frente a lo común de la forma general de la democracia.

La comprensión de nuestra actualidad política exige una distancia analítica y un cambio de posición del observador para no perdernos en el bosque narrativo de los fenómenos que se estudian, lo que lleva a pensarlos a partir de recuperar sus dislocaciones temporales. Así, el populismo no es la excepción, ya que está presente como una actualidad "inactual", en la medida en que acompaña a la democracia desde hace mucho tiempo. Es una suerte de presencia interna fuerte respecto a ella, pero también es una ausencia presente a lo largo del desarrollo político democrático desde las últimas décadas del siglo XIX, cuando nace como movimiento político, primero con los *naródniki* en la Rusia de los años setenta de ese siglo, y luego con el movimiento de los granjeros en Estados Unidos, aglutinados alrededor del People's Party.

En los últimos años, hay quienes sostienen que el populismo es la manifestación de un malestar, en analogía a lo que hace una década se decía cuando hablábamos de la desafección de la democracia, donde la apatía y el abstencionismo sintetizaban bien la situación en aquel momento. Lo que perdemos de vista es el hecho de que se adapta de manera adecuada a la aceleración del tiempo de la política, la comunicación y la tecnología de nuestros días. Es un fenómeno anclado a un régimen de historicidad basado en un orden temporal definible como presentismo,[7] una concepción del tiempo donde el inmediatismo pesa más que la proyección de largo plazo, que es marginado del mismo modo que aquel pasado concomitante a la idealización de la llamada "Gran Política" del siglo XX. En la concepción inmediatista, el pasado termina siendo una mera construcción retórica que

permite la invención de un origen *ad hoc* a la coyuntura. En un contexto de presentismo y comunicación exponencial, donde el deseo de vivir en la actualidad provoca que olvidemos los dislates de la semana, de los meses y de los años pasados, todo se vuelve posible en la democracia: tanto que pueden llegar al poder no los mejores, al contrario, los peores. La discusión sobre si determinadas formas democráticas están derivando en formas kakistocráticas sigue abierta, y es oportuna para el estudio del populismo.

¿El populismo está colocado abiertamente en contra de la democracia? Me parece que solo en parte. Es decir, es necesario criticar al populismo para afirmar la democracia, aunque paradójicamente esta última adquiera una forma populista que la hace palidecer y, por momentos, tambalearse. De cualquier modo, la pregunta de si el populismo es el contrario de la democracia está en el aire. La conjugación, en efecto, es inquietante, y quizá por ello de manera precipitada se dice que no es posible pensar el desarrollo de la democracia en los próximos años mediante el espejo del populismo. Al contrario, quisiéramos que desapareciera de una vez por todas de la escena política global.

Los hechos están caminando en otra dirección. Por ello, sostengo que el populismo es la patología política contemporánea más relevante para el estudio empírico de las dinámicas del poder. Esto quiere decir que es una forma política que estructura su campo de acción a través de una continua puesta en escena del "arte de lo político", sobre todo en contextos de fluidez social, donde aparecen como constantes un conjunto de actitudes y prácticas que intentan hacer suya la idea de la innovación, la cual puede derivar en la convicción de que la llegada al poder de esta forma política es justificable porque es necesario cambiar la dirección de la política y la economía, aunque sea "a cualquier costo".

Este libro ha sido pensado como un "libro de combate", en el sentido que imprime Pierre Bourdieu a la acepción de pasar del pedestal académico platónico "al campo de batalla" del tiempo político en el que vivimos. El libro pretende discutir algunos ángulos de los efectos que ha tenido el ascenso del populismo para la democracia, concebida como una idea política "fuerte". De hecho, como lo señalan dos estudiosos del fenómeno,

es solo dentro del campo de historicidad de la democracia moderna y de sus derivaciones nacionales donde es posible hablar de populismo.[8] En las páginas siguientes, el lector encontrará una propuesta de lectura propia, si se quiere, modesta, que pretende analizar, por medio de las herramientas que nos ofrece la teoría política, algunas líneas generales de los populismos "realmente" existentes en el actual concierto de naciones.

Desde hace varios lustros, los políticos que *vivían para* la política están reducidos a un segundo plano. Hoy nos encontramos en un campo político colonizado por los políticos que *viven de* la política.[9] Esta distinción, como el lector puede advertir, no es sintáctica, es de fondo. El mundo de la política real de la democracia ya no está representado por aquellos liderazgos responsables que una vez hicieron de esta forma de gobierno un momento relevante para las sociedades contemporáneas, sobre todo para aquellas que salían de la experiencia de las grandes guerras del siglo XX. Esto no quiere decir que el pasado sea mejor que el presente. Sugiere que asistimos a una quiebra en la ley de la filiación de esa herencia política desarrollada y, al mismo tiempo, agotada en modo gradual a todo lo largo de la segunda mitad del siglo pasado. El resultado aún está por verse en toda su magnitud, ya que apenas alcanzamos a mirar los atisbos de sus primeros impactos para la organización y legitimación del régimen democrático.

I
La ideología y el porvenir de la disimulación

Es común sostener, frente a las diversas expresiones recientes del populismo, que no es un fenómeno necesariamente ideológico, sino que es una forma política que puede ser colmada con cualquier sustrato ideológico, como se observa con la identificación de su plataforma inclinada a la derecha o a la izquierda del espectro político. Incluso se ha afirmado que solo es comprensible a partir de colocarlo como un fenómeno decididamente posideológico, apreciación recurrente entre la comentocracia y los políticos que terminan sus días en el mundo académico, como sucede con el expresidente mexicano Ernesto Zedillo Ponce de León, para quien el populismo —declara de manera contundente— no puede ser colocado en ningún tipo tradicional o nuevo de ideología.[1] Me parece que este tipo de comentarios no debemos dejarlos pasar. Sobre todo porque tienen ecos profundos en la opinión pública y se reproducen al por mayor sin observar su precaria confección intelectual.

Quizá sea cierto que existan expresiones posideológicas del populismo, como el caso de Vladimir Putin, un populismo fundado en una furiosa sinfonía de la violencia, no obstante que la palabra "populismo" supone siempre una declinación ideológica. Pero lo importante es preguntarnos ¿qué entendemos hoy por ideologías?, ¿el conocimiento en la materia aún sigue legado a su significado original? O bien, desde un punto de vista intelectual, ¿ya no importa lo ideológico para la comprensión del fenómeno del populismo? De ser así, entonces, ¿por qué el populismo motiva álgidas

disputas identitarias en el interior de las sociedades democráticas donde ha logrado colocarse en el vértice del poder? Son preguntas válidas, sobre todo porque señalan las controversias en torno a cómo se deben organizar los asuntos públicos de una nación, su desarrollo económico, sus formas de convivencia, etcétera. En ello, el factor ideológico sigue jugando un rol central para la aceptación o rechazo de las posiciones y propuestas en disputa alrededor de la vida pública y, en general, del bien común de un país.

Este estado de ánimo sobre el populismo se debe a que vivimos en un momento marcado por la urgencia, lo que se traduce en el campo intelectual como una incapacidad para despejar la densa niebla que circunda el fenómeno, tanto el concepto como su práctica. Más aún, parece que no existe interés por disiparla. Al contrario, entre más se contribuya a la concentración de un estado de opacidad, mejor para todos, ya que de este modo es más fácil arrojar epítetos, insultos y opiniones sin sustento, que, en efecto, pueden ser efectivos para el universo de la comunicación exponencial, pero poco útiles para su estudio.

ORIGEN Y SIGNIFICADO DE LA PALABRA

"Ideología" es un concepto que nace en el siglo XVIII en el contexto inmediatamente posterior a la Revolución francesa. De hecho, es una categoría que en su inicio solo se encuentra en la lengua francesa. En el *Dictionnaire de l'Académie française*, la palabra aparece en la sexta edición de 1835 (la primera edición del diccionario es de 1694), donde la ideología designa escuetamente una "Ciencia de las ideas, de las operaciones del entendimiento. *Tratado de ideología*".[2] En sus ediciones posteriores, por ejemplo, la séptima de 1878, se hace referencia a la ideología como "Ciencia de las ideas; sistema sobre el origen y la formación de las ideas. *Tratado de ideología*".[3] En la octava edición de 1935 se afirma: "Ciencia de las ideas; sistema sobre el origen y la formación de las ideas. *Tratado de ideología*. // Esta palabra también se aplica, en un sentido peyorativo, a

desarrollos o discusiones de ideas abstractas. *Ese político está impulsado por una ideología vaga*".[4]

Finalmente, en su novena edición, que es la versión más reciente del *Dictionnaire*, se puede leer una definición, hoy aceptada incluso en el campo académico, del significado que reviste la palabra ideología en tres direcciones:

> Siglo XVIII. Compuesto de *idéo* y de *logie*, del griego *logos*, 'discurso'.
>
> 1. HISTORIA. Ciencia de las ideas entendida como hechos de la conciencia, de su origen, de sus relaciones y sus desarrollos, según la escuela filosófica francesa representada por Destutt de Tracy, Cabanis, etcétera.
>
> 2. Conjunto de representaciones, visiones del mundo propias de una sociedad, una época, un movimiento intelectual, un grupo social. *La ideología de las Luces*. *La ideología positivista*. ESPECIALMENTE. En la doctrina marxista, conjunto de ideas, de valores y de normas propias a una clase social, que inspiran sus acciones y sirven a sus intereses particulares. *La ideología burguesa*. *La ideología dominante*.
>
> Título célebre: *La ideología alemana* de Karl Marx y Friedrich Engels (1845-1846).
>
> 3. Sistema de ideas, cuerpo de doctrinas sobre el que se funda una acción política. *Las ideologías revolucionarias, nacionalistas*. *La ideología marxista*, *la ideología fascista*.
>
> USO PEYORATIVO. Teoría vaga y abstracta, pura especulación sin relación con los hechos reales. *Desafía las ideologías*.[5]

La edición precedente a las ediciones citadas del *Dictionnaire* es de 1798, año en el que el conde Antoine Destutt de Tracy está escribiendo su *Mémoire sur la faculté de penser* (1798-1802), una colección amplia de ensayos donde aparece por vez primera la palabra "ideología". Aunque hay quien sostiene que es hasta 1801 cuando Destutt de Tracy semantiza el concepto en su obra *Élements d'idéologie*.[6] Lo cierto es que el vocablo forma parte —advierte el autor— de las ciencias del pensamiento, pero específicamente de una "ciencia de las ideas".[7] Así pues, el concepto aparece hasta la edición de 1835 del *Dictionnaire*. A lo largo de su ensayo, Destutt de Tracy desarrolla diversos aspectos semánticos de la noción de

ideología, pero siempre la refiere como "la ciencia que se ocupa de las ideas o percepciones, y la facultad de pensar o percibir".[8]

En términos generales, aquí tenemos una noción de ideología en sentido clásico, ya que es una ciencia de las ideas o de los hechos que expresan a la conciencia. Asimismo, es un fenómeno que pertenece al universo de la representación de ciertos valores sociales y políticos. También está colocado como un cuerpo de doctrinas sobre el que la política funda y justifica su actuación. Además, se observa el sentido negativo que reviste, subrayando el hecho de que la ideología tiene que ver con la falsificación de la realidad, con la institución de un ámbito metafísico o no verdadero y, al mismo tiempo, entendiendo por verdadero lo que es factible a la experiencia sensible del sujeto que conoce.

Lo que vale la pena remarcar es que cuando revisamos los diccionarios especializados —tanto en el campo de la ciencia política como en otros dominios de saber contiguos, como la sociología, la filosofía o la antropología—, sus definiciones no son ajenas y no se alejan de este campo semántico, lo que corrobora su estabilidad lexicográfica, y con ello pierde sentido la suposición de que el concepto tenga una ambigüedad intrínseca. Como veremos en el siguiente capítulo, la supuesta ambigüedad de los conceptos políticos también es señalada para el concepto de populismo en muchos estudios recientes. Es claro que en las definiciones especializadas existe un mayor grado de articulación semántica respecto a la relación entre las dimensiones connotativas y denotativas del concepto, a su origen y a su trayectoria en diversas corrientes de pensamiento modernas como el marxismo, el socialismo, el liberalismo y la democracia.[9]

A título ilustrativo, véase la entrada del *Diccionario de política*, donde se dice que la ideología tiene un significado débil y otro fuerte. En el primero, se coincide plenamente con lo antes referido, ya que la ideología es definida como "un conjunto de ideas y de valores concernientes al orden político que tienen la función de guiar los comportamientos políticos colectivos". En cambio, en su significación fuerte, la ideología es "una creencia falsa", donde es necesario saber cómo se ha logrado la estructuración del dispositivo que pone en el centro de sus consideraciones

al proceso de mistificación que la ideología construye dentro de la sociedad.[10]

En su origen, la ideología formaba parte de una reflexión ilustrada alrededor del saber y de las ideas, es decir, era la expresión de una preocupación acerca de cómo se producen aquellas desde el campo de la percepción, sin separar "la filosofía de la ciencia; elemento este claramente enciclopedista".[11] Asimismo, anima un debate acerca de la producción lógica del conocimiento mediante la posibilidad de la observación empírica del mundo de los hechos, los modos de atribuirle un significado determinado por el uso representacional del lenguaje, así como de una valoración en términos de conocimiento verdadero,[12] donde la finalidad es "permitir a los hombres pensar mejor y, por lo tanto, vivir mejor juntos en sociedad".[13]

Destutt de Tracy fue un autor que estaba convencido de la oportunidad irrepetible que ofrecía la coyuntura abierta por la Revolución francesa, en relación con la nobleza del pensamiento, esto es, en cuanto a que el "amasamiento de conocimientos, el rigor metodológico y la libertad son las fuentes de dignidad para un tiempo histórico".[14] Con ello se constata que todo concepto no escapa a una definición política. Si después es usado para fines precisos por los políticos profesionales, eso es otra historia. Es decir, los conceptos articulan la acción de los sujetos en el mundo, densifican sus convicciones y los predisponen para ir al encuentro con la aventura del "teatro" de la realidad. Por ello, el nacimiento de este concepto confirma "la presunción de un cambio radical que afecta no solo el pensamiento político, sino las categorías que ordenan la determinación de lo real".[15]

De este modo, se puede argüir, como primer rasgo analítico en su definición, que la ideología es un acto performativo, ya que vincula un conjunto de presupuestos, ideas o hechos (acto locucionario) con el propósito que cumple la promesa (acto ilocucionario) de su realización —donde sabemos que su cumplimiento del modo particular en que las personas escuchan, perciben o interpretan esas ideas no depende de la ideología en sí—, y termina con aquel espacio lingüístico específico donde su enunciación cobra fuerza y deviene real (acto perlocucionario).[16] Esta

tensión es la base de la gran disputa teórica y práctica que las ideologías políticas modernas han tenido entre los siglos XIX y XXI. Es necesario agregar que hay que tener cuidado en sostener la afirmación de que solo después de que la categoría fue acuñada sea posible hablar y observar el desarrollo histórico de las ideologías, ya que el "hecho real", determinado por las circunstancias históricas específicas que emanan del contexto donde tiene lugar, no coincide plenamente "con el del conocimiento" en el campo ideológico.[17]

Tratados políticos, correspondencias, conjuntos de sentencias y reglamentos, proclamas públicas, gacetillas y libelos, que pueden ser referidos como auténticas expresiones de diversos tipos de ideologías, están presentes desde la Edad Media, y quizá desde mucho tiempo atrás. Es cierto que no se encuadran ni se conciben a sí mismas como ideologías políticas, pero de algún modo corresponden con el significado, la función social y la práctica referida para el caso de los ideólogos posrevolucionarios franceses. Pensemos en el *trecento* italiano, una época esencial para la literatura occidental, pero también rica en tratados que hoy serían definidos como auténticos compendios ideológicos. Por ejemplo, la lección del republicanismo prehumanista de Ambrogio Lorenzetti, contenida en la célebre *Alegoría del buen gobierno*, desarrollada durante los años treinta del siglo XIV, no deja de llamar la atención de los estudiosos de la teoría política por la capacidad que el artista tuvo para significar la idealidad de una vida en común pacífica, fundada por medio del lazo que une la justicia con la figura de la señoría, y que, en el marco categorial de Lorenzetti, es la representación del "buen gobierno". Esto abrió la posibilidad histórica del establecimiento de una forma de organización republicana de los asuntos políticos de la ciudad. Así, lo que observamos en el conjunto de murales albergados en la Sala de los Nueve del Palacio Comunal de Siena es un claro ejemplo de la "representación simbólica del único tipo de magistratura a través de la cual un cuerpo de ciudadanos puede esperar o alcanzar el ideal del bien común y, en consecuencia, obtener los beneficios de la paz".[18] Este aspecto ha quedado plasmado en una experiencia histórica específica: la de la organización política de la ciudad de Siena en la primera

mitad del siglo XIV, por medio de la forma representacional que constituye la alegoría de esos frescos que han sido definidos como un original tratado de teoría política.[19]

Por su parte, en su obra *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, el historiador Georges Duby subraya la importancia que tuvieron en Francia las formaciones ideológicas a partir del siglo XI en adelante, contenidas, entre otros, en las proclamas de Adalberón y Gerardo: obispos de Laon y de Cambray, respectivamente. En particular, observa cómo fue posible el nacimiento de una noción de orden social tripartito (*orare*, *pugnare*, *agricolari-laborare*), que, en una forma latente, subsistirá en el país galo por cerca de mil años.[20] En esta empresa, la ideología tuvo un rol fundamental, sobre todo porque se configura en aquellas experiencias históricas "como un proyecto de acción sobre [lo vivido]", ya que una formación ideológica no es un mero "reflejo de lo vivido". En cierta medida, la ideología pone en relación "lo material y lo mental en la evolución de las sociedades".[21] Es una suerte de coagulante entre intenciones y acciones. Sacar a la luz su vínculo y observar sus derivaciones es una tarea, hoy clásica, de desciframiento del universo social donde ello se desarrolla, y para nosotros es un campo fértil para el estudio de una época, por lo menos en relación con las formas de organización del poder.

Como criterio histórico general, la ideología establece las bases que fundan el ideario cultural y político de una época específica. En el caso de la Edad Moderna, encontramos uno de sus precedentes inmediatos en la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789, donde se corrobora el nacimiento de una manera de pensar y justificar los valores, las expectativas y las posibilidades que genera el proceso de cambio de época a partir del fenómeno revolucionario moderno, referido directamente en la convicción de realización de una nueva organización de la vida en común. No es fortuito que en pleno siglo XXI se siga subrayando el carácter instituyente de la Declaración para la historia de los derechos humanos, la democracia y la cultura de la paz que los subyacen. La Declaración es uno de los primeros documentos que representa tanto la

práctica como el ideario de los presupuestos ideológicos de la modernidad, usados de manera indistinta por los partidarios de ideologías rivales, enunciados en la determinación iusnatural de la libertad y la igualdad. Recordemos que, en su artículo primero, la Declaración señala: "Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos"; y es completado con el reconocimiento de los derechos sobre "la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión", enunciados en su artículo segundo.[22]

Asimismo, la proclama "Libertad, igualdad, fraternidad", usada en plena Revolución francesa, simboliza la apertura al nuevo horizonte que está por venir con las luchas sociales que cobran vida durante el periodo insurreccional, y será el emblema del republicanismo francés. Como es sabido, la proclama fue recuperada en el preámbulo de la Constitución francesa de 1958,[23] y en el deseo de justicia social en diversas naciones en los siglos XIX y XX. En términos ideológicos, es interesante referir a la práctica de la fraternidad, un valor de la modernidad. Por mucho tiempo, durante los siglos XIX y XX, el comunismo se confirió su exclusividad, bajo la figura social del "camarada" o "compañero" de viaje. Pero, de igual modo, aparece como una figura compartida en el seno de la sociedad democrática, particularmente en la que se forma al calor de las dos guerras mundiales del siglo XX, cuando se intenta hacer coincidir lo singular de las expresiones que tienen lugar al fraternizar con el prójimo en el campo espacial y plural de la democracia, con el objetivo de llevar a cumplimiento ese proceso de universalización propio de la modernidad política.

La especificidad de la fraternidad es que teje sus vínculos a través de los "lazos de sangre". Desde esta perspectiva, la ideología contribuye, desde su lexicografía y desde el momento de su realización en las prácticas sociales, al otorgamiento de un nombre propio para el efecto de ausencia de consanguinidad en la política moderna. Esto constata la pérdida de la ley de la filiación que supuso la ruptura del antiguo régimen monárquico, a pesar de que las monarquías y las intentonas de restauración sobrevivieron a la explosión revolucionaria. El dilema de la fraternidad como valor político

tiene lugar cuando coinciden las singularidades bajo las cuales se revelan los sujetos con un terreno totalmente conflictual como lo es el político. La peculiaridad de la fraternidad, frente a los otros dos valores que la circundan históricamente —la igualdad y la libertad—, es que el éxito jurídico-político de estas dos últimas es posible por medio de su materialización en reglas e instituciones que dan vida al Estado constitucional moderno, a los derechos que le son intrínsecos, así como al desarrollo de la democracia moderna.[24] Sin embargo, la fraternidad no logra aparecer en este campo: termina en la orilla opuesta, en la inmaterialización de sus figuraciones. Es evidente que este criterio (singular/plural) importa una valoración que asigna una cualidad específica sobre la que tendría que ser la mejor forma de organizar la vida en común, por lo que los contenidos ideológicos de cualquier forma de gobierno estarán supeditados al enganchamiento con la eficiencia perlocucionaria del sistema representacional que soporta, propiamente dicho, al contenido ideológico.

Así, es posible decir que el nacimiento de las ideologías anuncia un cambio en la composición de las prácticas políticas que exigen para su conclusión un marco referencial fundacional, que sea a un tiempo original y propio, distante de aquellos que supone, por ejemplo, la religión o la moral, a pesar de que utilicen para sus propósitos los recursos que estos dos campos les ofrecen. Pero también pretenden volverse un conjunto de significados intrínsecos al campo de lo político en relación con la importancia de la formación de grupos o facciones políticas, de nuevos liderazgos, así como de modos variados de organización de la comunidad, para que estén en sintonía con la lógica de la fundación de proyectos para la organización de la política. Esto se cristaliza en un amplio campo de entrecruces entre hechos y representaciones, cuestión por la que la ideología es relevante en la edad moderna y contemporánea, a pesar de que lo político pueda ser identificado una y otra vez como una especie de "religión disfrazada" cuando coloca en un mismo espacio social la función integradora, propia de la religión, con la función legitimadora, una práctica específica del campo político. En otras palabras, la ideología es un dispositivo que alumbra tenuemente el imbricado bosque que compone la

naturaleza de los vínculos entre la dimensión simbólica y la temporal de la política, por lo que termina por asumir esa forma inversa —el momento "ilusorio"— respecto a la que refieren sus propósitos originales.[25]

LOS USOS POLÍTICOS DE LA IDEOLOGÍA

El de ideología es un término que tiene un carácter polisémico, por lo que necesita ser discernido desde un punto de vista conceptual.[26] A pesar de que es identificado como un concepto "polémico" y "escurridizo",[27] no quiere decir que sea ambiguo. La ambigüedad que se le atribuye —como en general sucede con los conceptos políticos— presupone, en realidad, el uso político del concepto. Incluso es posible decir con ironía que, si existe una cierta ambigüedad en el término, esta es resultado de atribuirle un sentido ideológico al concepto de ideología. Cuando es usado el calificativo "conservador", "revolucionario", "liberal", "marxista", "socialista", "comunista" y más recientemente "populista" (que adopta, como observa Chantal Delsol, un sentido peyorativo en la lucha política contemporánea, sobre el cual volveré más adelante),[28] lo que pone en evidencia el mecanismo no es la práctica de una ideología específica en cuanto conjunto de principios y valores de un grupo en el interior de una sociedad que pretende influir dentro de una comunidad política. Tampoco alude al despliegue cultural del conjunto de ideas, aspiraciones y expectativas que contiene cada ideología, como es la defensa de la libertad para los liberales, la de la igualdad de condiciones para los igualitaristas, la del llamado a la movilización del pueblo y de las masas para los populistas, etcétera. Antes bien, la adjetivación del concepto y de sus directrices es usada en la invención y definición de una frontera, donde el insulto o el señalamiento es un umbral, simbólico y espacial, que separa a los contendientes. En este sentido, no es gratuito que sea Napoleón Bonaparte, casi inmediatamente después de que es acuñado el término, quien sostenga que los ideólogos son "demagogos", calificación que remata con la aseveración cáustica de que

son “metafísicos nebulosos”.[29] Así, el estadista francés “convirtió la palabra ideología en instrumento de acusación y apodo despectivo”.[30]

No perdamos de vista el uso negativo que acompaña a las ideologías políticas prácticamente desde su nacimiento, cuyos ecos regresan con fuerza en el presente. Esta forma de poner bajo “sospecha” a las ideologías ha sido de gran utilidad cuando es configurada como rivalidad, sea para el caso de individuos como de colectivos, que son enmarcados como todos aquellos sujetos que no comparten el mismo ideario político y, por consiguiente, están colocados como enemigos “reales” a los que se tiene que combatir. De hecho, el uso instrumental es ubicado en el extremo opuesto a su origen histórico. Sin embargo, cabe aclarar que en realidad se está dando por descontado en este caso, a partir de un uso instrumental específico de las ideologías, que la identificación ideológica está directamente relacionada con el aspecto “opaco” de su discurso, y que por este mismo carácter “poco claro” debe ser esencializado: el ideólogo es un demagogo, una suerte de charlatán con mucha iniciativa.

Si se observa que los personajes llamados *idèologues* estaban dedicados al trabajo inmaterial, a su vez determinado por su capacidad de pensar y no sucumbir a la vorágine de las necesidades materiales, el uso negativo pierde fuerza, termina por diluirse en un alegato sin forma. Pensemos, por ejemplo, en aquellos intelectuales que, en el contexto ruso de la segunda mitad del siglo XIX, donde la palabra “populismo” nace, se autodefinen como “populistas”, aunque también usen la noción de “proletarios del pensamiento”, en la medida de connotarse como un conjunto de agitadores profesionales para los que idea-acción son inescindibles. En ellos, el momento ilusorio no es un rasgo de una imaginaria opacidad constitutiva, porque las convicciones que defienden nacen y mueren en el universo del “fanatismo” de la acción, una característica inmanente en las luchas políticas e ideológicas de la segunda mitad del siglo XIX.

Con frecuencia, esta discusión es usada cuando se advierte que la ideología engendra fenómenos de reificación sobre los individuos a través de un conjunto de presiones simbólicas y culturales que provienen de ideas generales, justificadas en las prácticas sociales que las confirman. Tomemos

el ejemplo del liberalismo en su versión contemporánea, que inicia en Alemania en los años treinta del siglo XX bajo la égida del ordoliberalismo, y luego llega en el contexto de la segunda posguerra mediante su versión neoliberal.[31] Para las variantes más rígidas de esta última, se observa que la idea de libertad está referida ortodoxamente como "libertad de mercado", traducible en una exigencia creciente hacia los individuos para que adopten un comportamiento por completo racional en la serie de intercambios en los cuales están inmersos en el mercado. Una racionalidad que tiene poco que ver con la realidad cotidiana de esos individuos y de la sociedad en la que viven. Por su parte, también coincide con la exigencia de desplazar al Estado de sus funciones tradicionales sociales de bienestar, a causa de su incapacidad de garantizar un equilibrio entre el mercado económico y el político, lo cual genera la "ilusión" de que el libre mercado corregirá sus propias deficiencias.[32]

Por consiguiente, es comprensible por qué en las sociedades contemporáneas crece "el interés por la política de la ilusión" por parte de las clases políticas que toman decisiones a través de la forma autorreferencial de la política. Al respecto, Alan Wolfe dice que "quienes están a cargo de las decisiones, en lugar de crear ilusiones para consumo público, se convierten ellos mismos en consumidores. Habiendo alimentado tantos mitos, llegan a creer en su propia retórica, hasta el punto de que manipulan las ilusiones, no para convencer al público, sino para terminar convencidos ellos mismos".[33]

La forma ilusoria es una dimensión significativa en los usos conceptuales identificados con la ideología. Fue usada por Karl Marx y Friedrich Engels hacia mediados del siglo XIX en *La ideología alemana*, donde hacen referencia a ella en dos sentidos. En primer término, para Marx y Engels la ideología significa "sublimación" —un proceso—, que "aparece al principio directamente entrelazada con la actividad material y el comercio material de los hombres, como el lenguaje de la vida real. Las representaciones, los pensamientos, el comercio espiritual de los hombres se presentan todavía, aquí, como emanación directa de su comportamiento

material".[34] Por consiguiente, la ideología es un mecanismo por el cual los hombres racionalizan el mundo que habitan.[35] En segundo término, adopta un sentido negativo, ya que para estos autores también es una "ilusión idealista", "una falsa conciencia".[36] Más aún, dicen en una frase épica del léxico marxista, "en toda la ideología los hombres y sus relaciones aparecen invertidos como en una cámara oscura".[37] Pocas líneas más adelante, agregan que las ideologías son "formaciones nebulosas que se condensan en el cerebro de los hombres".[38] De este modo, la ideología es una "inversión", una representación "falsa" de la realidad, una variación de una religión disfrazada que pone en acción simultáneamente el "poder espiritual" y el "poder temporal" en una entidad simbólica y real.

Es interesante la cercanía de Marx y Engels con el calificativo napoleónico en torno a las ideologías, pero más interesante es ver que el uso peyorativo de las ideologías políticas es una poderosa arma discursiva para la lucha política, tanto dentro como fuera de los límites del Estado. La ideología termina siendo un mecanismo eficaz de fundamentación del poder (¿quién o quiénes lo ejercen?), de su justificación (¿cómo y por qué lo ejercen?) y de identificación política (¿de parte de quién están?). Con ello, se abre un largo camino de discusión en torno a la noción de "ideología dominante" o "ideología de las clases dominantes" que llega a nuestros días.[39]

En el caso de algunas expresiones ideológicas del populismo actual, sobre todo aquel que está ubicado en el espacio político de la "izquierda", adopta una confrontación clara con la dominación de las oligarquías privatistas que operan como sucedáneos de las élites políticas electas, y que están enquistadas en el Estado en el momento en que irrumpen las formaciones partidistas populistas de izquierda en el espacio político.[40] De hecho, para algunos estudiosos del populismo de izquierda, hoy nos encontramos en un "momento populista", entendiendo con esta acepción la revigorización de la "naturaleza partisana de la política", luego del desdibujamiento de las ofertas políticas e ideológicas, principalmente socialdemócratas, durante la primera década de nuestro siglo. En este decrecimiento, hay que incluir el efecto que tuvo la crisis económica de

2008 en el sistema democrático global, en particular, el impacto de la dimensión socioeconómica en la estabilidad de aquel. El rasgo esencial de esta naturaleza "divisiva" de la democracia es concebido como una "estrategia discursiva de construcción de una frontera política entre 'el pueblo' y 'la oligarquía'",[41] que, de este modo, devela el potencial político del carácter beligerante del populismo "de izquierda", en una suerte de *vis à vis* con el populismo "de derecha". Como veremos más adelante, el populismo "a la derecha" es la expresión más común en democracias maduras, como las del continente europeo, al tiempo que el de izquierda ha sido y es más recurrente en América Latina, aunque extrañamente ambas posiciones coinciden en su abierto carácter antielitista, que pulveriza la diferencia política que tiene en su momento inaugural.

Ahora bien, cualquier ideología política actual debe ser puesta en relación con el desarrollo del régimen político democrático. Es en función de este y a través de sus formas de conjunción política y social que tiene lugar el nacimiento y el desarrollo de nuevas ideologías políticas como el nacionalismo, el colonialismo, el cosmopolitismo, el indigenismo, el decolonialismo, el feminismo o el populismo. La caída del Muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética, lejos de ser un momento histórico de clausura del largo desarrollo político e ideológico del socialismo realmente existente y del comunismo como "ideología primera", sugieren la inauguración de un nuevo ciclo político que, para algunos autores, podría ser definible como "poshistórico" y "posideológico".[42] No obstante que el debate sobre el agotamiento y consecuente fin de las ideologías ya estaba presente en la sociología política de los años sesenta,[43] la discusión toma un segundo aire con la vindicación política de la democracia que sobreviene después del colapso de la Unión Soviética en 1991. En ambas coyunturas, la del 89 y la del 91, el comunismo emerge ideológicamente como una suerte de "reverso absoluto" a la democracia que, por su parte, no deja de recurrir a un *genus* ideológico, por ejemplo, el liberal y el igualitarista, para la fundamentación de sus prácticas institucionales y sociales. Así, no es posible separar la democracia de sus componentes ideológicos como sucede con los fenómenos del pluralismo, la competencia, las libertades, etcétera.

En este sentido, antes de creer que la ideología es cosa del pasado, sigue teniendo una fuerte presencia en los debates y en las prácticas políticas de la actualidad, como lo mostraremos en los siguientes capítulos. La idea de que el hombre es un animal ideológico por naturaleza no es equivocada. Es una variación de aquella sentencia aristotélica, según la cual el hombre es un animal político por naturaleza, por lo que el estudio de esa naturaleza presupone una indagación puntual de sus fundamentos ideológicos.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD POPULISTA

Se puede decir que, como vehículo relevante de comunicación entre las personas, la política en la modernidad siempre ha tenido una base ideológica. Es decir, la política usa la ideología como forma de conjunción entre intereses sociales y económicos disímbolos, así como entre estrategias de acción y desarrollo opuestas unas de otras, que luchan por imponerse en la organización de la vida en común. La ideología es un momento relevante para la concreción de la política, pues es un reductor de complejidad del mundo social en el cual se desarrolla. Por ello, es importante identificar las operaciones ideológicas, con independencia del ámbito social específico que cubren, con el nacimiento y desarrollo de las identidades políticas modernas. Esto es cierto cuando observamos la formación histórica de los partidos políticos modernos, pero aún más en la política del reconocimiento inherente a la operación de la identificación de los individuos con la política que tuvo lugar en el siglo XX, lo que produjo una expansión inédita e irreversible de la socialización de la política a través de la consolidación de las llamadas escuelas de conversión y agitación ideológica, que los partidos de masas enarbolaron a lo largo del último siglo.[44]

Para la discusión que aquí deseamos suscribir, tenemos que, desde el punto de vista ideológico, existe una relación ilusoria y directa entre populismo y clases populares, que reproduce la retórica política en el cuadrante de eterna “deuda” con los excluidos, mistificando pero también mitificando el potencial subversivo que estos sectores sociales llevan a

cuestas en la dirección de construir una forma democrática "desde abajo", que recupere modos de organización comunal, propios de situaciones juzgadas *ex post* como olvidadas, destruidas o secuestradas.

Este nivel de constitución de la retórica populista ya está presente en los orígenes históricos del populismo, cuando aparece como un movimiento intelectual y político-social en Rusia en el periodo que inicia con las revoluciones democráticas que toman por asalto el escenario de una parte importante de Europa Occidental y Oriental en 1848. Se clausura en 1881 con el atentado que cobró la vida del emperador Alejandro II, una acción organizada y dirigida precisamente por los *naródniki*, es decir, por los populistas.[45] En este caso, la relevancia histórica de la construcción de la identidad del populismo radica en que, como referente ideológico, la comprensión del nacimiento y posterior evolución del socialismo ruso, que culmina con la revolución de octubre de 1917, está en una relación cercana con el populismo.

En uno de los estudios más serios que existen sobre el populismo ruso, el historiador italiano Franco Venturi, basado en una extensa bibliografía y fuentes rusas, dice:

> Populismo es la traducción de la palabra rusa *naródnichestvo*. Derivada de *narod*, 'pueblo', no comenzó a usarse sino hacia 1870. Casi contemporáneamente comenzó a usarse también el término *naródnik*, 'populista'. Solo cuando el movimiento toma una forma más organizada y adquiere fuerza y virulencia es acuñada una palabra que lo distingue. Previamente se hablaba de socialistas, comunistas, radicales, nihilistas. Y cada una de estas definiciones refleja, en efecto, un aspecto, una fase del populismo. Pero ninguna indica el elemento común a las diversas personalidades y corrientes, y que era su característica principal frente a los conservadores, liberales, etcétera. Por ello, en rigor, se debía hablar de prepopulismo antes de 1870, y de populismo después de esta fecha.[46]

Así, tenemos que primero nace el movimiento populista, y luego se le otorga un nombre propio.

El populismo ruso presenta un triple nivel de problematización. Primero, la relación entre los orígenes del socialismo ruso y su base populista.[47] Segundo, la relación entre populismo y democracia "desde abajo", una concepción supeditada a la práctica social de la autoorganización igualitaria

de los campesinos rusos, la *obschina* o *mir*, que produce un sentido de comunidad basado en una "confianza ilimitada en las potencialidades de la comuna campesina como base de una sociedad más igualitaria".[48] Tercero, la relación entre el movimiento social y las "masas populares", y que posteriormente se vuelve un movimiento político, con una *intelligentsia* colocada a la cabeza como el "proletariado del pensamiento", donde destacan las figuras de Alexander Herzen y Nikolái Chernyshevski, personajes con una fuerte impronta ilustrada y liberal.[49] En suma, el movimiento de los populistas, "se propuso, en efecto, luchar contra la opresión zarista, liberar al pueblo y en especial a los campesinos del sistema cuasi feudal imperante en el campo, implantar la libertad y la justicia social. En consonancia con estos postulados la primera organización de los *naródniki* se llamó *Zemlyá i Volya* ('Tierra y Libertad')".[50]

El populismo, al igual que otras ideologías modernas, construye un aparato representacional donde su estructura discursiva es pensada como totalidad, cerrada o abierta, según sea el caso y las necesidades que atiende, en un eje ideológico que trastoca la diferencia "arriba-abajo" para colocar simbólicamente el vértice en la base de las relaciones de dominación. Se trata de la aparición performativa del "pueblo" como entidad exclusiva y no negociable, que echa mano del proceso de homologación social para la obtención de una forma concreta de identificación a través de la idealización intelectual de la imagen y del sentido de pertenencia del "campesinado", "los subalternos" o "los excluidos", quienes son aglutinados en un conjunto de intereses partisanos, así como del uso de instrumentos propagandísticos que prenden la mecha de la puesta en acción del fenómeno. Worsley subraya la presencia de este aspecto en el populismo ruso, que "era, ante todo, un movimiento de intelectuales que idolatraban al 'pueblo' (en particular, al campesinado) y sus instituciones (en particular, el *mir*), y estaban dispuestos a sacrificar sus vidas y su libertad por esa causa. Pero se trataba, en lo fundamental, de una ideología *sobre* el campesinado, no creada *por* este ni enraizada *en* él".[51] Sin embargo, no es una mera manipulación de las masas de campesinos por parte de intelectuales para conseguir los fines que estos últimos se trazan en su horizonte; es una forma

ideológica que nuclea interés y necesidades, traduce deseos y expectativas de todos aquellos sectores sociales que están en el fondo menos visible de la realidad social.

Recientemente se ha señalado la importancia de este elemento, una verdadera "representación-espejo" del populismo. Véase, por ejemplo, el caso de Hugo Chávez en Venezuela, y con él, el del colombiano Jorge Eliécer Gaitán, a quien el propio Chávez alude en su discurso: "Cuando yo los veo […] cuando ustedes me ven, yo siento algo que me dice: 'Chávez ya no soy yo, Chávez es un pueblo. Ya no soy yo, soy un pueblo [esta es la cita que hace Chávez de Gaitán] y ustedes, así lo siento yo, yo me siento encarnado en ustedes. Como lo dije y lo voy a repetir: Chávez somos millones; tú también eres Chávez, mujer venezolana; tú también eres Chávez, soldado venezolano; tú también eres Chávez, pescador, agricultor, campesino, comerciante. Porque Chávez ya no lo soy. ¡Chávez es todo un pueblo!'".[52]

Esta semántica es directamente proporcional a la que utilizó Andrés Manuel López Obrador, el 1 de diciembre de 2018, en el discurso que pronuncia a sus seguidores en el Zócalo de la capital mexicana: "No me dejen solo, porque sin ustedes no valgo nada, o casi nada. Yo ya no me pertenezco, yo soy de ustedes, soy del pueblo de México".[53] En el caso mexicano, la retórica es utilizada también por sus seguidores e ideólogos, como se lee en el siguiente testimonio de la noche del 1 de julio de 2018, en pleno festejo en el mismo Zócalo por el triunfo electoral de López Obrador: "Al interminable 'No estás solo', de 2004 hasta apenas un año, le siguió el 'Es un honor estar con Obrador'. Eso es lo que estalla, a destiempo primero, luego se acopla para envolver todo el Zócalo. '¿Ya llegó Andrés? ¿Dónde está?', pregunta el marido de la mujer del quexquémetl. Yo creo que nunca se ha ido. Yo creo que somos todos nosotros".[54]

Y la lista sigue. Por ejemplo, en Italia, Silvio Berlusconi insistía mucho, como parte del efecto espejo: "Soy uno de ustedes" (*Sono uno di voi*), para diferenciarse de manera tajante de los políticos profesionales y de la vieja clase política.[55]

La conducta del líder populista, por momentos irresistible e impertinente, ofrece una imagen desacralizada de sí mismo y de su actuación frente a sus seguidores. Se pierde en el flujo simbólico de una identificación de lo uno con lo múltiple, oculta la mitificación que permite su desarrollo, y sustituye la distancia incolmable, necesaria en toda forma de representación de lo político, por un dispositivo "metonímico" y "taumatúrgico" que sacraliza la promesa de la política: hacer algo en "nombre del pueblo" deviene un acto de mistificación. La metonimia es perfecta, porque el poder populista se presenta como un "arma que lo puede todo y, por tanto, también lo cura todo".[56] Su éxito pervierte —es decir, desvía— los mecanismos de agregación de los intereses de la sociedad, no los derriba, ya que ahora son referidos como "intereses del pueblo": "… una vez en el interior de ese mundo metonímico, el desvalimiento ya no es vivido propiamente como tal, sino como impotencia. Así ocurre con la enfermedad, el abandono de los demás, la ruina o la desintegración de la cabeza en pedazos […]. Cuando la impotencia se enfrenta a un malestar grande o a un conflicto agudo, inmediatamente comienza a roer la tierra de la serpiente de la desesperación".[57]

El populismo, con su fuerza performativa, pone en entredicho los equilibrios sociales y políticos previamente establecidos a través del juego de espejos entre la cabeza y el cuerpo. Termina convencido, en cuanto movimiento, de que existe una posibilidad de transferencia de contenidos de la cabeza al cuerpo y de este nuevamente a la cabeza, de cuyo intercambio surgirán opciones para la transformación de la realidad, para una política "otra", que se revela, en última instancia, como una política para la otredad excluida, con el objetivo de lograr una reconfiguración sin pérdidas de la fragmentación de la sociedad.

Si pensamos que el populismo es una forma de concretización de la ideología, es porque intenta configurarse como un "un sistema de representaciones"[58] que alimente la contienda y la vida política con la fuerza de la discursividad (alocuciones, panfletos, comunicados, escenificaciones), tanto desde la operación partidista como a partir de ideas generales, a un tiempo políticas morales y en ciertos casos religiosas, para

lograr un grado significativo de entendimiento y cohesión entre una parte de los miembros que componen una comunidad organizada alrededor de él. La ideología populista anima, por medio de la palabra dicha o escrita, la identificación y expansión de las rivalidades políticas, presentes en la distancia que separa a los liberales de los populistas (antaño era de los comunistas), o a estos últimos de los socialistas, etcétera. Como criterio de distinción, quizá su forma clásica sea la de separar y unir espacialmente en la escansión a los partidarios de la derecha frente a los de la izquierda. Se define así la base diádica de la política, y se confirma su vigencia mientras sea válido el conflicto surgido por los diversos objetos de controversia de toda política: proyectos de realización de las promesas, anhelos y representaciones.[59] Objetos que pretenden ser descifrados precisamente por ellos mediante la interpretación —vivida como destino irrenunciable— que hacen de la sociedad donde anidan.

Esto sugiere un regreso a una forma de representación clásica de lo político, que cobra vida en el arte de la disimulación, así como en el "misterio" que la envuelve, y que corresponde a una larga tradición en el desarrollo de los juegos del poder. Encierra el pensamiento y las prácticas de la política en sus formas "invisibles", acaso "secretas". Para quedarnos en el marco histórico de la modernidad, estas formas aparecen a partir del siglo XVI cuando la dinámica de la razón de Estado deviene una realidad "visible", no obstante que no sea comprensible del todo su ingeniería.[60] Al respecto, Maquiavelo advertía, en el capítulo XVIII de su obra más conocida, que "los hombres, en general, juzgan más a través de los ojos que por medio de las manos" (*gli uomini in universali giudicano più agli occhi che alle mani*).[61] Es decir, los hombres son presas "fáciles de engañar" cuando no logran mirar el movimiento de "tergiversación" que las manos hacen mientras los ojos están distraídos con la "representación-espejo".[62]

Por su parte, para Norberto Bobbio, en la noción clásica del secreto del poder (*arcana imperii*), "confluyen dos fenómenos distintos, aunque estrechamente relacionados: el fenómeno del poder oculto o que se oculta y aquel del poder que oculta, es decir, que esconde escondiéndose".[63] En

términos conceptuales, estaríamos hablando del fenómeno de la simulación en el primer caso, y el de la disimulación en el segundo. Así, el engaño y la hipocresía son prácticas políticas usuales para la invención de una ambigüedad deliberada; pertenecen al terreno de la disimulación y la opacidad; son monedas corrientes para ejercer el poder a sabiendas de que siempre queda una parte irrepresentable de él en sus juegos de visibilización e invisibilización.

Quizá tendríamos que preguntarnos por qué nuestra época ha revitalizado esta forma de hacer política, cuando observamos que la mentira (*fake news*) y la posverdad son las dos caras de una misma moneda. No es posible ir al encuentro de la verificabilidad de las causas que empujan al populismo al primer plano en la política global si no reparamos en la concreción histórica del momento ilusorio inherente a la política. Parece que la ideología ha recuperado parte del terreno perdido; en cierta medida incorpora en su seno formas alejadas por completo de los valores primordiales de la sociabilidad democrática.

II
¿De qué hablamos cuando usamos la palabra "populismo"?

El populismo es un fenómeno de paradoja que exige mucho más de la teoría política de lo que ella pueda conceptualizar al respecto. Esta constatación no debe ser interpretada como un problema del cual deriva la imposibilidad de construcción de su campo de inteligibilidad. Hay que recordar que la teoría política es un laboratorio conceptual donde sus cultores producen las herramientas teóricas necesarias para que los estudiosos de la política puedan describir y explicar las posibilidades de existencia y concreción de esta. Su trabajo está regido por el signo de la *téchne*, que siempre mantiene una relación estrecha con el universo práctico. Por ello, una buena teoría jamás deja de lado sus filiaciones empíricas. Ahora bien, ¿por qué el populismo es un fenómeno de paradoja? Porque estamos frente a un fenómeno histórico que cada vez que es conceptualizado se vuelve polimórfico, tiene la capacidad de adoptar diversas caras, incluso simultáneas y contradictorias. Por consiguiente, partiendo de su reflexividad, es posible agregar que, si cada época histórica produce sus teorías para explicar la realidad, el nuestro es un tiempo que necesita una buena teoría sobre el populismo.

En la actualidad existen múltiples aproximaciones al fenómeno, pero no logran establecer —o de plano no persiguen ese objetivo— los lineamientos de una teoría general sobre él. Hemos perdido una parte importante de la capacidad de antaño para problematizar en un nivel general ciertos

fenómenos en el campo de las ciencias sociales, y esto es válido cuando nos enfrentamos con el populismo. En el caso particular de la teoría política, nos divertimos la mayor parte del tiempo en la construcción de sus estados del conocimiento, sobre todo cuando solo atendemos a "lo más reciente" de la literatura que el fenómeno produce por aquí y por allá. La elaboración de una problematización teórica que arroje luz sobre la vasta geografía que el fenómeno está desarrollando en nuestros días no es algo que preocupe a los analistas. Ni siquiera hemos logrado exitosamente el establecimiento de una teoría política de alcance medio que explique el fenómeno situado en el tiempo y espacio de una región específica.

¿Bajo qué exigencias analíticas una "buena teoría política" sobre el populismo puede ser una prioridad para el campo de las ciencias sociales? Respondamos con otras preguntas: ¿podemos usar las mismas conjeturas y argumentaciones para explicar su permanencia en las distintas regiones donde se desarrolla? ¿El grado de variabilidad de sus expresiones puede ser interpretado en un nivel unitario de significación conceptual y empírico? ¿Es determinante la trayectoria previa que siguen los partidos populistas, tanto política como socialmente, para la conjunción de un género político donde el populismo es su principal manifestación? ¿El estudio de cada caso es, en realidad, una suerte de singularidad no atendible desde el punto de vista comparado? Parece que estamos frente a un triple problema teórico. Ante la mirada académica, el populismo se presenta como un problema conceptual; pero es también un problema de precisión histórica y, finalmente, un problema de explicación compartida. Esto cobra más fuerza cuando observamos que "la palabra populismo" ha devenido en "un arma más que un concepto".[1]

UNA POLITICIDAD ATÍPICA

El vocablo "populismo" es problemático para la ciencia política actual porque exige poner en relación dos campos que no necesariamente son coincidentes. Cada uno tiene su lógica y su especificidad. Por un lado, los movimientos populistas que están en la base de su dinámica desde el origen

del concepto, en cuyo interior se desarrolla un liderazgo de tipo carismático que inventa un estilo poco convencional de hacer política, en términos de situarse como excepción al *statu quo* y frente al estilo "cosmopolita" de la globalización. Por el otro, el populismo es una categoría general de análisis de diversas realidades políticas, tradicionales o modernas, que van de los procesos de modernización política a las luchas independentistas, de los fenómenos de reconstitución de las identidades políticas a las respuestas a la crisis de las economías nacionales.[2]

Todo fenómeno político necesita una semántica específica que lo defina y le atribuya un significado propio. Pero es necesario comenzar con la premisa de que existe una distancia incolmable entre el fenómeno histórico y la definición que lo construye. De aquí deriva el intento analítico por construir un terreno de referencia compartible entre hechos e ideas alrededor del populismo. Incluso para la atención y la crítica intelectual que el fenómeno genera en la actualidad, donde referirse a un líder político o a una formación partidista como populista termina por adoptar una valoración ideológica negativa. El uso de la palabra como un insulto califica, al mismo tiempo, al populista y al acto de habla que define una condición y un lugar desde donde el sujeto que enuncia el calificativo determina su diferencia frente al otro. En este sentido, se puede decir que el populismo, en gran medida por ser una excepción, siempre puede ser señalado como el *otro*. Con ello, quien utiliza el viejo principio de la identidad —donde "A = A", y en nuestro caso el populismo es igual a la catástrofe— establece, acaso sin proponérselo, las reglas de la enunciación y de la crítica para enmarcar los únicos términos bajos los cuales esa negatividad constitutiva es referible. El problema es la justificación del mecanismo, porque puede ser parte de una constelación que persiga fines políticos precisos, aunque no necesariamente partidistas.[3]

Lejos de detenernos en la pregunta de por qué el populismo es un insulto —y más aún un insulto en relación con épocas pasadas, por ejemplo, la primera mitad del siglo XX o el último tercio del siglo XIX, donde su valoración no es negativa—, vale la pena no perder de vista el lugar de enunciación de aquellos que determinan el populismo como una mera

execración. Aquí la cuestión se complica. En general, se denigra al populismo a partir de las filiaciones políticas e ideológicas, pero también morales y personales, ya que la identificación con un líder populista parece que reduce al líder y al ciudadano que se identifica con él a una categoría política y social de menor rango, frente a un tipo ideal desde donde se establece una barrera prácticamente infranqueable de lo que sí es y lo que no es un liderazgo democrático. Subrayo, esto tiene lugar desde el muro que subyace a la edificación de un tipo ideal de liderazgo.

Sin embargo, es en esta pista en la que el populismo introduce uno de los cambios recientes más significativos en la contienda democrática, ya que su advenimiento supone la habilitación de una "politización negativa", donde el ciudadano que vota al partido populista no puede ser pensado como un simple ciudadano pasivo, desinformado, mal educado o poco ilustrado.[4] Más bien, nuestra época está caracterizada por esos atributos; no son exclusivos de una clase social, mucho menos identificables con los seguidores de los populistas. Esas masas de sujetos activados políticamente por el populismo son todo menos "ignorantes", "denigrables", "dóciles", "perdidas", "incapaces de hacer política" o "racializadas".[5] En realidad, son ciudadanos que, con un estilo atrabiliario en cuanto a la apropiación de lo público, exigen márgenes cada vez más amplios de visibilización, aceptación y reconocimiento, dado que la libertad —otrora un "patrimonio de élites"— alcanza a los nuevos sectores sociales movilizados por la democratización. Asimismo, esto quiere decir, para usar una idea clásica sobre el populismo, que el pueblo no vende "su libertad por un plato de lentejas".[6]

Lo anterior anuncia la revigorización del debate sobre la ampliación de los canales de participación, comenzando con el replanteamiento de la función que han cumplido los partidos políticos dentro de las democracias como canales de mediación, lo que no sugiere su aniquilamiento, sino atender el impacto que en ellos ha tenido la precarización de la función de representación y, en general, de la vida pública democrática, como exigencia de nuevas formas de integración política. Los partidos, los sindicatos, pero también las diversas formas de asociación son insuficientes

para responder a la proliferación de los "signos del tiempo" en las poblaciones que son o que se sienten menos favorecidas por la situación económica y política, en el contexto tanto nacional como global.[7]

Sabemos que el padecimiento de la exclusión no es irreal, es un malestar vivido en lo cotidiano como un ruido infernal, mezcla de un "estado de inferioridad y de inseguridad",[8] que ya Freud advertía, hablando del "sufrimiento neurótico", que es "enormemente más grave" en las poblaciones pauperizadas que en el caso de las clases pudientes, en gran medida por la incapacidad de las primeras para escapar con sus propios recursos culturales a esa situación gravosa. Ante ello, agrega, "el pobre está todavía menos dispuesto que el rico a renunciar a su neurosis".[9] La afirmación de Freud aparece hoy como una sentencia políticamente incorrecta. Sin embargo, la negativa a renunciar a la neurosis que se presenta en los sujetos en exclusión como imposibilidad inconsciente y, en términos políticos, como "inaccesibilidad de la actividad política para la masa"[10] es la que exige a la política democrática que hable una nueva lengua, donde por lo menos se confirme la dificultad que tienen los sujetos para superar o domesticar por sí mismos su padecimiento. Cierto o no, relevante o no para la vida democrática, el malestar termina identificado con el sistema político previo a la irrupción del populismo. De hecho, esta puede ser una de las razones de peso por las que aún es necesaria la promesa de la política, su vinculación con la lucha partidista, así como una nueva relación con el Estado y la sociedad en su conjunto. De aquí, pues, el aumento en muchos regímenes democráticos del fenómeno que Hegel definía como las "patologías de la voluntad", que van aprisa al encuentro de una "libertad del vacío volcada a la acción".[11]

Su sintomatología es múltiple, pero destacan las siguientes expresiones: *a)* el resentimiento social, la pérdida de esperanza en que las condiciones materiales de la existencia mejoren; *b)* la *colére*, que es una conducta transversal y está claramente ilustrada con los *gilets jaunes* en Francia; *c)* el eclipse del imperio de la ley, donde el poderoso y el débil terminan confabulando, por razones opuestas, en contra del Estado de derecho, moviendo las querellas a un terreno paralegal, en el que aumentan las

expresiones de anomia y la caída de la cultura compartida como era la apuesta por la educación democrática; *d)* el individualismo, que propicia un ecosistema fundado en una libertad semisalvaje, donde nadie está a salvo en la sociedad, excepto la élite y sus agentes gubernamentales; y *e)* el incremento de la "performatividad", que puede ser diferida bajo la tiranía del *self* o el deseo cínico por subirse al escenario, bien ilustrado en el asalto al Capitolio por parte de las huestes de Donald Trump a comienzos de 2021.

Estas expresiones producen experiencias de desciudadanización, espoloneadas preponderantemente por las formas que hoy adopta el metaverso con su recursividad ingobernable, así como por las formas de mediación que estaban destinadas a la vida privada: las Iglesias y el mercado de las creencias que regresan al primer plano político, como sucede en el caso brasileño; las expresiones "estilo mafia", que mezclan el secreto con la garantía de seguridad ontológica y sistémica; la informalidad económica, que densifica los lazos morales de las familias, sobre todo en países con profundas asimetrías en el ingreso; y el furor sobre la figura del otro a través del nativismo pendenciero.

El mote de "populista" que puede ganarse un político (incluso Barack Obama en su momento se definió como populista en un intento de bajar el estado de ánimo contrario a la palabra), pero también el conjunto de sus partidarios, encierra una animadversión comunicativa del rival. Podemos interpretar que es una reacción clásica de la política, pero también es una coartada intelectual para no reducir la diferencia social, ya que pretende la cancelación de la posibilidad de que el populista entre a formar parte del *ethos* democrático. El populismo es una politicidad atípica que a un tiempo es violenta e innovadora. Es evidente que nuestro alegato no pretende ser una apología del populismo, pero sí una advertencia para mirar más lejos cuando abordamos las condiciones de posibilidad, tanto necesarias como suficientes, que han permitido su permanencia dentro de la democracia.

En la introducción señalé que el populismo es una forma contrademocrática. En efecto, adopta esta forma antagónica donde aquello que está movilizándose con fuerza creciente, próximo a la *stásis* griega, es una potencia inherente a la dinámica democrática. Con más precisión, se

lanza en contra del tipo ideal democrático que hemos heredado del siglo XX, y se erige como expresión de lo que Pierre Rosanvallon define como "soberanía negativa", en cuanto proceso que acompaña el efecto de politización negativa que referí líneas atrás. "Hay una suerte de participación en la vida pública", dice el autor, "pero es esencialmente hostil. Hay un compromiso, pero a favor de un rechazo. Se toma la palabra, pero lo que domina es el lenguaje acotado de las consignas o de la desaprobación. Por lo tanto, conviene hablar de una soberanía negativa. Y esto, tanto más, dado que lo propio de los poderes de obstrucción [el populismo es un poder de obstrucción], así como el de todos los demás poderes de desconfianza, es, de hecho, su ejercicio directo. La democracia negativa es también, por ello, un sustituto de la democracia directa, una suerte de *democracia directa regresiva*".[12]

Vivimos en una etapa histórica de politización negativa respecto al tipo ideal normativo de la democracia de la segunda mitad del siglo XX, caracterizado por que en esta se modelaba la democracia a través de los esfuerzos por educar a los ciudadanos, conscientes de la importancia del respeto al sistema legal, de estar informados, etcétera, así como por que había un fomento social y una política de la participación y la autonomía. En este sentido, queda la duda de que la cartografía del populismo reciente sea o no una mera reacción contrademocrática a este tipo ideal o, en realidad, un "estado de ánimo" de la democracia global. Si es una forma de "democratización salvaje" o una simple subversión institucional y política a la democracia, como son las patologías de la corrupción, la violencia, entre otras.[13] O si, en definitiva, es la expresión condensada de estas cuatro direcciones. De ser cierta esta última consideración, estamos o no frente a un fenómeno que expresa, a partir de múltiples evidencias históricas, un reforzamiento de su "singularidad" paradigmática, por lo que necesitamos indagar qué tipo de ruptura está llevando a cabo a través de esa singularidad y como fenómeno multiforme. Hablar sobre su negatividad o positividad es una cuestión que viene solo después de este primer análisis.

LAS OSCILACIONES SEMÁNTICAS E HISTÓRICAS DEL PUEBLO

Cuando Trump, Berlusconi, Putin o Chávez son acusados de formar parte de la constelación populista, en la medida en que su actuación está basada en las arengas públicas, en la mala educación (ya que no respetan las reglas de la convivencia política que aceptaron al participar en la contienda política), en que traducen lo que el pueblo desea y buscan "obedecer" el mandato innegociable de esa abstracción denominada pueblo,[14] estamos hablando de una escansión semántica arbitraria, puesto que se da por sentado que las consideraciones lingüísticas son las mismas para todos los involucrados. En realidad, esas ideas, así como las convicciones de los líderes populistas y críticos, comparten el mismo problema: suponen que el vocablo "pueblo" está dado por descontado cuando hablamos de democracia y populismo, y que, desde su mera enunciación, la imagen sobre el pueblo obtiene forma y color en el espacio histórico a partir del momento en que es llamado. Lo evidente, parece ser en esta suposición, es que cambia el perfil del fenómeno por destacar a partir del lugar de enunciación de todos aquellos que abordan el populismo como fenómeno de interés común.

El uso analítico de la categoría "pueblo" es complicado para relacionarla de manera directa con fenómenos políticos concretos. En la modernidad, la palabra implica por lo menos tres dimensiones: el pueblo como soberano, el pueblo como nación (*ethnos*) y el pueblo como conjunto de personas referidas bajo la noción de la "gente común". En el primer caso, es un concepto que alude a una ficción, sobre todo jurídica, que acompaña la evolución de los grandes textos constitucionales de la modernidad, donde encuentra sus raíces históricas el "pueblo como soberano", "los mandantes" y "fuente última del poder político". Su aspecto jurídico enlaza al pueblo a un territorio determinado por límites precisos, donde el principio de soberanía se ejerce hacia fuera, en las relaciones que se establecen con otros Estados, y hacia dentro, en las múltiples jurisdicciones fiscales, administrativas, gubernamentales, etcétera, que organizan la actividad estatal, y que dan vida al despliegue de la nación de los oriundos (*ius soli*)

por medio del receptáculo corpóreo de la nacionalidad, para poder hablar del "pueblo de Brasil" o el "pueblo neerlandés", con toda la carga cultural, lingüística y política que entraña (idioma, idiosincrasia, sentido de pertenencia, identidad, creencias compartidas). Finalmente, el pueblo es ocupado como elemento caracterizador de la dimensión espacial de lo político, más que de la política. Es decir, como establecimiento del eje "arriba-abajo" de la sociedad, donde arriba están los que detentan el poder, y abajo, aquellos que lo acatan, la gente ordinaria; arriba están los que se encuentran en posiciones económicas privilegiadas y mejor articuladas en la solidaridad de grupo, y abajo, aquellos para los que su horizonte es la exclusión.[15]

En esta tercera pista, el pueblo es concebido con desprecio por las clases con poder, aunque es una actitud imitada por los sectores de las clases sin poder que se sienten también amenazados por los que están en las posiciones más inferiores a las de ellos. En este sentido, el pueblo es el "populacho" (los franceses hablan de *petites gens* para subrayar su carácter de minoridad), y termina acompañado de una serie de calificativos contundentes: incultos, harapientos, sucios, piojosos, rapaces, fuera de la ley, mal educados, hambrientos, abyectos, nacos, chairos. Con mucha probabilidad, hay quienes sostienen que el populismo no puede desarrollarse en el seno de la democracia debido a que la "imagen acústica" que tienen de él es precisamente la que coincide con esta adjetivación, en una operación de *reductio ad unum*. Pero también en esta tercera dirección el pueblo aparece como la base de la república, ya que alguien debe tomar las armas para ir al frente de batalla, y ahí el pueblo reviste un manto sacrificial y heroico. Finalmente, es considerado como un conjunto de personas no contaminadas, al menos no del todo, lo que permite la mitificación del pueblo como un reservorio de sabiduría popular con "cualidades éticas naturales",[16] que enaltece la organización de la vida social en sus formas más simples, como sucedió con la experiencia de los populistas rusos del siglo XIX.

Entonces, si el populismo es un fenómeno central para el análisis de las democracias actuales, es necesario no perder de vista la estructura bimodal

que anuda cuando es colocado al lado del vocablo "pueblo", y no solo porque es una figura intrínseca en la palabra democracia. El populismo es un mecanismo político que incluye una serie de sectores sociales excluidos por ciertos grupos en el poder en un momento histórico, por lo general previo a la irrupción del populismo en el teatro político. Para los fines de legitimación que persigue, el populismo hace aparecer, por medio de un acto performativo, una serie de grupos sociales que, en general, terminan siendo identificados con una élite o una clase dirigente y que por *default* quedarán fuera de los "nuevos" beneficios que ofrece la retórica y la actividad del gobierno populista. A estos "nuevos" excluidos con "privilegios acumulados" se les exige una suerte de "pago" por la legitimación de la otra exclusión, la del pueblo, principalmente en la primera como en la tercera declinación del término, a la que contribuyeron con el apoyo que dieron previamente a las élites. Todo ello en medio de un juego donde además hay sectores sociales, quizá numéricamente relevantes como oposición al populismo, que no logran identificarse ni con las élites ni con la clausura operativa del pueblo.

Lo anterior puede producir un juego perverso que, en el régimen de la comunicación, es presentado como de suma cero, ahondando el desfase entre la realidad que expresa el populismo y las ideas políticas que intentan colocarlo en un eje ideológico definido con claridad. Si está colocado en el espectro de la derecha o en la izquierda, incluso si es expresión de un fenómeno posideológico, cambian sus efectos. Si es progresista o conservador, es síntoma de un malestar o de un rechazo. Si responde a un gobierno anterior, mediocre e ineficaz, quizá pueda ser interpretable como una opción de salida a la crisis generada por el *impasse*. El transitar de espacio a espacio significa que el populismo es una estructura semántica abierta y, en términos fenomenológicos, no puede sostenerse como una totalidad cerrada.

Ahora regresemos al vocablo "pueblo". ¿Qué involucra el llamado al pueblo por parte de un líder autodefinido o nombrado por sus antagonistas como populista? Las tres dimensiones analíticas referidas previamente pueden ser reagrupadas en las dos variantes latinas del pueblo, *populus* y

plebs. Dos campos que oscilan entre la idea del pueblo soberano y el pueblo como el conjunto de la gente ordinaria, y que no necesariamente coinciden en el terreno histórico, aunque una no puede comprenderse sin la otra, por lo que siempre aparecen de manera especular en el llamado al pueblo. El primero está en el centro de la vida política como universal; el segundo, como su "salvaje" periferia.[17]

La noción de Pueblo —con mayúscula— es identificable con la forma latina del *populus*, materializado cuando el cuerpo social deviene político en el instante en que se produce una comunidad a partir de la enunciación del pueblo como eje articulador de ella.[18] Esto otorga una licencia para justificar en su nombre una empresa histórico-política que ponga en predicamento las coordenadas de integración de un régimen político. Las grandes revoluciones y guerras de independencia en la modernidad ilustran bien el proceso. Al respecto, son célebres las alusiones iusnaturalistas, sean directas o indirectas, al pueblo en las primeras constituciones modernas, tanto en Estados Unidos como en Francia; aunque ya en la Declaración de Independencia de Estados Unidos de 1776, donde es usado por primera vez el concepto en su semántica política moderna,[19] está presente el llamado a la figura del pueblo en varias ocasiones. Por ejemplo, en su íncipit se alude al pueblo como figura de emancipación política: "Cuando, en el curso de los acontecimientos humanos, se hace necesario que un Pueblo disuelva los Vínculos Políticos que lo han conectado con otro, y que tome, entre las naciones de la Tierra, el lugar separado e igualitario al cual le da el derecho de las Leyes de la Naturaleza y el Dios de esa Naturaleza, un respeto decente a las opiniones de la humanidad requiere que deban declarar las causas que los impulsan a la separación".[20]

De igual modo, aparece en el preámbulo de la Constitución de 1787, donde tenemos una idea de pueblo como pertenencia a una comunidad constituida políticamente: "Nosotros, el pueblo de los Estados Unidos, para formar una Unión más perfecta, establecer la Justicia, asegurar la Tranquilidad interna, proporcionar la defensa común, promover el Bienestar general y asegurarnos las Bendiciones de la Libertad y para nuestra

Posteridad, ordenamos Establecer esta Constitución para los Estados Unidos de América".[21]

Después reaparece en la Carta de Derechos. En las dos primeras enmiendas, que garantizan la libertad y el derecho de reunión del pueblo (*the right of the people peaceably to assemble*), y que permiten la portación de armas (*the right of the people to keep and bear arms*); en la novena, que asegura derechos no referidos en el texto constitucional (*The enumeration in the Constitution, of certain rights, shall not be construed to deny or disparage others retained by the people*); y, finalmente, en la décima enmienda, que reconoce facultades a los Estados y al pueblo (*The powers not delegated to the United States by the Constitution, nor prohibited by it to the States, are reserved to the States respectively, or to the people*).[22]

Por su parte, en el caso francés, el vocablo "pueblo" aparece en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789, donde la palabra es usada en una ocasión en el preámbulo bajo la forma espacial que instituye la representación política a partir de la estructuración de un "régimen electoral censitario":[23] "Los Representantes del pueblo francés, constituidos en Asamblea Nacional, considerando que la ignorancia, el olvido o el desprecio de los derechos del hombre son las únicas causas de las desgracias públicas y la corrupción de los gobiernos, han resuelto exponer, en una solemne declaración, los derechos naturales, inalienables y sagrados del hombre".[24] Evidentemente aquí está contenido el rasgo esencial del sistema representativo, que "se basa en el rechazo del ejercicio *inmediato* [es decir, directo] de la soberanía por parte del pueblo, lo que sin duda es idealmente preferible, pero irrealizable fuera de sociedades del tamaño medio, en las que el escaso número de necesidades y la simplicidad de los intereses hacen que los individuos estén 'dispuestos en su conjunto para la cosa pública'".[25] La ecuación se completa cuando es depositado "el principio de toda soberanía […] esencialmente en la nación", que corresponde a la dimensión del pueblo referida como *ethnos*. Así lo advierte el artículo tercero de la Declaración: "Ningún cuerpo, ningún individuo puede ejercer una autoridad que no emane expresamente de ella", es decir, de la nación.[26] Este hecho es reafirmado en la Constitución de 1791, que en

su título III, artículo primero, dice: "La soberanía es una, indivisible, inalienable e imprescriptible. Esta pertenece a la Nación; ninguna parte del pueblo ni ningún individuo pueden atribuirse su ejercicio".[27] Las nueve ocasiones que refiere al pueblo este texto constitucional tienen el mismo sentido semántico: *hablar en nombre del pueblo*. Sin embargo, la Constitución de 1793 restituye el lugar del pueblo como depositario de la soberanía. Su artículo séptimo dice: "El pueblo soberano es la universalidad de los ciudadanos franceses", y en su artículo 25 remata: "La soberanía reside en el pueblo, es una e indivisible, imprescriptible e inalienable".[28]

Lo que pretendo subrayar con los ejemplos anteriores es la relevancia teórica e histórica de la construcción de un doble régimen de la ficción intrínseco a la operación jurídico-política de colocar, semántica e históricamente, la noción de Pueblo —con mayúscula— en un campo de visibilización concomitante con el campo de la democracia moderna. Al respecto, dice Margaret Canovan que "dentro de la mitología moderna sobre el pueblo, la tragedia heroica de la Revolución francesa está coronada por el mito norteamericano de la fundación política triunfante del pueblo, y por la fe en la redención política del pueblo cuando sea necesaria".[29]

Un doble régimen que es la base en la que están fincados el éxito y el problema con la aporía de la democracia moderna, y que puede ser explicada en los siguientes términos:

> La democracia se inscribe doblemente en el régimen de la ficción. En principio sociológicamente, al reformar de manera simbólica el cuerpo artificial del pueblo. Pero también técnicamente, pues el desarrollo de un Estado de derecho presupone "generalizar lo social", volverlo abstracto si se prefiere, para hacerlo gobernable por medio de leyes universales. Si esta formalidad es un principio de construcción social en la democracia, al mismo tiempo vuelve más incierta la constitución de un pueblo concreto. Aparece aquí mismo una contradicción que se instala entre el principio político de la democracia y su principio sociológico: el principio político consagra el poder de un sujeto colectivo cuyo principio sociológico tiende a disolver su consistencia y a reducir su viabilidad.[30]

Es sugerente el señalamiento del jurista Robert Cover para la comprensión del significado que encierra la idea política del pueblo, cuando sostiene: "Ningún conjunto de instituciones o preceptos legales existe sin

narraciones que lo sitúen y le den significado. Toda constitución tiene una épica".[31] Y agrega: "Los textos prescriptivos cambian su significado con cada nueva épica que decidimos tornar relevante frente a ellos".[32] De lo anterior, se desprende que existe una dimensión épica de nominación del pueblo contenida en los grandes textos constitucionales modernos; no es solo el resultado de la eficacia de las ficciones jurídicas modernas, sino también de la aceptación de la dimensión performativa del vocablo, que está en la base de la imagen del pueblo que el populismo usa en las experiencias políticas recientes.

En conjunto con esta primera acepción del pueblo, hay una segunda acepción, la del pueblo —con minúscula—, que designa al sujeto identificable con la figura de la *plebs*, que está escindido dentro del proceso pretendidamente unitario de formación histórica de la comunidad y del Estado. Quien designa y afirma que un sujeto pertenece al pueblo con minúscula o a la comunidad política es el Estado, a partir de los dispositivos (en este caso, la ficción jurídico-política de la escritura constitucional es su medio particular) que permiten la reproducción de las estructuras de poder. Con independencia de saber cómo la obtuvo, es la autoridad quien decreta, incluso como puro acto de habla, la pertenencia o no pertenencia del sujeto al pueblo como cuerpo político.

Para avanzar la discusión, tomemos las consideraciones que ofrece Giorgio Agamben en un breve artículo titulado "¿Qué es un pueblo?", donde sugiere que "un mismo término [*pueblo*] nomina tanto al sujeto político constitutivo como a la clase que, de hecho, no de derecho, está excluida de la política".[33] El autor relaciona esta afirmación con el problema de la fundamentación de la política, que explora a través de la relación entre vida y política, sosteniendo que tanto el concepto como su concreción histórica están supeditados a

> una anfibología inherente a la naturaleza y a la función del concepto *pueblo* en la política occidental. Todo sucede como si eso que llamamos pueblo fuese, en realidad, no un sujeto unitario, sino una oscilación dialéctica entre dos polos opuestos: por una parte, *Pueblo* como cuerpo político integral, por la otra, el subconjunto *pueblo* como multiplicidad fragmentaria de cuerpos necesitados y excluidos; *Pueblo* como inclusión que se pretende sin residuos, y *pueblo*

como exclusión que se sabe sin esperanzas; en un extremo, el Estado total de los ciudadanos integrados y soberanos; en el otro, el conjunto de los miserables, los oprimidos, los vencidos.[34]

Después señala que la noción dual de pueblo está supeditada a "una fractura biopolítica fundamental [entre] aquello que no puede ser incluido en el todo del cual forma parte y que no puede pertenecer al conjunto en el cual ya se encuentra siempre excluido".[35] Por lo tanto, la democracia como régimen político y el Estado de derecho como forma relacional e histórica que soporta al primero apuestan por la constitución del *Pueblo*, relegando las formas de manifestación espacial de aquel *pueblo*, los excluidos, que exigirán su reconocimiento más allá del circuito periférico en el cual son colocados frente al cuerpo político unitario. Entonces, si existen diversas formas de objetivación de las diferencias entre lo que pertenece al Pueblo y lo que queda fuera de él como resto en el interior de la sociedad, y que, por su parte, tampoco es la materia que sirve para la representación de la sociedad misma, se puede decir que el populismo es un modo específico de definición de la democracia contemporánea, que recoge precisamente ese resto para llevar a cabo su empresa política. Por consiguiente, de la escisión biopolítica que funda la tensión entre las dos nociones de pueblo nace su diferencia radical en relación con la organización de la democracia, tal y como la hemos conocido hasta hace poco, cuando ese llamado constante al pueblo en los hechos quiere encarnar —es decir, hacer *real*— un objeto en principio irrealizable desde el punto de vista histórico, ya que el esfuerzo de materialización se aleja cada vez que la retórica y el acto populista quieren alcanzarlo. Por ejemplo, en el caso de Donald Trump, Jacques Rancière señalaba que él "ocupa demagógicamente un lugar vacío: el lugar de un pueblo que no puede representarse a sí mismo".[36]

¿Por qué usar el enfoque de la biopolítica para referirnos al populismo y al pueblo, que es la materia primordial del primero? Básicamente porque la democracia es una forma de organización de la vida política de una nación, donde uno de sus principios básicos está fundado en la épica constitucional de la idealidad del pueblo, junto a la pretensión de su validación reservada al arte de lo político, que intenta una y otra vez hacer que coincidan la

experiencia con su nominación, eludiendo la distancia existente entre ellos. En efecto, en su forma más radical vuelve real el experimento del pueblo-Uno. Las expresiones contemporáneas no dejan lugar a dudas de su peligrosidad, si observamos las experiencias de los totalitarismos, por ejemplo, el italiano y el alemán. Aunque podríamos también incluir al soviético o el chino, donde las diferencias con el populismo son tan amplias que un intento de comparación es ridículo, sobre todo porque los totalitarismos "utilizan un *ersatz* de participación, crean la ilusión en las masas de que *ahora* son ellas el elemento decisivo, el sujeto activo, en la dirección de la cosa pública", mientras que el populismo "intenta fundarse sobre una participación genuina" de sus adherentes, quienes, en cuanto pueblo excluido, están convencidos de que ahora tienen "la experiencia (ficticia o real) de que habían logrado ciertos derechos y que los estaban ejerciendo".[37]

A pesar de su anfibología semántica, la categoría de pueblo es necesaria para la teoría política contemporánea en aras de problematizar el fenómeno del populismo. No obstante, como lo advierte Margaret Canovan, los estudios contemporáneos en el campo de la teoría política sobre la noción de pueblo son "escasos y dispersos".[38] Parecer ser, agrega, que es una noción "emotiva y próxima a la retórica populista",[39] y con mucha probabilidad se asocia el populismo con ese pueblo construido en la imagen acústica que referimos líneas atrás. Pero, precisamente por ello, es necesaria su inclusión en cualquier debate sobre el populismo, sobre todo porque implica interrogarse acerca de las causas por las que el pueblo adquiere "conciencia de su poder", deviene un receptáculo de él y lo traduce en experiencias cotidianas,[40] tanto simbólicas como territoriales, que permiten la apertura de un campo lingüístico e histórico para el estudio de las determinaciones que imprimen las dimensiones metajurídicas y metapolíticas sobre el mecanismo de transferencia y envestidura de aquel.

¿CÓMO DEFINIR EL POPULISMO CONTEMPORÁNEO?

En 1967 tuvo lugar el primer gran coloquio internacional sobre populismo en el seno de la London School of Economics and Political Science, en el que participaron, entre otros, Isaiah Berlin, Richard Hofstadter, Leonard Schapiro, Alain Touraine, Franco Venturi, Peter Worsley y muchos otros estudiosos del fenómeno, incluidos Ghita Ionescu y Ernest Gellner, editores de un libro producto del coloquio que fue publicado dos años más tarde. Me llama la atención la premisa que encontramos en esta obra, *Populismo. Sus significados y características nacionales*: "Un fantasma se cierne sobre el mundo: el populismo". Líneas adelante agregan: "[Un] fantasma elusivo y sin embargo tan persistente".[41] El fantasma es una metáfora recurrente en el pensamiento político. Tiene su origen en el *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx y Engels, quienes afirmaban: "Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo".[42] En este sentido, parece que los fantasmas siempre tienen reservado un lugar en primera fila cuando el espectáculo del poder es desplegado en sus múltiples formas (la obra de Shakespeare es el ejemplo clásico), sean las más refinadas o las más burdas. Y lo cierto es que la noción de fantasma advierte tanto el problema de los límites de la representación de lo político, como la constatación de la imposibilidad de llenar plenamente su núcleo con una "representación espejo", por lo que el mecanismo de la disimulación aparece como instrumento útil en esta tarea histórica. En la disyuntiva que abre lo irrepresentable de lo político populista está contenido todo el problema conceptual con él. Podríamos sugerir, siguiendo a Ionescu y Gellner, que este es un fantasma que convoca pasiones contradictorias, pero también episodios históricos extraordinarios para el estudio de las dinámicas del poder, tanto en las viejas como en las nuevas naciones.

La sugerencia de que el populismo sea un "fantasma" es un recurso conceptual original frente al que debemos tener cuidado, porque puede llevarnos directamente a un callejón sin salida, dado que la metáfora de la espectralidad contiene el problema de la dificultad para definir qué es el populismo. Por consiguiente, pone sobre la mesa la cuestión de la incapacidad para sostener una definición compartible en un área geográfica determinada o en un campo conceptual específico. Sobre este problema

abunda la bibliografía, sin tener al día de hoy una respuesta clara al respecto.

¿Cómo es posible definir el populismo si es un fantasma que va y viene, por aquí y por allá? ¿Cómo lo aprehendemos desde el punto de vista analítico si su rasgo primordial es la evasión constante? Tengo la impresión de que Ionescu y Gellner, dos reputados científicos sociales, quieren subrayar los límites cognitivos presentes en la definición del populismo, dado su carácter proteico desde un punto de vista conceptual.[43] Más aún, su obra intenta responder a los desafíos históricos que los autores veían en su horizonte, pues su libro fue publicado en los años sesenta del siglo pasado, inmediatamente después de que habían tenido lugar diversos procesos de descolonización en África y Asia, así como movimientos revolucionarios en América Latina, donde el populismo aparecía como una opción para la organización del poder frente al comunismo, aunque este último también comenzaba a hacer suya la bandera populista.[44]

De cualquier modo, Ionescu y Gellner avanzan seis preguntas claves en torno al populismo, donde una definición del fenómeno puede ser posible a través del tipo de respuesta a cada una de estas: *1)* ¿el populismo es una ideología, un movimiento o ambas cosas?; *2)* ¿es una "mentalidad" que termina por expresar una forma específica de subjetivación de la política?; *3)* ¿es una forma de manía política fundada en un sentimiento de persecución?; *4)* ¿es una forma de negativismo (antipolítica)?; *5)* ¿es una política ilusoria (como lo vimos líneas atrás)?; *6)* ¿es una mentalidad que termina por ser incorporada a estructuras ideológicas más amplias o a movimientos políticos más fuertes como el socialismo, el nacionalismo o el campesinado?[45]

Lo interesante de las seis interrogantes-dimensiones es que siguen ayudando a significar el campo de inteligibilidad del populismo. En mayor o menor medida, dependiendo de la experiencia concreta, la reificación, o bien, la política ilusoria —que no es un sinónimo de *Ersatz*— sigue siendo un *leitmotiv* del populismo. Pero también la lógica de la persecución (manía política) es un elemento relevante en su análisis, y qué decir de la

antipolítica y la mentalidad autoritaria intrínsecas en ciertos gestos, acciones y niveles de discursividad populista.

Por un lado, el populismo es identificado con una estructura fantasmal, borrosa, una suerte de interregno entre lo que es y lo que no es. Por el otro, hay autores que lo definen como "un síndrome político".[46] Ahora bien, sostengo que no es un síndrome, pues esta última es una palabra que siempre se utiliza con referencia a una enfermedad, que en este caso tendría entre sus síntomas al populismo. Pero si el populismo es uno de los síntomas principales, no puede ser síntoma y síndrome al mismo tiempo. En realidad, el populismo es el síntoma por excelencia del síndrome degenerativo de la política contemporánea, incluyendo en ese síndrome la forma organizativa de la democracia liberal. Por ello, más que un síndrome, quizá es más lícito sugerir que es una perversión política presente en el desarrollo de la democracia, que ha terminado por ubicarse como la "vaca sagrada" del discurso político contemporáneo.[47]

En este mismo sentido, para Alfio Mastropaolo, "la licencia de populista es hoy concedida con desenvoltura no solo a un conjunto de regímenes y movimientos democráticamente no muy escrupulosos, sino también a cada nuevo movimiento cuyo estilo y cuyos discursos, marcados por la retórica del pueblo, no pueden ser rápidamente dirigidos a los esquemas políticos prevalecientes".[48] Por su parte, para Pierre-André Taguieff, el populismo puede "ser conceptualizado como un tipo de movilización social y política, lo que significa que el término puede designar únicamente una dimensión de la acción o el discurso político […]. Es un estilo político aplicable a diversos marcos ideológicos".[49] Worsley sostiene que el concepto de populismo es "diacrítico", ya que su conceptualización cambia cuando es colocado en "nuevos marcos de referencia de la acción".[50] En este orden de ideas, identifica cuatro direcciones, a un tiempo históricas y analíticas, donde el concepto se ocupa de manera más o menos equivalente: *1)* el movimiento intelectual ruso de los años ochenta del siglo XIX; *2)* el movimiento de los granjeros norteamericanos hacia el final del siglo XIX; *3)* los movimientos de liberación, así como de cambio político, en Asia, África

y América Latina durante la primera mitad del siglo XX; *4)* los movimientos sociales o políticos que mantengan dos constantes, con independencia de sus formas concretas de desarrollo: "el hincapié en la noción de la voluntad del pueblo [y] la relación del contacto popular directo con los líderes políticos".[51] Lo relevante de estas dos últimas dimensiones es que pueden desarrollarse en una democracia o en un régimen autoritario, en un populismo de derecha o en otro de izquierda.

Para Ernesto Laclau, en uno de los trabajos que han hecho escuela en Latinoamérica (y quizá tendríamos que preguntarnos si no es necesario cambiar de página de este enfoque aún influyente en el campo académico de nuestra región para estudiar el populismo), el populismo "es, simplemente, un modo de construir lo político",[52] que está en relación con la dinámica de la constitución del principio de identificación de lo social a través de la visibilización de una serie de "demandas" frente a un orden colocado como lugar controversial en busca de respuesta a esas demandas. Aunque esas demandas no son, sentencia, un tipo específico de movimiento, sino que representan una lógica política, vinculada "con la institución de lo social". Y agrega: "Sin embargo, tal institución, como ya sabemos, no constituye un *fiat* arbitrario, sino que surge de las demandas sociales y es, en tal sentido, inherente a cualquier proceso de cambio. Este cambio tiene lugar mediante la articulación variable de la equivalencia y la diferencia, y el momento equivalencial presupone la constitución de un sujeto político global que reúne una pluralidad de demandas".[53]

Poner en relación al populismo con las formas de producción de lo político le permite a Laclau saltarse la discusión sobre el abuso analítico de pensar el populismo como un concepto "ambiguo", tema al que le dedica el primer capítulo de su obra. Y no es que esto no pueda debatirse desde el punto de vista académico. En realidad, nos lleva a un terreno donde tendríamos que aceptar que el populismo no puede prescindir de una definición política. El problema, entonces, no es su definición, como cada vez más colegas sociólogos y politólogos repiten por aquí y por allá, que el problema del populismo es siempre su definición, porque es un concepto ambiguo. Más bien, el desafío es definir qué dimensiones específicas del

universo de lo político convoca y desarrolla. La cuestión puede ser saldada en la medida en que pensemos que el problema que presenta no es el de su definición, sino el de su acción, esto es, el populismo es una forma específica de organización y ejercicio del poder. Por ello, sugerir que el populismo es un concepto poliédrico no es directamente proporcional a la afirmación de que es una categoría ambigua.

Para Giacomo Marramao, el populismo, al igual que Laclau, está relacionado directamente con lo político. Sin embargo, para el primero, el populismo tiene que ver con el dinamismo del poder que usa la deslegitimación del oponente; es el instrumento central de la confrontación entre partes constitutivas de la democracia. Quitarle a cualquier formación política o a cualquier líder oponente toda forma de crédito es el objetivo de esta estrategia, pues ¿quién te puede considerar una persona o un movimiento atendible si no gozas de legitimidad? Es decir, ¿por qué merecerías nuestra atención si caes en el campo de la desconfianza y de la deslegitimación? Lo que revela la deslegitimación es la instauración de un "dispositivo estratégico-retórico de desvalorización", que ha podido enraizarse con fuerza particularmente en el contexto de la segunda posguerra, al volverse palpable "en las metamorfosis que han afectado a la esfera pública, la antítesis legitimación/deslegitimación implica un sistema de remisiones reticulares entre prácticas discursivas, lógicas estratégicas y dinámicas identitarias".[54] Además, el proceso está conectado "a caballo entre los siglos XX y XXI […] al fracaso de los dos principales modelos de integración en la ciudadanía que hemos teorizado y practicado en el curso de la modernidad: el modelo universalista-asimilacionista republicano y el modelo diferencialista-multiculturalista fuerte, o 'en mosaico' —por retomar la metáfora de Seyla Benhabib—. Ironías de la historia: el 'modelo République' y el 'modelo Londonistán' producen las mismas formas de conflicto identitario, caracterizadas por el paso de la lógica del cálculo racional de los intereses a la lógica de la pertenencia".[55]

Ahora bien, la deslegitimación del adversario, ¿es un fenómeno nuevo o en qué medida está de regreso con nuevos bríos? Para esbozar una respuesta, Marramao señala que es necesario cambiar el plano topológico

donde la política se desarrolla, y ahí radica la importancia de un debate sobre el populismo en la clave que nos sugiere, esto es, por medio del estudio de la heterogénesis de sus fines. Aquí, nos encontraríamos en el pasaje de la dimensión vertical de la política hacia su dimensión horizontal, ya que en el eje vertical es donde se establecen las relaciones clásicas entre derecho y política, entre justicia y ley, entre legitimidad e ilegitimidad. De hecho, dice, este es el vector que atraviesa la relación entre gobernantes y gobernados, o, dicho en pocas palabras, es el punto espacial de una concepción de la política "arriba-abajo", donde son posibles y necesarias las relaciones de dominación (*herrschaft*). En cambio, el eje legitimación-deslegitimación es un clivaje que corresponde a un principio de identificación propio de la lógica del poder (*macht*), no de la dominación. Una lógica que corresponde a una inclinación en el campo de lo político en términos de la díada amigo-enemigo, que forma parte del binarismo categorial de la modernidad a partir de los siglos XVIII y XIX, binarismo expresado en fórmulas del tipo "revolución/reacción, progreso/conservación, derecha/izquierda, nacionalismo/cosmopolitismo".[56]

Si nos detenemos un momento en el antagonismo del "amigo-enemigo", el rasgo que lo "singulariza" está dado por la intensificación de la hostilidad pública entre partes (*hostis*), o sea, reparando claramente en el hecho de que la rivalidad, acaso mimética porque surge en un polo, pero se reproduce con cada reacción del opositor, es posible porque el conflicto es "con aquel que nos combate" públicamente, y no "con aquel con el que tenemos odios privados" (*inimicus*).[57] ¿Qué diferencia existe entre las dimensiones vertical y horizontal? ¿Qué cambio de perspectiva aparece con esa diferenciación? La diferencia radica en que el primer momento se caracteriza por "una axialidad vertical de tipo estructural-ordinamental", y el segundo, por "una axialidad horizontal de tipo histórico-dinámico".[58] Este pasaje llama la atención, ya que el cambio topológico es lo que el populismo introduce en la escena democrática, cuando la axialidad horizontal puede ser interpretable como un juego de perspectiva, familiar a esa "guerra de interpretaciones" que celaba Nietzsche en una obra que lleva el provocador

título de *La voluntad de poder*.[59] De nueva cuenta, pero con márgenes más amplios de contingencia, aparece el dilema de *la política* o *lo político*, una guerra de interpretaciones que cobra forma bajo la égida del "politeísmo de los valores". Lo uno y lo múltiple en una sucesión constante. Sin embargo, ¿cómo lograrlo?

UNA PROPUESTA PARA SU ESTUDIO

Como resulta evidente, la lista de aproximaciones teóricas a una definición del populismo es amplia. Existe un uso excesivo de sus adjetivos, en detrimento de la definición de aquellos elementos semánticos que pueden volverlo conceptualmente viable para abonar a una teoría del populismo. Por ejemplo, si se recuperan algunas de las dimensiones-interrogantes diseminadas por Ionescu y Gellner, particularmente la de la reificación y la de la manía política, es posible sostener que el populismo nos enfrenta a un doble reto, ya que se presenta como un *enigma* y un *complot*, para usar dos figuras analíticas que Luc Boltanski discute en un trabajo reciente.[60]

Es un enigma basado en el llamado constante a la dualidad constitutiva del pueblo que irrumpe la lógica de un orden social y político común, introduciendo una disonancia objetiva, en la medida en que es una performatividad, a pesar de que ocupe mecanismos mistificados y, por ende, deviene una amenaza para la estabilidad de ese orden. No importa si su retórica es una verdad a medias o una mentira, pues lo que importa es la forma, no el contenido. En este sentido, Boltanski arguye: "El enigma […] se presenta en forma de una singularidad que causa incertidumbre y destaca más cuando se contrasta con el fondo de una realidad robusta, en la que todo se sostiene y donde todo parece previsible".[61] Ahora bien, el enigma abre una "grieta" lo suficientemente amplia en medio de la previsibilidad de la política (como se sabe, en el mundo actual, las encuestas y las cifras siempre ayudan a robustecer, clarificar y unificar la realidad). Hasta cierto punto produce una disonancia que se coloca como una forma disimulada de la política, donde "lo que es" termina transfigurado, y deviene una suerte de

“ya no es”. Esto empuja de manera inmediata a que termine identificada, en cuanto forma política enigmática, con el signo del peligro. En este punto destaca el lugar que el miedo ocupa como elemento aglutinador de las preocupaciones sociales, a pesar de que la amenaza que representa está colocada en una situación de posibilidad latente y no necesariamente manifiesta. En este mecanismo es donde resulta observable la fascinación que produce el populismo en distintos sectores sociales, y no solo en los menos favorecidos desde el punto de vista económico, ya que las manifestaciones de rechazo a sus lógicas terminan por ser formas auténticas de atracción, probablemente invertidas, que otorgan un grado de rentabilidad elevado desde el punto de vista comunicativo, cultural e intelectual.

En el enfoque que aquí proponemos, el enigma populista se vuelve comprensible: los “enemigos” del populismo actúan como sucedáneos del rol que juegan los detectives en las estrategias narrativas de la literatura policiaca, que, al interrogarse inicialmente sobre un misterio que rodea el crimen cometido, sustituyen a las instituciones judiciales a la hora de la definición de las formas de persecución criminal. En el caso del populismo, se puede hablar de una forma de persecución mediática y política. La preocupación que produce como misterio y la definición semántica que sus rivales refieren como imposibilidad de que tenga lugar su ascenso al poder son los resortes que movilizan tanto las huellas de ese misterio diseminado como las formas de su invención política. Frente a un tipo de singularidad que subvierte la quietud del campo de las relaciones sociales a través de una suerte de extravagancia “no autorizada”, su persistencia, más que su presencia, se vuelve un problema. De este modo, el populismo *define* un problema que tal vez sea lo que motiva tanta inquietud en la vida pública de las democracias.

Si el populismo define un problema en el juego político de la democracia, entonces habría que preguntarnos acerca de qué tipo de problema expone; además, abocarnos a la tarea de explicar si esa singularidad por la que se manifiesta logra volverse paradigmática. Es precisamente en este momento donde comienza la dificultad de la

definición del populismo y la preocupación —incluido el interés académico por el fenómeno— por sus prácticas. El populismo puede ser identificable y sostenerse como una singularidad paradigmática a condición de que cumpla una exigencia conceptual, que es la de ser "un objeto singular que, valiendo para todos los otros de la misma clase [por ejemplo, colocar en el otro extremo a la democracia], define la inteligibilidad del conjunto del que forma parte y que, al mismo tiempo, constituye".[62] Sin duda, es una singularidad paradigmática porque permite la comprensión de un conjunto de relaciones históricas, analíticas, subjetivas y sociales, que irán dando sentido a un curso de acción en el seno de las democracias que son identificadas con este tipo de forma política.

El carácter paradójico que anuncia la formación del enigma intrínseco al fenómeno del populismo, y que es la cara menos analizada en sus estudios contemporáneos, en ocasiones termina perdido o escondido en la estructuración de la lógica del complot, que, a diferencia del enigma donde aparece un momento evidente de imprevisibilidad que dinamiza a la política, parte de una base común, que aplica tanto a los perseguidores como a los perseguidos, pues el delirio complotista, en cuanto manía política, tiene una doble forma de desarrollo. Del lado de los críticos al populismo que juegan como los perseguidores, fustigan con fruición la catástrofe por venir (el mecanismo de la profecía que se cumple es útil en esta tarea), la cual derivará del ejercicio del poder de aquel líder identificado con el populismo, a pesar de que los atributos de esa figura no correspondan a las caracterizaciones que el fenómeno exige para su mínima definición.[63]

Por su parte, en el caso del líder populista que representa a la perfección al personaje perseguido, su lógica lo empuja una y otra vez a recurrir al relato maniaco de la persecución que lleva a cuestas como su sombra. De este modo, el juego termina por reproducir las formas "anómalas" que el fenómeno introduce a la arena democrática, al permitir el completo desplazamiento de su campo sintáctico, y quizá también vacía mucho de su campo semántico, para dirigirse al campo pragmático, donde el uso ideológico y performativo del populismo —por ejemplo, bajo la forma de la

calificación negativa de una formación partidista o de un cierto tipo específico de liderazgo— lleva a los personajes que se asumen como populistas, pero también a sus detractores, a trabajar incansablemente en una espiral reactiva donde, a cada manera disonante de expresión del enigma, surge de todas las partes involucradas un principio de persecución.

Como comentamos líneas atrás, es común encontrar en cierta literatura sobre el populismo la afirmación de que es un fenómeno político no ideológico, porque —se afirma— no enarbola una ideología "específica" de derecha o izquierda.[64] En realidad, sucede al revés. Es precisamente su precariedad constitutiva como fenómeno político, y no como concepto, lo que vuelve al populismo un problema ideológico, pues, dependiendo de la coyuntura en la que está presente, recurre como estrategia ideológica a la separación o identificación de unos grupos sociales en una estructura esencializada, pero no por ello menos ideológica. Incluso puede ser una estructura con un fuerte componente ideológico que raya en un discurso delirante, tanto como el que a veces sostienen sus detractores. No olvidemos que la operación de identificar y separar son rasgos convencionales de las ideologías modernas.

Así, es posible sugerir que el populismo tiene una forma bifronte. Desde un punto de vista ideológico, es parte del nuevo *genus* democrático de nuestro siglo. En su forma histórica, se coloca en el umbral de salida a la "degradación" de la *routine* partidista de la democracia actual. Es "un modo dominante de relación entre ciudadanos en democracias que han perdido el sentido de la deliberación pública, de la consulta popular y del bien común".[65] No obstante, es oportuno subrayar una diferencia: las democracias "han perdido el sentido de…", no la práctica de deliberar, consultar, debatir, diferir, etcétera. Pueden seguir ejerciendo, incluso patrocinando, esas prácticas, pero ya no tienen la necesidad de verificar su eficacia sobre las clases sin poder, y mucho menos la de su impacto en el proceso de desmoralización social por la poca capacidad de incidencia de los ciudadanos "sin poder" en la vida institucional y en el entorno social. Para Thomas Piketty, en algunas experiencias políticas recientes: "El populismo no es otra cosa que una respuesta confusa (pero legítima) a la

sensación de abandono de las clases populares de los países desarrollados ante la globalización y el auge de las desigualdades".[66]

Esta pérdida de sentido es el resultado de una escisión profunda del poder político, que combina "la tecnificación parcial de la política" con la "excitación de los estados de ánimo de las poblaciones: en particular el miedo".[67] La ecuación produce ciclos de descontento que estallan, incluso violentamente, con el incremento de la incidencia social del populismo como idea y como proceso histórico. De tal modo, frente a la tecnificación de la política que pretende dar respuesta especializada a las prioridades del gobierno —sobre todo en el terreno económico—, al tiempo que reduce a su mínima expresión el debate social sobre la democracia y sus posibilidades —debate que en muchas ocasiones termina adherido a los ciclos de protesta y movilización—, el espoloneo y la visibilización de los estados de ánimo de la sociedad, como el miedo y fundamentalmente el enojo, son una "política" que adopta la forma del populismo en un intento de "compensar la tecnificación parcial del poder".[68]

Lo interesante del desafío teórico que representan algunos populismos recientes es que estos no oponen los estados de ánimo en contra de la tecnificación de la política, sino que los conjugan, los vuelven *Uno*. La operación que han encabezado es inédita y por ello exige un análisis más cuidadoso.

Es fundamental sacar el estudio del fenómeno de la lógica de la catástrofe y de los delirios de persecución. De este modo, es oportuno que la teoría política trabaje en "des-teologizar" la semántica del populismo, y en "desintoxicar" la exageración con la que defensores y detractores usan ideológicamente el fenómeno en función de intereses mediáticos, académicos, económicos o culturales específicos.

Para terminar, el polimorfismo del populismo constituye una "alteridad" frente a la "identidad" de la democracia, donde el riesgo aparece cuando se vuelve *centro* de la distribución "identitaria" de esta. Dicho en otras palabras, el populismo incrementa el lado discordante de la política democrática frente a la cara consensual de aquella, al grado de que puede llegar a su neutralización total. Esta es la ruptura que introduce en la

política contemporánea, una ruptura que hace suyo aquel factor que refiere Cover como la "extra-legalidad" del destino.[69] Esto es, el populismo hace de esa extra-legalidad el principio de conjunción y producción del orden político. De aquí, pues, que el tiempo sea una variable determinante en las diversas experiencias de los gobiernos populistas, ya que supone la pretensión de instituir una serie de mecanismos que caen en el universo del "legalismo discriminatorio", lo que nos llevaría al terreno paralegal y parainstitucional.[70] El legalismo discriminatorio puede adoptar la forma del mecanismo de la reelección sin límites como detonante para lograr la expansión del "proyecto" populista, incluyendo reformas que terminan por transformar radicalmente el campo jurídico de las democracias. Así, se abre la posibilidad de transitar de un constitucionalismo popular, intrínseco a la historia de la formación del Estado constitucional moderno, a un constitucionalismo populista.[71] No solo es argüir que el populismo termina por exacerbar el rasgo épico o metajurídico de todo ordenamiento constitucional y que, por consiguiente, es recriminable desde el punto de vista del paradigma normativo de la democracia liberal, sino que precisamente porque no todo es racionalizable y mucho menos previsible, necesitamos por lo menos en el campo de la teoría política trabajar sobre el papel que juega la "épica" del derecho en la política democrática, ya que es un campo aún por explorar en el estudio del populismo. Olvidamos que los "muchos gobiernos" que se desarrollan en el interior de la sociedad producían gran preocupación a Maquiavelo, quien lamentaba su reproducción en la medida en que consideraba que estos síntomas eran una de las principales causas de decadencia y de inestabilidad política. Hoy no estamos tan alejados de esta intuición del florentino.

III
La improvisación como regla

LA BANALIZACIÓN DE LA DEMOCRACIA

Vivimos en una época afectada por el *pathos* de la improvisación. Con esta afirmación es posible encerrar toda una manera de permanecer y existir en el espíritu de nuestro tiempo. Es como si estuviéramos perdidos en medio de una *routine* de tipo melancólica que irradia su carácter atrabiliario a todos los campos donde el poder ejercía su influencia de manera convencional. En efecto, es difícil indicar la pérdida de los lugares de injerencia del poder, más allá de su visibilización cotidiana, o sea, más allá de las formas que adoptan sus derrumbamientos en el interior de las sociedades, que han hecho de la indiferencia una forma predominante de vida. En cierto modo, la posibilidad de diferenciación cultural es vista con sospecha, por lo que su rechazo es interpretado como un recurso útil en el ejercicio del contrapoder, el cual pierde su capacidad instituyente desde el momento en que cede su autenticidad a lo inauténtico de la comodidad liberal.

Es cierto que la introducción de la distancia social, cultural y económica ocasiona el nacimiento de la diferencia, un fenómeno histórico que reproduce el *statu quo* y las desigualdades inherentes a la expansión del mercado y la estratificación social. Pensemos en la etiqueta de las "clases peligrosas", en oposición a las "clases trabajadoras" que dividían los segmentos sociales populares en el siglo XIX, y que es, desde una óptica existencial, una constante en la historia moderna de la democracia. Pero la

invención de las formas de diferenciación también logró el mantenimiento de límites estatales, frente a la indiferencia hacia las clases menos favorecidas por parte de los grupos mejor posicionados para el despliegue de las prácticas sociales en el campo de la cultura o en el de la educación, así como en el de la política en general. Sin esos diques, la democracia no hubiera logrado los niveles de profundización social que hemos visto en el último siglo y medio.

El ascenso de la improvisación permite que cualquiera pueda cincelar su éxito a partir del rechazo a toda regla de apropiación y reconocimiento de la cultura o la política, donde constatamos el incremento de la cancelación de la autoridad en el interior de la sociedad. Con independencia de la posición cultural que el sujeto tenga como bagaje, cambian los grados de intensificación de la banalización que introduce en el intercambio social. La confusión radica en que la democratización de los sistemas políticos y culturales en nuestro siglo no es sinónimo de licencia a toda regla y límite que haga frente a la acción "liberalizadora" de las sociedades que transitan del siglo XX al XXI. Lo anterior constata el triunfo de una idea "minúscula" tanto de la democracia como de la política, supeditada a la lógica de las equivalencias: el *influencer* adopta el mismo estatuto que el intelectual y, de hecho, lo desplaza gradualmente; el político es igual que tú, aunque con más suerte; el estudiante determina qué contenidos quiere leer en una continua negociación frente a las instituciones de educación y al profesorado. El orden político corona el primado del "cualquierismo" (del italiano *qualunquismo*), que, por su parte, es la venganza de lo superfluo a la pretensión normativa de la libertad absoluta vía el individualismo que introduce el neoliberalismo en las últimas décadas del siglo pasado.[1]

Cuando observamos el ascenso de nuevas clases políticas al poder, en ocasiones estas pueden llegar a confundirse con la aparición de los diletantes de la política que aparecen en todas las épocas. En realidad, anuncia una nueva manera de habilitación por parte de los "cualquiera", quienes, para ganar elecciones, aprenden rápido las operaciones técnicas de la competencia política, social, financiera y mediática. Esto no quiere decir que cualquier persona que se postule a un cargo de elección popular, mucho

menos si es componente del contingente de los eternos advenedizos que se postulan, será exitosa. Existen reglas que son necesarias para la participación, incluidas las que están identificadas en el terreno ilegal, y que el postulante está obligado a seguir con escrúpulo, similares a las que encontramos en el negocio del fútbol o en el del *mainstream* musical. Hablando de populismo, Worsley señala que este es un recurso que ya estaba presente en Estados Unidos a finales del siglo XIX, cuando "los granjeros y políticos podían continuar con el clásico procedimiento de las presiones legislativas, comprando y vendiendo apoyo y favores".[2]

En este contexto, la especificidad del populismo debe ser pensada como un poderoso carburante en la arena electoral, cuyo éxito es posible a condición de transgredir precisamente las reglas de la lógica de lo políticamente correcto, con lo que tiene garantizado el "descenso" al campo social donde el populista es una "boca del pueblo", en un juego de semejanza junto al ciudadano "ordinario", a quien acompaña hombro con hombro en esa "representación-espejo" que ya discutimos. Por ello, es difícil que el populista gane su poder solo en la colonización del espacio inmaterial de la democracia, como sucede con las redes sociales, el foro natural del cualquierismo, y que sirva como palanca para la edificación de la plataforma que lo lleva a la toma del poder. Quienes leyeron bien el dilema fueron los del Movimento 5 Stelle en Italia, que nace en el corazón del ágora virtual. Ellos mostraron la necesidad de la apropiación de la tecnología para la sedimentación del espacio político tradicional —de la plaza a la urna, de la política territorial al poder en el parlamento—, con otras densidades culturales, hecho que los sincronizó con el estado de ánimo de la sociedad italiana, y contribuyeron al delineamiento del trazo general de ciertas prácticas en la democracia en clave postsoberanista.

Como forma de transgresión, el populismo es un fenómeno que genera normas; no es una ruptura total de las reglas. Pone en vilo parámetros previamente establecidos para introducir nuevas formas de ordenación. Sigue preceptos que siempre están articulados en la genealogía que lleva a su engrandecimiento; no es una acción sin raíces. Su florecimiento es posible gracias a la audacia y la presión sobre los límites que el universo

político configura en la institución del orden, tanto en el tiempo como en el espacio. Las técnicas de subversión que pone en acto hacen de la transgresión un arte de la disyunción, donde toda división es experimentada como restitución, por lo menos para los populistas. Este es un problema que la sociedad enfrenta en los momentos más altos de excitación histórica, cuando los vectores de reproducibilidad son insuficientes para calmar el ánimo de los viejos y nuevos competidores por el poder, y más cuando existe una creciente incapacidad de integración de la comunidad política en el pluralismo intrínseco a la formación de aquella.

El predominio cultural donde cualquiera puede ser primer ministro o presidente, líder de partido, parlamentario, gobernador o alcalde exige el rebasamiento de las estructuras convencionales de la representación política, aunque necesite de los partidos políticos como medio de acceso al poder. ¿Cómo ha sido posible todo esto? En gran medida, es una "consecuencia fundamental", sostiene François-Xavier Bellamy, "de nuestro rechazo a transmitir la cultura, y sus productos necesarios. Ya que la negación de la diferencia y la revuelta en contra de la cultura son el efecto de una sola y misma ruptura".[3] El cualquierismo es un cambio en las reglas de transmisión de la cultura que antes permitían la activación de la socialización y el compromiso de la sociedad con la política. Su singularidad está señalada con la institucionalización de la improvisación.

Funcione o no, eso no importa; la irresponsabilidad está justificada por completo desde el momento en que es un efecto del espíritu melancólico de nuestro tiempo, que hace que la acción política sea juzgada por su goce, no por la eficacia práctica que representa, dado que importan más las personas y particularmente sus rostros, y menos los programas que dicen proponer como alternativa. La comunicación política actual, una mezcla de aceleración con superficialidad, encuentra su premisa en la política de la cancelación. De este modo, los políticos participan una y otra vez en los turnos electorales, pasando por el pantano que ellos mismos han provocado, como si este último no existiera o no fuera relevante a la hora de que el ciudadano vierte su juicio sobre ellos. El deseo de desmemoria es tan fuerte como el de las políticas de la memoria; no es un proceso residual. Hacia

finales del siglo pasado, Zygmunt Bauman pensaba que la cultura de la sociedad global, que él definía escuetamente como sociedad de consumo, "no es de aprendizaje, sino principalmente de olvido".[4]

La fatalidad de no tener más opciones coloniza el régimen del discurso político de todos los días, y no solo el mediático, también el que intenta una y otra vez la introducción de diversas formas de innovación en la dinámica de la sociedad democrática. Se puede estar de acuerdo con el hecho de que la democracia contemporánea no supone la constitución de una completa desdiferenciación que traiga como lema algo así como "Abajo las clases, arriba el cualquierismo" o "Arriba las diferencias, abajo la desigualdad". Tampoco se puede escapar a la confirmación, un tanto por *default*, de que en la democracia son necesarias las clases dirigentes, en particular, una clase o élite que ejerza la capacidad de conducción sobre el conjunto social, incluidas las clases sociales sin poder. Al respecto, Emmanuel Todd dice: "Una democracia sana no puede prescindir de élites. Incluso cabría decir que lo que separa la democracia del populismo es la aceptación por parte del pueblo de la necesidad de una élite en la que confiar. En la historia de las democracias siempre hay un momento decisivo en el que una parte de la aristocracia se hace cargo de las aspiraciones del conjunto de la población: una suerte de salto de fe realizado conjuntamente por privilegiados y dominados".[5]

Con los populismos, el problema no radica en su oposición virulenta a las élites tradicionales de corte neoliberal. Son movimientos que han subrayado la incapacidad que esas élites tuvieron para responder a los desafíos económicos cotidianos, como sucede con la vieja cuestión social que sigue en el centro de la promesa de la política, por lo que la confianza depositada en aquellas es retirada. La declinación de la autoridad política del neoliberalismo ha llegado al extremo de que, en muchos países, cuando aparece la alusión a la "tecnocracia" o a los "tecnócratas", termina siendo un insulto, un pretexto para el escarnio popular, en analogía con el epíteto de "populista", que también es utilizado como arma de descalificación. Para Éric Fassin, el populismo desnuda el rasgo "despoblador" del neoliberalismo y de sus élites tecnocráticas, causado por su obsesión de

vaciamiento de la democracia, aunado a la presión que ejercen las estructuras del mercado para la monetarización de la vida. De tal modo, los componentes sociales que están en la base de la revitalización de la dimensión "plebeya" de la democracia no abrevan solo de las clases populares excluidas, sino también de las clases medias pauperizadas y de las clases que se sienten afectivamente traicionadas por el neoliberalismo.[6] En suma, el resentimiento "no es propiedad de una clase", es "interclasista".[7] Así, con su capacidad de despoblamiento, el neoliberalismo construye los cimientos para la aparición del populismo, opera como su justificante, pues, con la sordera que antepone a la precarización social, deja la mesa lista para "la politización de lo vivo", que, en los juegos del poder, tiene lugar en los reversos de la "norma" y de la "ley".[8]

Bajo el amparo de la idea de "pueblo", la particularidad del populismo radica en la convergencia de diversos públicos que están dispuestos a seguir la oferta política que mejor rompa con el *statu quo*, a pesar de que en muchas ocasiones quienes impulsan este rompimiento pertenezcan a esa realidad elitaria que existe dentro de la democracia. Multitudes divergentes que no son la simple expresión de los excluidos de la globalización, "sino de aquellos que, cualquiera que sea su éxito o su fracaso, insisten en que a otros, que sin embargo no les llegan a la suela de los zapatos, les estaría yendo mejor".[9] Como coagulante del populismo, la frustración dinamiza el resentimiento y la indignación por vías inéditas para las formas tradicionales de participación ciudadana en las democracias. A pesar de la coincidencia entre los extremos, representados por el populismo de derecha y de izquierda, aunque sus justificaciones morales e ideológicas estén orientadas a fines diversos (no son los mismos electores los que votarían a Trump o a Bernie Sanders, o en el caso francés a Marine Le Pen o a Jean-Luc Mélenchon), lo cierto es que no es posible sostener empíricamente un discurso donde se pueda caminar de una orilla a la otra sin interrupciones. La retórica de los afectos es insuficiente para el populismo: "El resentimiento no se convierte en rebelión, así como la indignación no se convierte en rencor".[10] Es necesario algo más.

LA BASE HUMORAL DE NUESTRA SOCIEDAD

La conexión entre el *pathos* que supone la lógica de la improvisación con su enraizamiento en la *routine* que promueve la indiferencia como forma de vida, y que extrañamente hace que nuestra época adopte una tonalidad melancólica, exige un espacio de inteligibilidad en relación con los procesos recientes que ha experimentado la democracia, tanto en el terreno de su historicidad como en aquel de su conceptualización. El "humor" de la democracia abre una nueva distancia entre los actores políticos y los mecanismos que tienen a su disposición para la obtención y el ejercicio del poder. Está ubicado en un sentido opuesto al uso tradicional del poder, donde sus mecánicas eran monopolio de los regímenes políticos para la diseminación de su influencia, la obtención de la legitimidad y el aseguramiento de determinadas ventajas sobre los espacios de decisión. Si se atiende a la sentencia de Raymond Aron, cuando señala que "el poder existe ahí donde un día uno o unos pocos toman decisiones que involucran a todos",[11] entonces, el poder melancólico de la democracia es observable en sus efectos sociales, no en la autorización institucional que confiere el derecho a unos pocos para ejercerlo en relación con el resto de la sociedad, menos en sus fundamentos, y menos aún, en su legitimidad. Una inversión de los términos del juego que abre la puerta a la aventura hacia lo desconocido.

Un personaje como Donald Trump, un "Calígula posmoderno", que tiene un aire de perfecta contemporaneidad con el humor áspero de nuestra época, con su actitud de niño caprichoso, era impredecible. Eso lo volvía peligroso, ya que tenía una capacidad infatigable para romper la lógica del "parentesco de familia" democrático (hace 20 años era impensable que ganara las elecciones en el país más poderoso del mundo), agregando un elemento extraordinario en la normalidad política norteamericana. Su caso puede ser definido como un cualquierismo radical. Personaje del año en 2016, según la revista *Time*; este lugar había sido ocupado un año antes por la entonces canciller alemana Angela Merkel. La distancia entre ambos marca la polarización ideológica que vivimos en los últimos años, ya que

Merkel fue "un dique de contención contra el fascismo en Europa", mientras que Trump ha sido un populista "xenófobo".[12] En síntesis, asistimos a la escenificación de un doble espíritu de la democracia. Por un lado, tenemos el alma "madisoniana", que limita cualquier poder con instituciones y contrapesos constitucionales. Por el otro, el alma "populista" o "plebeya", que activa la participación, organizada en las estructuras de intermediación tradicionales, pero también visible en las explosiones de protestas que quieren mostrar su desacuerdo por el estado de las cosas que guarda la sociedad en su conjunto.[13]

Si bien en Estados Unidos, incluso en México, había preocupación por el nativismo de Trump, cuya campaña arreciaba en contra de los mexicanos, al mismo tiempo en Francia observábamos una serie de acontecimientos que cobraron forma a través de diversos ataques terroristas, comenzando con el asalto a las oficinas del semanario *Charlie Hebdo*, y culminaron con un ataque orquestado de manera simultánea en distintos puntos de la capital francesa el 13 de noviembre de 2015 (Netflix produjo un documental dividido en tres capítulos sobre este asunto). La embestida abrió de nueva cuenta el debate sobre la rivalidad entre el "nosotros" y el "ellos" en la sociedad francesa, ya polarizada desde tiempos atrás. Algo similar sucedió con las "agresiones sexuales en masa en Colonia y en otras ciudades de Alemania y de Europa".[14] A ello siguió la salida de Reino Unido de la Unión Europea, contradiciendo los pronósticos más refinados de que esto no era posible, y terminó con el cambio en la orientación política francesa, con la atención que atrajo Marine Le Pen luego de los ataques terroristas en París.

En apariencia, este efecto en cascada suponía la consolidación del clivaje nativismo versus no nativos. Sin embargo, el populismo camina hacia otro clivaje, más amplio, donde el nativismo es solo una de sus variantes, y que tiene su punto de inflexión en el binomio neoliberalismo-antineoliberalismo. Así, el populismo "ya no se asocia tanto a una reacción racista ante las olas migratorias y las explosiones terroristas como a un rechazo de las políticas neoliberales, en particular en las regiones industriales damnificadas, desde la Inglaterra de las Midlands hasta el norte

de Francia, pasando por el Rust Belt en los Estados Unidos […] el populismo remite más a una lógica económica que cultural. Por eso resuena no solamente en la derecha, sino también, y cada vez más, en la izquierda".[15]

Dice Jean-Luc Nancy que la palabra "Democracia se ha vuelto un caso ejemplar de insignificancia",[16] ya que se apropió de la liberalización de todas sus fuerzas semánticas para abarcar un conjunto de hechos y acontecimientos que hoy poco o nada tienen que ver con ella. Es todo y es nada. Estamos encerrados en una forma política, quizá la más influyente en el último medio siglo, que no permite el fenómeno de la innovación con otras especies políticas de ser con el otro. "Estás con la democracia o eres el enemigo íntimo de ella, aunque no expreses abiertamente tu desacuerdo": quizá esta pudiera ser la bandera que los buenos demócratas ondean a todo lo ancho y largo del mundo democratizado. Frente a esta situación, la insignificancia es consecuente: la democracia traza la frontera entre lo permitido y lo exigible, relegando a un segundo plano su forma social, que fue esencial para la concretización de la democracia en la modernidad tardía.[17]

Si el siglo XX fue el siglo de las guerras, también fue el siglo de la Gran Política —con mayúscula—, lo que representa un significado particular al ser una apuesta por los proyectos de mediano y largo plazo. No era el trabajo político sobre lo inmediato, sino que, a partir del ojo de la cerradura que esta cara dejaba entrever, caminaba mucho más allá de la inmediatez y de la coyuntura, más allá de la condición del aquí y ahora, para la estructuración de la vida política de las sociedades que el siglo precisamente veía nacer.

Pensemos en el caso de América Latina, que inicia el largo camino de la integración de las masas a la política (las masas "en disponibilidad", en la célebre formulación de Gino Germani) con la instauración de diversos gobiernos populistas en la primera mitad del siglo.[18] El populismo de Juan Domingo Perón en Argentina, el de Getúlio Vargas en Brasil, el de Jorge Eliécer Gaitán en Colombia o el de Lázaro Cárdenas en México son expresiones de diversos tipos de ideologías populistas, son movimientos de

masas que otorgaron a los excluidos un lugar central en la Gran Política estatal latinoamericana. Su incorporación fue una de las banderas primordiales del líder, de la formación partidista y del movimiento populista. Así, un rasgo específico respecto a la movilización de masas que empuja como fase performativa del desarrollo político del populismo latinoamericano es la organización de una dinámica "arriba-abajo", con el fin de generar simpatías y encuentros entre el líder y las masas sociales, principalmente obreros, campesinos y sectores populares, como son las clases urbanas marginales que van surgiendo en épocas de crecimiento económico acelerado y precaria integración sistémica.[19] Si la inclusión y la movilización de masas son dos de sus rasgos esenciales, también el control corporativo es determinante, el cual asegura por medio de la neutralización de la fuerza de las centrales obreras; aunque muchas veces estas nacen al cobijo del populismo, no como reacción a él. Asimismo, su discurso es una argamasa de una serie de premisas generales encaminadas a la extensión ideológica de la "unidad nacional", pensada como cuerpo político unitario, y ligada a una pedagogía de integración territorial y social de las masas.[20]

La causa de esta suerte de "trastorno" sistémico latinoamericano, es decir, de que el populismo sea una forma de organización del poder con una vieja carta de naturalización en el subcontinente, a la que se ha recurrido con insistencia a lo largo del último siglo, es que en la región la constante clave es una intervención de las clases populares en la política, tanto tradicionales como nuevas, con una fuerza centrífuga que no logra ser mediada de manera total, ya que siempre "el grado de movilización *rebasa* la capacidad de los mecanismos de integración".[21] Así, el populismo puede ser un clivaje histórico que sirve para la neutralización de un grado importante de conflicto social, al tiempo que produce umbrales de identificación que pervivirán por largo tiempo, y que chocan frontalmente cuando el fenómeno de la democratización hace su aparición en la región latinoamericana, en pleno contexto de neoliberalización económica y política.

Es probable que, con los sistemas de medición categorial que hoy usamos para evaluar el desarrollo político de un país, aquellos populismos

salgan reprobados, pero expresan el ascenso de un cambio genuino en la política y en sus interpretaciones para el largo plazo. En efecto, es distinto el lugar en el que se coloca la semántica del pueblo y sus artificios retóricos en la dinámica de la modernización política de sus respectivas naciones. Lo interesante del episodio histórico es que la querella ideológica entre democracia y populismo en la primera mitad del siglo pasado, una controversia que no siempre fue nombrada, es sustituida con la rivalidad entre democracia y comunismo, probablemente una "salida" al populismo de la época.

Por lo demás, la Gran Política del siglo XX produjo varios de los movimientos de masas más violentos en la historia del mundo contemporáneo, como fueron los totalitarismos de derecha e izquierda, a pesar de que fueron fenómenos que abrieron la puerta a la democracia como opción en lo inmediato y en el largo plazo. Nadie se ha preguntado qué habría pasado si el nacionalsocialismo, el estalinismo y el fascismo no hubieran tenido lugar. Es decir, ¿la democracia habría sobrevivido y, sobre todo, se habría expandido con la velocidad y la fuerza que se desarrolló a lo largo de la segunda mitad del siglo XX? Teniendo enemigos políticos definidos con nombre y apellido, y con las víctimas contables por millones que los totalitarismos produjeron por aquí y por allá, es casi imposible suponer que el viraje hacia la democracia no fuera natural.

La democracia fue una respuesta de continuidad frente a la situación de la violencia que expresa el laboratorio político presente en las formas antidemocráticas que la combatieron. ¿Cómo podemos pensar el desarrollo de la democracia sin el del autoritarismo y totalitarismo? A pesar de este detalle histórico y politológico, la política y sobre todo los políticos del siglo XX, en particular los que están presentes en el *genus* democrático (Franklin D. Roosevelt, Winston Churchill, Charles de Gaulle, etcétera), jugaron un rol fundamental en la creación de instituciones democráticas nacionales, y también en la invención de instituciones que controlaron la anarquía del concierto de naciones a nivel supranacional, a partir de la constitución de reglas y respuestas a las exigencias de lo social, para lo cual hicieron un uso sistemático del arte de gobernar lo político, incluyendo en

él a la razón de Estado que, por su parte, es una figura del poder que ha sido importada del siglo XX a nuestro pequeño siglo XXI.

"El siglo XX", señala Mario Tronti, "ha revelado las dos caras de la política: el rostro demoniaco del poder y el rostro sacralizado del empeño".[22] Entonces, si en el siglo pasado existieron grandes liderazgos políticos, robustecidos ideológicamente, siempre a favor o en contra de la democracia, era porque la política activaba un dispositivo de gobierno viable, con capacidades inéditas de movilización de las sociedades que salían de la guerra, como sucede en la experiencia europea y, en particular, en el conflicto con sus clases obreras.

Si hoy la razón de Estado, y con ella el secreto y la disimulación, juega un papel primordial en las maneras de pacificación del conflicto en el interior de la democracia, es porque, en el paisaje hacia la constitución del ecosistema de los Estados democráticos contemporáneos, el uso sistemático de esa "razón" (y, como toda racionalidad, es limitada) permitió la evolución de aquellos hacia una forma "securitaria", propia del populismo penal, que está fundado en la "necesidad" y el "miedo" de los ciudadanos, donde los sentimientos de zozobra son espoloneados a partir de la exposición cínica del otro absoluto. Este pasaje adopta y al mismo tiempo adapta a la actualidad la forma del terrorista o el migrante, figuras por excelencia del *homo sacer* en el interior del ambiente democrático.[23] En la democracia de nuestros días asistimos a un incremento importante de los ciclos de despolitización del ciudadano, que permite el desarrollo institucional de formas de legalidad "anómalas" o "grises", necesarias para la consolidación de la figura del "extranjero del interior". Esto no es una sorpresa, ya que estamos en el terreno de la razón de Estado, donde todo es posible. En la democracia, es la forma de vida la que termina anulada, borrando cualquier rastro de garantismo cada vez que se recurre a la declaración del estado de emergencia o excepción a causa de la amenaza del otro absoluto.[24] La invención del extranjero en el interior del Estado corona la institucionalización del *homo sacer* y de la nuda vida como precondición

de la democracia. Es, a decir de Agamben, "el fundamento oculto sobre el cual reposa todo el sistema político" en el mundo contemporáneo.[25]

Por si fuera poco, esta situación está relacionada con el uso sistemático del espionaje cibernético, lo que nos empuja a un escenario aún más asediado en relación con la fragmentación de la legitimación política de la democracia. Es decir, la democracia de talante neoliberal, basada en la provisión formal de derechos, precariza las modalidades de incorporación de los ciudadanos a esas garantías, gracias a las políticas de confrontación entre un "nosotros", traducible como nosotros "los ciudadanos blancos y privilegiados", y un "ellos", los "no ciudadanos blancos y privilegiados", o que, por su falta de similitud, son *ex ante* definidos y normativizados, incluso penalmente, como extraños.

Durante 2015, esta retórica dio lugar a uno de los episodios más vergonzosos de clausura de fronteras en la Unión Europea, donde hasta la socialdemocracia terminó por aproximarse a las posiciones de la derecha tradicional respecto a negarles la entrada a los migrantes que pedían asilo, principalmente ciudadanos sirios. Por lo menos en referencia al asunto de la inmigración, produjeron un replanteamiento profundo de lo que significaban las prácticas políticas "desde la izquierda" de los últimos lustros, así como el cuestionamiento de si era posible contar con una opción seria, desde ese cuadrante ideológico y político, que pudiera oponerse al neoliberalismo. En el caso europeo, la insurgencia del populismo es un efecto de esta presión, porque su aumento —sobre todo en el número de formaciones partidistas que, en términos ideológicos, están colocadas en el espectro de la derecha radical— tiene que ver con la "depresión militante" producida por el desdibujamiento de las opciones políticas progresistas.[26] Aquí es donde aparece la convicción —la "sacralización del empeño"—, propia del campo de la izquierda, de que resulta necesario "volver a empezar", no dejarse llevar por la marea de la "melancolía de izquierda",[27] que fue causada por la pérdida de los referentes y las brújulas intelectuales con las que salimos del siglo pasado, así como por el colapso de las experiencias partidistas pensadas siempre desde la "izquierda". Pero es en

este estado de ánimo donde "la izquierda se expone a confundir la democracia con la figura del pueblo".[28]

Por su parte, el siglo XXI es el siglo de la improvisación y de la negación de la política. Y no solo de la negación de la Gran Política, sino también la de la política con minúscula, que fue (hoy vivimos su constatación humoral) una respuesta discontinua al colapso simbólico e histórico del siglo pasado. Si la intención era que el mundo fuera cada vez más democrático, entonces resultaba necesario un proceso de reducción de los grandes proyectos de la política para ir al encuentro de las múltiples iniciativas micropolíticas que exigían una cuota de reconocimiento en la arena tradicional de la democracia. En este sentido, la escansión histórica del 68 es un "pequeño" gran proyecto de "compromiso" de la Política en la lógica de la política minúscula en la segunda mitad del siglo XX. El esfuerzo es minúsculo porque de ese lugar simbólico que fundaron muchas generaciones, sobre todo en el carril izquierdo, no han logrado moverse, y hoy están fracturadas por las oscilaciones del cualquierismo, así como por la incapacidad de reinvención en medio del proceso irreversible de cambio político que clausuró el siglo XX. Por ejemplo, en México, diversos integrantes de la generación del 68, y de la generación del movimiento estudiantil de la segunda mitad de los años ochenta en la UNAM, hoy forman parte de la élite política populista que gobierna este país. Los jóvenes antisistema del 68 ejercen su oficio político institucional desde el espacio del contrapoder que heredaron, de cara a un poder que ellos mismos construyen y reproducen desde el vértice del Estado que detentan en nuestros días. Por extraño que parezca, juegan contra sí mismos. Este dandismo, que es una forma ideológica propia de los ambientes militantes e intelectuales de la izquierda, está caracterizado por decir mucho y hacer poco. Siempre ha soñado con tener ejércitos de militantes y ciudadanos "a disposición". En ocasiones hace las veces de crítico férreo del poder político, a sus ojos autoritario, pero acepta la retribución de sus pleitesías, ya que con cada "no" termina por decir "sí". Para usar una fórmula de Pascal, citada por Bauman, es un movimiento de "una profecía hecha

realidad: vivimos en un círculo extraño cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna (quién sabe si no sucederá al revés)".[29]

Las expresiones de la micropolítica terminaron ligadas a la emergencia de la semántica de la sociedad civil, que captura la atención pública y contribuye a la definición de los procesos políticos que tienen lugar a caballo entre los años ochenta y noventa del siglo pasado, celebrando su autonomía frente a los dominios del Estado. Asimismo, participan de la discusión sobre la diferencia y, en general, sobre la figura del "otro", que fue parte del discurso que adoptó el multiculturalismo, y que de nuevo está en el primer plano de la agenda global a partir de las formas atípicas de respuesta a la catástrofe humanitaria que ha significado el éxodo de los migrantes de Medio Oriente y África, principalmente hacia Europa en los últimos años, aunque también en Centroamérica y México en su paso hacia los Estados Unidos.

El aseguramiento de la política minúscula fue posible gracias al recambio de la era de la militancia, que ofreció un espectáculo de rivalidades y desencuentros entre diversas ideologías, por la era individualizada de la participación ciudadana.[30] Sobre este punto, John Dunn sentencia: "Lo que dotó de tanta prominencia mundial al término 'democracia' fue la larga batalla de posguerra contra la Unión Soviética y sus aliados. Desde sus orígenes, la disputa sin duda fue entre los defensores del orden del egoísmo y aquellos que le deseaban el mal abiertamente; sin embargo, también se convirtió, cada vez más, en una disputa por la posesión política del término 'democracia'".[31]

UNA HERENCIA SIN TESTAMENTO

A partir de un aforismo de René Char, Hannah Arendt afirma: "Nuestra herencia nos fue legada sin testamento alguno".[32] Es decir, la discontinuidad es una expresión que supone la ruptura del régimen de historicidad de la democracia en el pasaje al siglo XXI, y además configura el alejamiento de las camisas de fuerza que otorgaban confianza y sentido a

la sociedad en el siglo XX: la corporación, el sindicato, la organización, el partido, la guerrilla, el movimiento, etcétera. La lista era tan larga como experiencias reclamaban su campo de visibilidad. Esta respuesta discontinua, fragmentaria y molecular tuvo sus mayores logros con el cambio de siglo, pero no pudo echar raíces sólidas en la vida pública de las democracias, con la excepción de la emergencia de los ciclos intermitentes de protesta que han tenido lugar en diversas geografías, y que son reacciones a decisiones vinculantes desde el punto de vista de la representación jurídico-política. En este sentido, determina la "densificación" de lo político a través de la pérdida de diferenciación, ideológica y práctica, entre derecha e izquierda, entre progresistas y conservadores, entre compromiso y desequilibrio social, entre inclusión y exclusión.[33] La exigencia de distinciones es un indicador de la necesidad de la política. "Por ello", continúa Arendt, "la resolución de la metáfora de Char: sin testamento o, para resolver la metáfora, sin tradición […] parece no haber ninguna continuidad legada en el tiempo".[34] Pero el problema es que nuestro tiempo está caracterizado por una incapacidad de transmisión, precisamente en un momento donde a la política se le exige que muestre su potencialidad para transmitir.

Una constante en la obra del filósofo francés Claude Lefort fue señalar con insistencia que el elemento diferencial que había permitido el desarrollo de la condición democrática era el de aceptar —y resolver— el desafío o la "prueba" de que ella está construida en una "indeterminación radical".[35] Siguiendo las huellas de Alexis de Tocqueville, para Lefort era necesario pensar en el orden simbólico que la había hecho posible en la Edad Moderna, pero más importante aún era pensar los medios específicos que permitieron su invención cotidiana, donde destaca el criterio de la igualdad por encima de los medios de su identificación en las estructuras del poder. Añadía que, como proceso histórico, la democracia contemporánea está sostenida en la "disolución de los referentes de la certeza". En este sentido, aseguraba que la democracia

> Inaugura una historia en la que los hombres experimentan una indeterminación última respecto al fundamento del poder, de la ley y del saber, y respecto al fundamento de la relación del uno con el otro en todos los registros de la vida social (allí donde antaño se enunciaba la división, en particular la división entre los titulares de la autoridad y los que estaban sujetos a ella, en función de creencias en una naturaleza de las cosas o en un principio sobrenatural). Esto es lo que me lleva a creer que en la práctica social se despliega, sin saberlo los actores, una interrogación para la que nadie tiene respuesta y a la que el trabajo ideológico, llamado siempre a restituir la certeza, no consigue poner un término.[36]

Sin embargo, en el caso de la experiencia democrática reciente, el fenómeno de la igualación que pretendió derribar muros y acortar distancias sociales termina por ampliar las fracturas, lo que ha producido ciudadanías de primera, segunda o tercera clase. Incluso abrió la posibilidad para el desarrollo de ciudadanías sin capacidad de ser tasadas en términos democráticos. El problema no es la posición donde está inscrito cada ciudadano en el espacio social de pertenencia, sino que las ciudadanías logren coincidir en su conjunto en los espacios políticos de la democracia, más allá de la jornada electoral o de las convocatorias para ciertas movilizaciones que intentan la defensa más de intereses sectoriales que del cuerpo social, con lo que se refuerza el poder que el populismo pretende sustituir. Lefort intuye tempranamente este nudo de manera precisa: "La acción de nivelación del poder del Estado precipitó el proceso de nivelación de las condiciones [sociales de igualdad], al mismo tiempo que encontró la condición para su éxito [del poder del Estado]".[37]

¿Cómo resuelve el populismo la pretensión de igualdad de los no iguales y, en el intento de resolución, cómo transforma el diseño institucional y constitucional del orden democrático donde aquel tiene lugar? He aquí una de las peculiaridades de la nueva condición democrática populista, ya que construye una identificación "partisana" en detrimento del juego impersonal con el significante "democracia". Profundiza viejas divisiones subyacentes a los distintos clivajes sociales de estatus, raza, género, sexo, nacionalidad y religión, pero además produce nuevas formas sociales de animadversión entre los componentes de la sociedad en la cual tiene lugar esta forma paradójica de colmar el lugar vacío (*lieu vide*) de la democracia, en alusión

al título del artículo de Claude Lefort apenas citado.[38] Una política partisana que es posible solo a condición de que destruya en su camino el largo proceso de "domesticación" de la inderminación democrática.

Entonces, el populismo introduce nuevas distinciones radicalizadas que dan paso a la institución, para usar un símbolo clásico, de un "uróboro", que por su parte es la causa de la desaparición de las nuevas distinciones. Lefort dice que este proceso anuncia, en el juego de fuerzas de la Gran Política del siglo pasado, la invención del totalitarismo:

> … si un partido pretende identificarse con él, [es decir, con el pueblo] y apropiarse del poder con el pretexto de esta identificación, esta vez lo que se niega es el principio mismo de la distinción Estado-sociedad, el principio de la diferencia entre las normas que rigen los diversos tipos de relaciones entre los hombres, pero también de los modos de vida, creencias, opiniones, y lo que se niega es, más profundamente, el principio mismo de una distinción entre lo que corresponde al orden del poder, al orden de la ley y al orden del conocimiento. Se opera entonces en la política una suerte de imbricación de lo económico, de lo jurídico, de lo cultural. Fenómeno que es justamente característico del totalitarismo.[39]

Colocadas como efectos de la ausencia de "testamento", la pérdida de certezas y la emergencia de la indeterminación de lo político hacen que el populismo cohesione la atomización de las prácticas del contrapoder. En su lucha épica por la desjerarquización del estilo que suponía el liderazgo "fuerte" y "vertical" heredado del siglo XX, termina por fusionarse con la neoliberalización de los espacios vitales que producen las experiencias sociales democráticas en los primeros lustros del siglo XXI. La neoliberalización de los gestos del poder tradicional, que en la sociedad actual adopta modalidades biopolíticas, muestra que, con cada intento de abandono o rechazo, este poder termina por viralizar su imagen, por lo que resulta imposible perforarlo. Es una forma de negación de la política, tal y como la habíamos conocido hasta hace poco tiempo.

En la profundización de las divisiones sociales ya existentes en la sociedad, destaca la política de la intolerancia al otro y a la diferencia que subyace a él, lo que produce una contradicción interna en su trayectoria. Por un lado, el populismo exacerba la diferencia que permite su singularidad al oponer un clivaje donde el uso semántico del "pueblo" cobra su

consistencia performativa en el "nosotros", el pueblo frente a "ellos", la "élite" o el poder desde "arriba". Por el otro, esta forma discursiva que exhibe lo paraliza en el campo político, porque es una estructura inflexible: el populismo logra su reproducción de la apropiación de aquella exclusión que, en muchos sentidos, él mismo produce. Se identifica a una élite como la detentadora del poder, a la que es necesario desplazar del espacio político. Y aunque esta queda en un lugar no privilegiado cuando los populistas llegan al poder, las élites no suprimen su diferencia, es decir, no desaparecen. De hecho, visibilizan otra forma de diferencia para después participar en la activación de las discrepancias, propias de los clivajes sociales aludidos, que legitiman el orden político.

Este proceso que está en pleno desarrollo por aquí y por allá en la organización y reproducción del poder político en la democracia supone una fuerte apuesta por la dimensión interpretativa de la política, ya que el arte de gobernar es un arte interpretativo que permite la vinculación del individuo con la historia que comparte con las otras personas, con los significados que construyen y con las aspiraciones que configuran sobre el arte y las reglas que estructuran o cambian según las exigencias del tiempo de la política.[40] Aquí, el tiempo es un factor que juega políticamente, pues en ocasiones el arte del gobierno queda totalmente seducido y es requerido por las exigencias más inmediatas, con su consecuente menosprecio de los proyectos de larga duración que involucran procesos, actores e instituciones que trasciendan el límite temporal de la actuación de un gobierno antes de la siguiente vuelta electoral.[41]

La gobernanza democrática, incluida la contingencia que importa cuando identifica la interpretación como arte de la política, es un fenómeno que tiene ciertas reminiscencias republicanas. Es una forma de articulación de lo disperso de las identidades y de las exigencias en aras de conseguir un mínimo anclaje que coloque la cuestión del "buen gobierno" en el centro del interés del orden democrático. Es un mecanismo a partir del cual se desprenden determinadas reglas de operatividad entre la política y lo político, sobre todo cuando lo que separan y definen esas reglas es lo apropiado de lo inapropiado. En otras palabras, separan y definen la

dinámica de lo propio en lo común de la democracia. Estos desafíos son una de las dimensiones necesarias para la comprensión del significado de las experiencias que han cobrado vida en contextos de democratización reciente, y de desestructuración del orden político anterior, como ha sucedido en Ecuador con Rafael Correa, en Bolivia en los primeros años de Evo Morales, en Venezuela con el último Chávez y en México con Andrés Manuel López Obrador.

Así, el populismo es el problema más exigente de la ontología política actual. Una ontología *sui generis* en la medida en que solo puede arraigarse en un principio de indeterminación política, jurídica y social. Sin embargo, esto nos lleva a sostener que hay una serie de factores que perviven en la vida política de las democracias actuales que han condicionado y, al mismo tiempo, permitido su posibilidad de existencia. El populismo entonces debe ser considerado como un fenómeno de paradoja, ya que produce secuencias crecientes de incertidumbre para el orden democrático. Una presión que termina por mostrar la incapacidad de este para responder de modo claro a la expansión de los problemas que genera.

En esta lectura, y alejados de su señalamiento en clave "positiva" o "negativa", el populismo puede ser interpretado como una respuesta a las exigencias de lo propio en lo común de las democracias. En específico, cuando lo propio se vuelve una articulación con pretensiones de "universalización" ante la dinámica de las disparidades y la exclusión que caracterizan a las democracias. ¿No es este el dilema que ha llevado al populismo de nueva cuenta al primer plano de la política actual? Es decir, ¿el populismo sería un fenómeno que responde con el arte de lo político a la exigencia de armonizar temporalmente el corto con el largo periodo? Si logra responder "de algún modo" a ese desafío, ¿es posible pensar entonces que su respuesta es precisamente la que produce el problema con la democracia? El populismo responde a los desafíos de la democracia porque el arte de gobernar no comprende del todo la carga de innovación que reivindican ciertas situaciones sociales en el espacio público. James March y Johan P. Olsen dicen que son situaciones que pueden cobrar vida bajo la forma de los "[d]esórdenes civiles, exigencias de redistribución global del

poder político y económico, revoluciones políticas y reformas radicales [que] derivan de nuevas definiciones de apropiación, basadas sobre las identidades sociales antes que sobre el cálculo de costos y beneficios".[42] Esto sugiere que las demandas sociales siempre crecen en función del tipo particular de respuesta que el gobierno democrático otorga en su intento de responder a ellas. Pero, si las respuestas abren nuevos espacios de innovación y generan nuevos desafíos a causa de la ambigüedad discursiva y práctica que caracteriza a la improvisación de los políticos al momento de otorgar esa reacción, la situación de cambio puede escalar y volverse un severo problema de conducción política, que, en el peor de los casos, termina con la sustitución de un gobierno y el nacimiento de otro, el cual podría tener más éxito en su legitimidad a través de una plataforma populista, a pesar de que siga la ruta del fracaso político que está sustituyendo.

En el ocaso de la Gran Política, el populismo, sea de derecha o de izquierda, abre un debate interesante alrededor de las nociones, percepciones y fantasías en torno al orden social y político que acompañan los momentos de quiebra de los regímenes de historicidad de aquella. Su crecimiento es, en efecto, un síntoma, no de una enfermedad como usualmente se entiende, sino de otro problema constituyente del proceso democrático: la agitación y la protesta social, resultado de la creciente ineficacia degenerativa de la política de las últimas décadas, que ha dejado en un segundo plano la producción de sentido para la experiencia del mundo compartido que la condición democrática está obligada a construir frente a sus ciudadanos.

IV
¿Nuevas clases peligrosas?

LA DISPUTA POR LAS LIBERTADES

México se encuentra en un momento relevante en el desarrollo de su vida democrática. El hecho está determinado por la llegada a partir de 2018 de un nuevo gobierno encabezado por Andrés Manuel López Obrador, así como por lo que este representa para la historia del cambio político nacional y, en perspectiva comparada, en relación con otros países del continente americano. Aunado a ello, está el conjunto de efectos que su administración ha producido en las instituciones, así como en las "nuevas" maneras de organización y reproducción de la sociedad mexicana, que, sin duda, tendrán sus ecos en el futuro próximo.

Son múltiples los niveles de problematicidad teórica y empírica que presenta la administración encabezada por López Obrador para el análisis político al cual estamos "acostumbrados" en los cenáculos académicos e intelectuales locales de nuestra predilección. Sin embargo, el triunfo del obradorismo, así como sus dichos y desdichas, sus contradicciones y la vocación redentora que encarna, puede permitirnos abrir un espacio intelectual y académico para proponer un debate necesario sobre el lugar —si es que es posible reconocerles uno— que ocupan las llamadas "clases peligrosas" en la dinámica "intestina" de la democracia. En particular, porque nos encontramos en una situación donde asistimos al incremento de la *stasis*, inherente a los sistemas políticos contemporáneos, que debe ser pensada como una lección histórica de "alzarse en contra" de cualquier

actitud que atente contra las libertades y los derechos en la democracia, sean percibidas como peligros que se desarrollan en el orden *interno* de ella, y que abren espacios políticos lo suficientemente amplios para que la discordia, ese mecanismo político tan "familiar" en el mundo clásico, sea hoy un mecanismo recurrente en el juego democrático. *Stásis* quiere decir "el acto de levantarse, de mantenerse firme". La *stásis*, definida por los griegos como "guerra civil", también es "guerra en la familia que proviene del *oikos* y no de su exterior". Con ello se pretende connotar su carácter doméstico frente al orden político (*polis*). Así, el enemigo es el que está más próximo a nosotros, no el extranjero. Pero esto no le quita el atributo de que aquel que es identificado como "enemigo interno" sea pensado como "extranjero del interior". "El *oikos* se politiza y, al contrario, la *polis* se 'economiza', es decir, se reduce a *oikos*".[1] En este sentido, el neoliberalismo puede ser interpretado como un proceso de privatización de lo político, reducido a mera técnica política con su fuerza de "despoblamiento" que abordamos en el capítulo pasado. Por lo que los episodios que van en una dirección contraria al mantenimiento del orden social que ha edificado son un efecto tal vez no esperable pero casi inevitable.

Aunque suene a lugar común, es evidente que las vicisitudes locales de México no pueden ser escindidas de la dimensión global. Esto cobra mayor relevancia si se observa que no es un debate únicamente sobre México, sino uno de los ejes a través de los cuales hoy la teoría de la democracia ha establecido sus vectores de reflexión en relación con las formas de la innovación política que presentó en los años previos, y que están siendo catapultadas por expresiones contrademocráticas de gran calado. Como lo discutimos en el capítulo II, el populismo es un acontecimiento que altera la estructuración de la historicidad de la democracia.[2] Incluso, en el corazón de la democracia moderna, tanto en su vertiente norteamericana como francesa, el mismo factor ha estado en el primer plano de los análisis y los debates académicos, dado que ambas naciones enarbolan dos modelos de democracia asimétricos en su composición, pero de gran utilidad heurística para las primeras décadas del siglo XXI. En su momento, Emmanuel Macron

y Donald Trump fueron los representantes de dos extremos dentro de los que existe una gama de experiencias y experimentos recientes con la democracia. En este sentido, está el hecho del realineamiento electoral sobre la figura de Macron, llevado a la presidencia por segunda vez en 2022, por parte de los conservadores, e incluso de la izquierda menos moderada, para no permitir el ascenso al poder de Marine Le Pen.[3] En cambio, en el caso de Trump, su conducta lo llevó a rectificaciones constantes, a pesar de su empecinamiento agresivo contra los migrantes de origen mexicano y centroamericano, con lo cual, hay que subrayar, su administración cimentó el edificio del que tal vez sea un nuevo género de la democracia para la primera mitad de este siglo.[4]

¿Quiénes son los componentes de las clases peligrosas que apoyan a unos y a otros en las dos o más orillas ideológicas y políticas de la democracia? ¿Qué relación tienen con la vida política de la democracia desde el punto de vista empírico, histórico y teórico? Sobre algunas probables respuestas a estas preguntas intentaré desarrollar las secciones que componen este capítulo, partiendo de una sugerencia de Pierre Rosanvallon: "… la vida en democracia no es una vida de confrontación con un modelo ideal, sino la investigación de un problema a resolver".[5] Es decir, intentaré discutir la relación entre clases peligrosas y democracia, pero no a través del contraste con un tipo de idea fuerte de lo que debe ser la democracia; más bien, a partir de sus campos empíricos e históricos de tensión.

Es claro que los procesos democráticos actuales están en constante pugna sobre varias pistas institucionales y culturales. La intensificación de las querellas cambia dependiendo de la región y el país donde se desarrollan. Así, algunos datos generales podrían colocarnos rápidamente en el campo de batalla. La organización Freedom House, en su reporte de 2022 sobre derechos políticos y libertades civiles, advierte que no han sido buenos años para las libertades en general, y el continente americano no es la excepción. Un rápido vistazo muestra que, salvo algunas naciones como Canadá, Chile y Uruguay, con puntajes de 98, 94 y 97 sobre 100, respectivamente, hay un retroceso en la expansión y el aseguramiento de las

libertades en la región, incluido Estados Unidos, con un puntaje de 83; por debajo de Argentina, 84; luego viene Brasil, 73; Perú, 72; Ecuador, 71; Bolivia, 66; Paraguay, 65; Colombia, 64; México, 60; Guatemala, 51; Honduras, 47; Nicaragua, 23; Venezuela, 14; y Cuba, 12. Las caídas más pronunciadas son las de Brasil, Venezuela, Nicaragua y Cuba.[6]

En el caso particular de Estados Unidos, el ascenso de Donald Trump, primero en 2016 en la campaña electoral, y luego cuando alcanzó el Poder Ejecutivo, tiene una relación proporcional con el descenso de los derechos políticos y las libertades civiles al pasar de 94/100 en 2008 a 89/100 en 2016, para terminar en 83/100 en 2022.[7]

En el caso de México, los datos que ofrece la organización de 1990 en adelante (cuadro 1) expresan un decrecimiento constante de los derechos políticos y de las libertades civiles a partir de 2011 hasta nuestros días. Se puede sostener que México se encuentra en una suerte de nudo ciego en cuanto a la defensa y promoción de las libertades desde que tuvo lugar la alternancia política en el país, y con ello la evaluación de la democracia adopta un rasgo negativo, por lo menos en este rubro, pero también en el de la dimensión del Estado de derecho.

Cuadro 1
México, Índice de Libertades, Freedom House
(1990-2021)

Año	Derechos políticos	Libertades civiles	Estatus
1990	4	4	Parcialmente libre
1991	4	4	Parcialmente libre
1992	4	3	Parcialmente libre
1993	4	4	Parcialmente libre
1994	4	4	Parcialmente libre
1995	4	4	Parcialmente libre
1996	4	3	Parcialmente libre

1997	3	4	Parcialmente libre
1998	3	4	Parcialmente libre
1999	3	4	Parcialmente libre
2000	2	3	Libre
2001	2	3	Libre
2002	2	2	Libre
2003	2	2	Libre
2004	2	2	Libre
2005	2	2	Libre
2006	2	3	Libre
2007	2	3	Libre
2008	2	3	Libre
2009	2	3	Libre
2010	3	3	Parcialmente libre
2011	3	3	Parcialmente libre
2012	3	3	Parcialmente libre
2013	3	3	Parcialmente libre
2014	3	3	Parcialmente libre
2015	3	3	Parcialmente libre
2016	3	3	Parcialmente libre
2017	3	3	Parcialmente libre
2018	3	3	Parcialmente libre
2019	3	3	Parcialmente libre
2020	3	4	Parcialmente libre
2021	3	4	Parcialmente libre

FUENTE: Freedom House, Country and Territory Ratings and Statuses, 1973-2022.

Los derechos políticos y las libertades civiles son medidos en una escala de 1 a 7, donde 1 representa el grado más alto de libertad, y 7 el más bajo.

Por su parte, los datos que arroja el Latinobarómetro en relación con el apoyo a la democracia en América Latina muestran una percepción negativa alrededor de los problemas económicos, así como de las desigualdades, que afectan el funcionamiento de las democracias. En 2018, con la excepción de Chile y Uruguay, donde 26% y 21% de su población asegura observar un buen desempeño de sus economías, el resto de los países de la región expresa un juicio negativo al desarrollo económico, que termina por afirmar que "uno de cada dos ciudadanos latinoamericanos [tiene] problemas económicos".[8] El asunto ha llevado a un cambio social en el apoyo a la democracia en la región en relación con periodos previos, donde su pico más alto fue 1997, cuando 67% de los latinoamericanos apoyaban la democracia por encima de cualquier otra forma de gobierno, sobre todo frente al autoritarismo. El momento más amplio de desafección es 2001 y 2018, donde solo 48% de la población la prefiere por encima de otra forma de gobierno.[9] En 2020, el apoyo a la democracia fue de 49% en el conjunto de la población latinoamericana, donde debemos incluir los problemas regionales específicos en la gestión de la pandemia de covid-19 y la caída de las economías nacionales.[10] Es significativo que la opción por un gobierno autoritario en lugar de uno democrático se ha "estabilizado", y varía poco en los últimos años, ya que está colocada como una preferencia que tiene una media entre 15% y 16% en los años que van de 2008 a 2018; en 2021 se redujo a 13 por ciento.

En cambio, en el mismo periodo ha crecido el porcentaje de "indiferentes" a la política, y particularmente a la política democrática, con un mínimo de 19% en 2008 y un máximo de 28% en 2018, cifra que se estabilizó en 2021, cuando 27% de la población dijo ser indiferente a la democracia o al autoritarismo.[11] Desde 2018, el Latinobarómetro advertía: "… podemos constatar que los ciudadanos de la región que han abandonado el apoyo al régimen democrático prefieren ser indiferentes al tipo de régimen, alejándose de la política, la democracia y sus instituciones. Este indicador nos muestra un declive por indiferencia. Son estos indiferentes que votan los que están produciendo los cambios políticos, sin lealtad ideológica ni partidaria y con volatilidad".[12]

Las diversas formas intestinas de la democracia que tienen sus manifestaciones álgidas en fenómenos como el populismo, u otros más agresivos para la dinámica social de esta, como el crimen organizado; los poderes duales del Estado público-privados, legales-ilegales; así como la parapolítica de las grandes empresas y corporaciones que presionan a las instituciones de gobierno hasta lograr un cambio —incluso en la arena legislativa— y acomodar sus intereses económicos a una situación abierta de capitalismo político no son expresiones lineales de la contrademocracia.[13] Deben ser consideradas como un conjunto de fenómenos ligados a la cuestión de la integración de la vida en común en aspectos esenciales como el campo jurídico, el político y el identitario, en sociedades democráticas o en vías de democratización, donde los sistemas políticos oscilan entre dos direcciones. Por un lado, seguir con el trabajo de reproducción de la "anarquía" que introduce la forma social del mercado neoliberal. Por el otro, apostar a la incapacidad del orden estatal para la construcción de alternativas a la primera opción, la cual está más acentuada en países que tienen problemas endémicos de corrupción y opacidad. Por ello, es importante no perder de vista que el declive de las libertades afecta directamente la salud del gobierno de la ley y el marco institucional de la democracia.

En este sentido, basta con mirar los datos del World Justice Project, que en su informe *Índice sobre el Estado de derecho 2021* sugiere que la corrupción sigue siendo un factor determinante en la ausencia de eficiencia del sistema legal. Por ejemplo, en el contexto latinoamericano, en una escala de 0 a 1, donde 1 significa mayor apego al Estado de Derecho, México es el país latinoamericano con mayores problemas de corrupción: tiene una calificación de 0.26, lo que lo coloca en el lugar 135 de los 139 países que componen el estudio. No hay ningún país americano detrás de México. Delante de él se encuentra Bolivia con 0.27 en el lugar 131, Venezuela con 0.29 en el lugar 129, Honduras con 0.31 en el lugar 122, Perú con 0.32 en el lugar 118 y Guatemala con 0.33 en el lugar 114. Los países menos corruptos de la región son Uruguay con una calificación de

0.73 en el lugar 22, Chile con 0.69 en el lugar 27 y Costa Rica con 0.65 en el lugar 37.[14]

Si cruzamos estos datos generales con los que ofrece el Índice de Democracia creado por The Economist Group en 2021, veremos que la mayor parte de estos países son democracias o cuasi democracias. De la evaluación de 167 países independientes en América Latina, Uruguay aparece en el lugar 13, con 8.85/10 (democracia plena); Costa Rica en el 20, con un puntaje de 8.07/10 (democracia plena); Chile en el 25, con 7.92/10 (democracia imperfecta). Perú en el 71, con 6.09/10, y México en el 86, con 5.57/10 (regímenes híbridos). Cabe anotar que en 2018 México aparecía en el lugar 66, con 6.41 (democracia imperfecta). Honduras en el 92, con 5.10/10; Guatemala en el 99, con 4.62/10; Bolivia en el 98, con 4.65/10 (regímenes híbridos). Y Venezuela en el 151, con 2.11/10 (régimen autoritario).[15]

El populismo debe ser tomado en consideración en el marco de este dinamismo político. Evidentemente su auge está relacionado de manera directa con la incapacidad de los gobiernos previos para resolver problemas institucionales y estructurales. Es cierto que puede tener poca adherencia con la perspectiva idealizada de la sociedad liberal-democrática, pero la realidad para el Latinobarómetro es que los populismos "sustituirán las decadentes democracias si las élites no mejoran su oferta".[16] Sin duda tiene poca adherencia con un modelo de democracia que ha evolucionado a pasos vertiginosos en el último medio siglo. Sin embargo, los problemas intestinos de la democracia son un desacoplamiento entre el terreno empírico y la descripción del modelo liberal-democrático. Por ende, el populismo es una forma de recuperación de las fracturas sociales frente a los pésimos resultados del desempeño público-político de los gobiernos democráticos previamente instituidos, que terminan siendo expresadas, a veces con fuerza inaudita, en el espejo de la división interna de la sociedad democrática. En el caso latinoamericano, junto al populismo aparece un fenómeno particular, el de Jair Bolsonaro, una reacción a un periodo de convulsión política y social en Brasil que, lejos de calificarlo llanamente como un "populista más" en la amplia galería del populismo

latinoamericano, advierte el potencial viraje a una forma que es cercana a un "fascismo" de nueva estirpe.

LOS CONDENADOS DE LA DEMOCRACIA

El vínculo entre las clases peligrosas y el populismo tiene que ver con las consecuencias de la reproducción del modelo jurídico, político y social que pervive desde hace 30 años, que atañe al desarrollo asimétrico de la globalización, donde la cuestión social salta a la palestra con el desarrollo de las "ciudades miseria", la verdadera globalización "desde abajo".[17] El adjetivo que utiliza Mike Davis (*slums*) expresa la violencia de la "desdignificación" de las personas en el contexto de la democracia. Por su parte, Loïc Wacquant sugiere que los nuevos "condenados" de la ciudad son aquellos que padecen las viejas y nuevas formas de descalificación social en el espacio público democrático.[18] Está representado en la creciente capacidad de movilización territorial —entendida como "capacidad de acceso" o capacidad de desplazamiento— de grupos y segmentos sociales mejor posicionados, con clara ventaja frente al conjunto de la sociedad: mares de miseria donde navegan esos pocos que lograron hacer fortuna.[19]

En paralelo al desarrollo de la lógica de la exclusividad de las clases privilegiadas versus las clases excluidas —que es específica de las ideologías individualistas de la meritocracia y que termina por provocar la liberalización de fobias y resentimientos, donde el racismo y clasismo son manifestaciones cotidianas—, la presencia de los mercados sociales del desamparo importan un efecto perverso a la socialidad democrática, pues, al estar anudados a la incapacidad estatal de disolver la exclusión en el ámbito económico, expresan un profundo miedo al sinsentido, producido por la falta de alternativas, lo cual, para usar la fórmula de Reinhart Koselleck, debilita la posibilidad de inventar "horizontes de expectativa".[20]

El populismo visibiliza a los "nuevos condenados" de la democracia, quita el velo al debate sobre los límites de la capacidad de la democracia en cuanto al funcionamiento de la operación de integración a través de la

dinámica de la representación de talante liberal-democrático entre los diferentes componentes de nuestras sociedades con el espacio político-jurídico del Estado. Como es sabido, es una dinámica limitada en términos temporales por el voto y el proceso electoral, y espacialmente por los cinturones constitucionales e institucionales —los poderes contramayoritarios— que reequilibran la actividad de gobierno y el poder político, con lo que cede parte de ese terreno a la entronización de la ficción metajurídica y metapolítica que el populismo estructura por medio del uso político de la semántica del pueblo como base de la democracia.

¿Cómo llegamos a esta situación y qué implicaciones tiene? La permanencia de fenómenos contrademocráticos debe ser buscada en el pasado inmediato de la democracia, ya que acompañaron gradualmente la conclusión de los fenómenos de democratización que tuvieron lugar en el último cuarto del siglo XX. En aquel momento se observaba y aplaudía el establecimiento global de una serie de precondiciones políticas, principalmente el pluralismo y la participación, que estaban interesadas en permitir el pasaje de la liberalización política de los distintos tipos de regímenes autoritarios hacia diversas formas democráticas. El objetivo primordial era asegurar, casi inmediatamente después de la derogación autoritaria, la instauración en el nuevo régimen de un conjunto de garantías y ámbitos institucionales y sociales relevantes, por medio de reglas y derechos, para que se alcanzara, en un segundo momento, la consolidación democrática, y después se pudieran generar diversos "anclajes" democráticos que garantizaran la perdurabilidad de la democracia misma. Entre los que destacan en los espacios de mediación política están la profesionalización de los partidos políticos, el rol de sus élites y la novedad de su oferta política; el grado de acuerdo o conflicto entre empresariado, sindicatos y estructuras de intermediación; el lugar que ocupa la lógica clientelar, sobre todo cuando la ciudadanía en general no responde al agenciamiento de una sociedad civil organizada; y el papel de los partidos políticos como "cadeneros", entre áreas de decisión y grupos de interés (función de *gatekeeper*).[21]

Me parece que la incapacidad que tuvieron algunos regímenes democráticos en la construcción de anclajes democráticos fuertes es la ventana abierta por la que el populismo entró a la democracia. Por ello, una vertiente de la contrademocracia, que está colocada como campo interno de la política democrática, ha pretendido ir al encuentro frontal de la materia prima de su ficción, esto es, el pueblo, no respetando las mediaciones formales de la representación política. Para lograr su cometido, este movimiento incorpora segmentos de la sociedad, numérica y políticamente relevantes, en la dinámica coyuntural para que sea posible su expansión. Excluye métodos y prácticas juzgadas *ex ante* como inoportunas para la "integración" de esos segmentos "recuperados" en el campo institucional de la democracia, que aparecen públicamente como las nuevas —aunque algunas sean realmente viejas— clases peligrosas, y que, para fines expositivos, pueden ser clases bajas, urbanas y rurales, informales, indígenas, miembros de las clases medias menos adheridos al *statu quo*, burócratas poco especializados, etcétera.

La especificidad de este momento instituyente del populismo es que privilegia la expansión del primado de la "peligrosidad" constitutiva de esas clases (*stásis*), peligrosidad que puede adoptar una forma republicana plebeya, gracias a su fuerte componente de visibilización y vitalidad, pero que también puede derivar en la exacerbación identitaria, que produce ciclos de conflictividad contra todo aquello que sea diferente (Trump y Le Pen personifican bien esta batalla). Asimismo, puede acelerar el júbilo antiélite para que la democracia sea un campo de batalla continuo entre élites de cualquier tipo y excluidos. Esto es más una realidad en aquellos países donde el neoliberalismo produjo históricamente áreas enormes de miseria, por lo que la reacción social en contra de los vértices del poder es comprensible. Las experiencias de Argentina, Bolivia, Ecuador, Venezuela y México, pero también la formación de Podemos en España o Syriza en Grecia, son ejemplos de esta segunda tendencia.

El punto que cambia entre ambas direcciones del fenómeno, es decir, entre su versión a la derecha y la de izquierda, es que para el primer caso el linaje democrático viene de muy atrás, por lo menos de los años cincuenta

del siglo pasado en adelante. Piénsese, por ejemplo, en Europa en el contexto de la segunda posguerra. En cambio, para el segundo caso, el populismo es un efecto probablemente no esperado de los procesos de democratización de finales de siglo donde todos los países latinoamericanos se vieron involucrados. El cansancio y el júbilo, que no necesariamente son parte del mismo proceso, como bien señala el Latinobarómetro, determinan al ganador de la contienda y son esenciales para la reproducción del orden jurídico-político de la democracia.

LAS CLASES PELIGROSAS

El incremento de formaciones partidistas así como de liderazgos de tipo populista puede ser explicado por que son el encuentro de tres trayectorias que caminan juntas en el cambio de siglo y que, en esta tercera década, están plenamente consolidadas. Primero, el crecimiento del carisma autoritario dentro de la democracia, que corona el viejo deseo cesarista de "venganza" por parte de los poderes ejecutivos sobre los otros poderes en los Estados democráticos.[22] Segundo, el proceso de la desuniversalización de la democracia, que, en vez de empujar hacia formas más profundas de democratización, ha perdido su capacidad de contención que mantuvo durante la segunda mitad del siglo pasado, cuando era la apuesta sobre la promesa de la Gran Política a lo largo del siglo, incluso en sus capítulos más sombríos como fue el periodo de entreguerras.[23] Tercero, la exclusión es una forma de innovación política, hay que entenderla como un fenómeno que va más allá de la política institucional. Durante una gran parte del siglo XX, la democracia generó diversos mecanismos de inclusión y reconocimiento de las "clases peligrosas", o clases no propietarias, si las miramos desde un ángulo liberal. A pesar de que al final del siglo XX los resultados no fueron los más deseados, sí es posible afirmar que se avanzó de manera relevante en la ampliación institucional de las áreas de igualdad, comenzando con el reconocimiento constitucional del voto a toda la población adulta (las clases peligrosas son, además, parte del campo de

universalización de la ciudadanía), y mediante la cobertura espacial de los excluidos de los sistemas de bienestar, aunque esto no significara una salida real a la condición de pobreza.[24] La idea de que la exclusión tiene un rol innovador es subrayar el papel que juega como motor precisamente de la contrademocracia, ya que la posición de inferioridad social, desde un punto de vista exclusivamente espacial, es una de padecimiento; no aparece como un presupuesto ideológico.[25] De hecho, es próxima al sentimiento de injusticia que señala Barrington Moore como una de las formas de desafío a la autoridad, por lo que está emparentada con las maneras de subversión política a la democracia y, en general, con el universo de lo "no convencional" desde el punto de vista jurídico (criminal), social (pobre), sexual (anormal), etcétera.[26]

En el imaginario político y cultural del siglo XIX, las clases peligrosas son identificadas como un conjunto amplio de personas pertenecientes a las clases bajas, ejército de miserables, criminales y en desgracia, *vis à vis* con las clases trabajadoras.[27] Pero esas mismas clases son las que irrumpen con fuerza en Europa con la insurrección de 1848, y que adopta su forma más expresiva en París, Francia, donde comienza la llamada "primavera de los pueblos".[28] "Una Francia republicana", sostiene Sigmann, "según la moda de París, no podría ser sino belicosa".[29] Para Rodríguez Adrados, este acontecimiento "tiene especial interés […] no solo porque es la última de las 'revoluciones románticas', antes de las revoluciones comunistas, sino también porque es un anticipo del porvenir",[30] porque define uno de los capítulos centrales de la historia de la democracia moderna, al producir, por un lado, la "explosión inaugural de la cuestión social",[31] y por el otro, un fuerte empuje sobre la reivindicación de la universalización del sufragio.[32]

Sin embargo, el empuje fue frenado y, en muchos capítulos de la segunda mitad del siglo XIX, revertido por completo (el caso francés es sintomático), a causa del límite de las luchas por los derechos, creado por el reconocimiento y desarrollo de la nación, que termina por circunscribirlas a la nacionalidad y al campo específico de cada Estado. Para Pietro Costa, esta inflexión histórica introduce definitivamente un nuevo "principio ético-

político" que, a partir de entonces, está asociado al proceso democrático y "alimenta el debate y el conflicto político-social: la igualdad".[33] Más adelante, dice:

> Es en nombre de la igualdad que estalla, en la Europa de los siglos XIX y XX, la lucha por realizar la democracia política, por introducir el sufragio universal y derribar las discriminaciones vinculadas al censo y al género; y es siempre en nombre de la igualdad que se invoca la intervención del Estado para apoyar a los sujetos económicamente desfavorecidos. En nombre de la igualdad se combaten luchas históricas y la igualdad tiene un valor que es espontáneamente universalista: ataca las diferenciaciones, las separaciones, los confines; parece que el espacio de una única comunidad política le queda pequeño y parece evocar otra vez el ser humano como tal. Por consiguiente, es cierto que el *pathos* igualitario atribuye cierta aura universalista a las luchas por los derechos que se combatieron en los siglos XIX y XX. Pero es igual de cierto que los protagonistas de estas luchas juegan concretamente su partido en un campo delimitado rígidamente por el Estado-nación.[34]

El reverso de la igualdad anima los diversos ciclos de conflicto social y político que van apareciendo a partir de la segunda mitad del siglo XIX. De hecho, la desigualdad presente en las luchas de clases —en Francia, Alemania, Inglaterra o Rusia— muestra la incapacidad de disolver las disparidades que produce el desarrollo político y económico del Estado decimonónico.[35] Como corolario, en esta dirección de reflexión se puede colocar el equívoco de Ernesto Laclau, en *La razón populista*, cuando desliza la "equivalencia", desde su óptica, de que en el siglo XIX aparece la identificación entre "lo normal" y "lo patológico", para colocar dentro de este saco analítico y sobre todo jurídico al populismo y esa suerte de "política plebeya" que tanto le fascina. Es fallido el guiño de lo que llama *la grande peur* de las ciencias sociales decimonónicas frente al universo social de la desigualdad que se reproduce por todas partes, pues la exclusión y la "subversión popular" tienen su campo de comprensión más en la noción de clases peligrosas, y menos en aquello que puede ser definido como "clases patológicas".[36]

En síntesis, la creación de diversos mecanismos de inclusión de las clases peligrosas será la obligación y el compromiso del Estado para "darles voz", ya que estas solo lograban visibilidad a través de la dinámica criminal

o insurreccional. Pero tampoco hay que olvidar que una constante de la formación moderna y contemporánea de la democracia es su vínculo con la guerra, tanto en su forma intestina (guerra civil) como en su forma externa entre Estados. La idea de "dar voz" corresponde a una necesidad de ampliación de la base social que funda la representación democrática en por lo menos tres planos inmanentes de su construcción: el sociológico, el político y el simbólico.[37] Aquí nos encontramos en medio de la pretensión no solo de validación inherente a cualquier proceso de construcción de "áreas de igualdad" —en primer término, frente a la ley—, sino que, además, corrobora, en el terreno efectivo de la acción, que el reconocimiento garantiza niveles de estabilidad política, aunque no se traduzca en una reducción completa de los conflictos sociales; al contrario, en muchas ocasiones, los profundiza. Ahora bien, hay que subrayar que la incorporación de las clases peligrosas no reduce las desigualdades entre los sujetos incorporados: abre el campo de la democracia a una serie de "desequilibrios de estatus" entre sujetos que expresan, en el ahondamiento del desequilibrio, un conflicto entre ellos, representado en el antagonismo exclusividad versus exclusión, y también un "desarraigo" en ciertos niveles de conflictividad en relación con las instituciones y el Estado.[38] Una salida a esta situación es ofrecida por los partidos políticos cuando devienen agencias a cargo de la socialización de la política, así como el canal privilegiado de absorción de la participación y la lucha política. Sin embargo, el modelo ha cedido su lugar a otra forma de organización de la política democrática y la exclusión. El nuevo modelo de *civitas*, que puede escalar peligrosamente en nuevas derivas autoritarias o totalitarias (véase el laboratorio ruso en la actualidad), es una realidad modulada en sus distintas fases por el inquietante rostro anárquico del poder como producto del excesivo uso de la tecnificación política, así como el de la comunicación y las redes, con lo que la forma de soberanía bajo la que la democracia se desarrolló en poco más de dos siglos ha cambiado de manera drástica. Aquí es donde hoy nos encontramos con el fenómeno del populismo, pero también con las formas políticas contiguas a él, y dan el pulso de los senderos que la democracia podría tomar en los próximos lustros.

V
AMLO, ¿un republicanismo plebeyo?

DISYUNCIONES Y CONJUNCIONES DEL SISTEMA

En este capítulo discutiré algunos de los rasgos principales que caracterizan el *performance* político de AMLO. En específico, me interesa debatir las bases simbólicas que soportan su figura en la política nacional mexicana, donde el liderazgo de tipo carismático que ha instituido es uno de sus atributos centrales. Aunque ese viejo tipo ideal es una condición insuficiente para comprender la atracción que produce en los últimos años la "simpleza" de su estilo en diversos sectores sociales, dentro y fuera del país.

El populismo es un fenómeno que está asociado estrechamente con la historia política mexicana a lo largo del siglo XX. En particular, está identificado como un elemento inherente a la evolución del régimen político que surge después de la Revolución mexicana. Para Arnaldo Córdova (1937-2014), un pensador cercano a AMLO y cuya rigurosidad intelectual frente a la precaria masa crítica con la que cuenta el presidente a su lado se extraña, la Revolución inaugura "un estilo de hacer política entre las masas", que después es central en la composición del régimen político posrevolucionario, cuando esas "masas populares movilizadas" responden a los revolucionarios que se encumbraron luego de la muerte de Madero, y terminan dependiendo directamente de lo que aquellos hagan a su favor. De aquí, la idea de que la Revolución sea definida "como una revolución populista, y al régimen político de ella surgido, como un *régimen*

populista".[1] Más adelante, el autor sostiene: "… en lugar de una típica revolución política, lo que hubo fue una revolución en la que, al mismo tiempo que se mantuvieron los objetivos de la revolución política, la manipulación de las masas fue empleada en función contrarrevolucionaria, para aniquilar los movimientos independientes de las propias masas y para establecer un régimen autoritario".[2]

Revisitar esta tesis clásica sobre el populismo en México es interesante para la comprensión del papel que ha jugado el fenómeno en el sistema político hasta nuestros días. No solo en las diversas etapas de su evolución, sino también como una herencia que determina el estilo de hacer política en el contexto de la democracia mexicana.

Esto nos lleva a tomar en consideración dos cuestiones relevantes. La primera es observar el papel que juegan las herencias políticas importadas del régimen precedente, sea este último una forma democrática o no, ya que las herencias tienen una función determinante (es una forma específica de *path dependence*) en la configuración de los "estilos" que la política pone en marcha en la realidad democrática de las dos últimas décadas, donde el populismo pretende incidir de manera profunda. La segunda, el populismo es una variable que permite realizar una evaluación de la política, incluido el liderazgo de los políticos, igualmente en contextos democráticos o autoritarios. En particular, califica el "arte de lo político" en contextos caracterizados por la intensificación de la lucha entre diferencias, pues el fenómeno está acompañado por el extenuante trabajo de innovación en la política. En ocasiones, eso es traducido en la proposición de "cambiar todo, aunque sea costoso", lo que termina conectado con la expansión social de la vida pública inherente a la dinámica interna de las democracias contemporáneas. Por su parte, ello permite el nacimiento de nuevos valores y exigencias, pero también de nuevos jefes políticos, liderazgos y situaciones que pueden ir en una dirección contraria a la democracia. Los dos momentos están mezclados, por lo que en ocasiones es difícil identificar qué pertenece al populismo y qué a la dinamización democrática en el flujo que desarrollan.

En el interior del régimen político mexicano, el populismo es un "sistema permanente" de cohesión social, económica y cultural, que funciona con una fuerte carga autoritaria a partir de múltiples mecanismos integradores que despliega particularmente el Poder Ejecutivo federal a través de las agencias estatales que tiene a su disposición. Asimismo, es la exaltación de la personalidad autoritaria que subsume a los partidos políticos en una dinámica de aceleración y ralentización simultáneas. Sin embargo, existe una escansión en los grados de variabilidad de estos mecanismos cuando observamos el fenómeno en un contexto abiertamente autoritario, como pasa con la longeva persistencia del PRI durante su principado de alrededor de 70 años, o cuando son puestos en acto en un campo de profundización democrática, como lo son las dos últimas décadas en México.

Por ello, la continuidad política tendría que ser pensada desde su forma discontinua, ya que no hay continuidad sin pérdidas, y la herencia que subyace es un campo de batalla que, como lo discutimos en el capítulo III, no está soportada por un testamento. Esto obliga a preguntarnos qué comparten los diversos gobiernos populistas a lo largo de la historia contemporánea mexicana. No es sencillo relacionar lo que se vivió en el periodo del general Lázaro Cárdenas, en la segunda mitad de los años treinta del siglo pasado, con el fenómeno de integración territorial de las masas a la política por medio del corporativismo, con el desempeño de las administraciones de Luis Echeverría Álvarez y José López Portillo, caracterizados por un constante "intervencionismo estatal en la economía", así como por el gigantismo burocrático y el número creciente de "empresas públicas" que al final obstaculizaron el crecimiento de la economía a lo largo de los años setenta.[3] Pero tampoco con lo que propuso el experimento de modernización populista de Carlos Salinas de Gortari a finales de los ochenta y los primeros años noventa, quien, por cierto, paradójicamente, no es distante de las estrategias de la política que propone AMLO. Si hay un lazo fuerte de continuidad no discontinua, es sobre esta última dirección.

Para comenzar, AMLO es un género narrativo, tanto periodístico como académico. El número de obras dedicadas a él obliga a preguntarnos qué es

lo que representa para el conjunto de comunicadores, politólogos, sociólogos e intelectuales que se han interesado en su persona. Más aún, la cuestión es saber qué ven a través de él, tanto los apologetas como los críticos, sobre el régimen político mexicano, la cultura que alimenta y las prácticas que reproduce. De hecho, este conjunto de obras, que sigue nutriendo el mercado editorial, debería permitirnos la elaboración de una primera aproximación hacia su biografía, más de corte conceptual y menos existencial, pues, como es sabido, AMLO es un personaje que, al ser un *zoon politikón* que vive en y para el poder, difícilmente se podría entrevistar sin objeciones de su parte, para caminar por las arenas movedizas de sus contradicciones, errores y "delitos" políticos. De hecho, este es uno de los problemas metodológicos relevantes en los esfuerzos de aproximación académica a las figuras políticas, ya que la autocensura y la autopercepción que tienen frente a lo que hicieron —en general, positiva y con una abierta política de cancelación del pasado— los empuja a suprimir eventos y procesos "difíciles" donde terminaron envueltos en la polémica, y a censurar o desviar la atención del interlocutor al terreno donde se sientan más cómodos y donde lucirán mejor.

Pero, de manera indirecta, esa biografía conceptual podría enriquecerse si la complementamos con las obras que el presidente ha escrito, y que no son pocas, donde ofrece sus ideas políticas en torno al país, su historia y sus problemas. Que estas ideas sean consistentes o no, esa es otra discusión; lo relevante es el develamiento del lugar de habla que ha construido en la vida nacional desde hace poco más de 30 años, que es a un tiempo "pragmática" y "biográfica". Al respecto, Guillermo Osorno dice:

> En su veta programática, [AMLO] expone sus ideas sobre la importancia de devolverle al Estado un papel en la conducción de la economía, el fortalecimiento del mercado interno y la disminución de la desigualdad; habla de la movilización social como arma de negociación; traza una política social que pone especial atención a grupos vulnerables, como los viejos y las madres solteras; muestra sus nociones de la historia de México en las que la República restaurada y el cardenismo desempeñan el papel de faros políticos, y enseña su preocupación sobre la corrupción, capturada por un pequeño grupo de políticos y empresarios que se han coludido […]. En su veta biográfica, sus libros cuentan su experiencia como discípulo del poeta Carlos Pellicer, delegado del Instituto Nacional Indigenista de su estado, coordinador de campaña de Enrique

González Pedrero para la gubernatura de Tabasco y líder del PRI local, de donde es removido por crear comités de base independientes a las estructuras tradicionales del partido.[4]

A ello, también habría que sumarle las centenas de horas grabadas de sus conferencias mañaneras, así como sus discursos públicos que pronuncia en ocasión de una inauguración, un acuerdo político, una gira de trabajo, un festejo, etcétera, que son una fuente de primera mano rica en elementos conceptuales y políticos para el estudio de su liderazgo, por más reiterativas y letárgicas que sean sus conferencias. Que sea él quien escriba los discursos o alguien más es secundario; lo importante es que en ese corpus amalgama el ideario que justifica su acción y los medios que utiliza para conseguirlo.

LA VISIÓN PRAGMÁTICA VERSUS LA VISIÓN NORMATIVA

Si nos atenemos a la hipótesis de que el populismo es uno de los rasgos definitorios del régimen político posrevolucionario, y que su declinación autoritaria es consecuencia de él, ya que erige un sistema de cohesión basado en la desmovilización —en ocasiones llamada "movilización desde arriba"— y la dependencia por parte de los sectores sociales que terminan subordinados de manera vertical al poder político, podríamos sostener que, en el caso de AMLO, algunos de los mecanismos de integración que ha puesto en marcha son la retórica antagónica que produce la identificación de un adentro y un afuera del espacio político. Es decir, produce una ficción política identitaria entre los partidarios de su movimiento y los adversarios, que combaten en el campo de la opinión pública, en el de las redes sociales y en el de la política partidista a través de Morena, un partido personal organizado como una máquina política clásica que ha funcionado exitosamente en los turnos electorales recientes. Morena es una máquina política que utiliza los medios a su alcance para ganar elecciones, con independencia de la probidad moral y legal de sus candidatos (como sucedió con la declinación de Félix Salgado Macedonio a la candidatura del gobierno del estado de Guerrero, que fue cedida a su hija; o con Clara Luz

Flores en Nuevo León, señalada por sus vínculos con la secta NXIVM, comandada por Keith Raniere, y que a la postre perdería la elección frente al heteróclito Samuel García), la procedencia de los recursos que inyectan a las campañas o las propuestas de gobierno, estructuradas como cortinas de humo que mezclan un paternalismo innegociable con la potencia movimentista parapetada en el furor celebratorio de la escansión electoral de 2018, el *mythomoteur* de la 4T.

De nueva cuenta, el goce fundacional es lo que cubre todo el horizonte de la política obradorista, ya que la elección de 2018 es pensada como "una revolución nacional vía las urnas", que abreva de un empecinamiento, el de AMLO y el de sus seguidores, que pone de manifiesto una "impermeabilidad" basada en una profunda convicción e "intuición moral".[5] Por otro lado, y a pesar de su pesimismo crítico sobre el presidente, Roger Bartra acierta al decir que por el número de votos que obtuvieron Morena y AMLO en las elecciones de 2018, en México se vivió una "mutación" de gran calado.[6] Este parteaguas puede ser leído como un auténtico golpe de coyuntura que pasa solo una vez en la historia. De aquí que se viva a través de su fantasma, porque es sabido que Morena no logrará otro pico electoral igual. Asimismo, confirma el hecho de que la política es una marcha inexorable hacia un porvenir no adivinable, pues la contingencia que anuncia, y que es irreversible, puede ser domesticada solo de manera parcial.

En AMLO, y por extensión, en su partido, con frecuencia llama la atención el entredicho que abren entre medios y fines. Por ello el estudio de los discursos pronunciados cobra relevancia. Sin duda, la justicia social es un fin en sí mismo, incuestionable y necesario, pero los medios para alcanzarlo en este caso se vuelven cuestionables, ya que la apuesta es lograrlo mediante la pretensión de hacer *tabula rasa* de las instituciones y de los procesos administrativos y sociales que conlleva.[7] El dilema, así vistas las cosas, es entre la visión pragmática y la visión normativa de la política. Por lo demás, el entredicho profundiza uno de los rasgos presentes en algunas formaciones autodefinidas de izquierda, como en España o Argentina, del "y tú más", que significa "contentarse con no ser peor que el

adversario".[8] En el caso mexicano, el presidente ha señalado en infinidad de ocasiones el problema de la corrupción galopante de los sexenios precedentes y el despilfarro de los recursos públicos provocados por la complicidad entre la élite política y ciertos sectores del alto empresariado, que fue posible gracias al neoliberalismo, simbolizados en los casos del exdirector de Pemex, Emilio Lozoya, y los sobornos de Odebrecht, o el de Alonso Ancira, dueño de la empresa Altos Hornos de México, acusado de vender a Pemex la planta de Agro Nitrogenados en Veracruz a un sobreprecio de 200 millones de dólares; a pesar de haber sido indiciados judicialmente, ambos viven hoy cómodamente en sus residencias, en un régimen de prisión domiciliaria. Estos grandes escándalos han servido para llamar la atención de la opinión pública, pero son poco o nada efectivos para seguir las rutas de los sobornos y desvíos de recursos, así como de las triangulaciones internacionales que, se especula, fueron hechas durante la administración del presidente Enrique Peña Nieto (2012-2018).[9] Sin embargo, los problemas de la corrupción subsisten en el tiempo presente, a pesar de la tímida mejoría que el país ha tenido en la percepción de la corrupción en la primera mitad del sexenio, comparada con la administración de Peña Nieto, aunque por debajo del pico más alto de los empeños estatales contra la patología que se vieron al inicio del sexenio de Vicente Fox (véase cuadro 2). De cualquier modo, México sale reprobado en materia de combate a la corrupción, lo que lleva a tomar con cautela los intentos de mejoría en la materia.

Cuadro 2
Índice de Percepción de la Corrupción en México durante la alternancia (2000-2021)

Año	Puntuación del IPC	Posición/Total países
2000	3.3	59/90
2001	3.7	51/91
2002	3.6	57/102

2003	3.6	64/133
2004	3.6	64/145
2005	3.5	65/158
2006	3.3	70/163
2007	3.5	72/179
2008	3.6	72/180
2009	3.3	89/180
2010	3.1	98/178
2011	3	100/182
2012	34	105/176
2013	34	106/177
2014	35	103/175
2015	31	111/168
2016	30	123/176
2017	29	135/180
2018	28	138/180
2019	29	130/180
2020	31	124/180
2021	31	124/180

FUENTE: Transparencia Internacional (2000-2021). Disponible en https://www.transparency.org.

El índice de puntuación correlaciona las percepciones de empresarios y analistas económicos y políticos de los países bajo escrutinio, donde 0 es muy corrupto y 10 muy limpio. A partir de 2012, el índice se pondera en una relación de 0 a 100.

A ello, debemos agregar los casos en los que ha estado involucrado el círculo más cercano a AMLO, como el de su hermano incómodo que sableaba a quien se le pusiera enfrente para inyectar dinero al movimiento obradorista,[10] o el de sus hijos, que viven a todo dar, con lujo y sin reservas, contrariando al padre en aquello de la austeridad republicana. Y no es una excepción en la administración federal actual, es un estilo de hacer política

desde tiempo atrás, presente cuando fue jefe de gobierno de la Ciudad de México, entre los años 2000 y 2005. En ese entonces, su secretario de Finanzas, Gustavo Ponce, fue grabado en un video cuando se divertía en Las Vegas con el dinero de las arcas de la capital del país; al tiempo que René Bejarano, actor principal de los llamados "videoescándalos", que salieron a la luz en aquel momento, se llenaba torpemente las bolsas de su saco con fajos de dólares, luego de una visita de "cortesía" a la oficina del empresario Carlos Ahumada, uno de los financiadores más consistentes, durante las campañas para las elecciones intermedias, de casi la mitad de los entonces candidatos a delegados de la capital. Después aparecería otro video que mostraba al entonces delegado de Tlalpan, Carlos Ímaz (exmarido de la actual jefa de gobierno de la Ciudad de México, Claudia Sheinbaum), recibiendo una cuantiosa suma de dinero de Ahumada. Lo que en ese momento revelaba el *affaire* era un sistema de corrupción a alta velocidad, creado al cobijo de una parte importante de la élite del PRD, el partido del gobierno de AMLO en la capital, y cuya especificidad, en cuanto mecánica de corrupción, estaba supeditada a la posibilidad de licitación y el otorgamiento de contratos con algunas de las empresas de Ahumada para la puesta en marcha de obra pública en la ciudad. Quien le abrió la puerta a Carlos Ahumada a la licitación de obras de infraestructura y al financiamiento de las campañas políticas locales fue Rosario Robles, en su paso como jefa de gobierno en 1999, cuando sustituyó a Cuauhtémoc Cárdenas, que se postuló a la presidencia de la República en las elecciones federales de 2000.[11] De los llamados videoescándalos en 2004 abreva la antipatía entre AMLO y Rosario Robles, quien pasó más de la mitad de la administración obradorista actual en prisión preventiva por su presunta responsabilidad en la llamada "estafa maestra", que significó un desvío de recursos de 400 millones de dólares durante el sexenio pasado.

Esta situación sugiere que no existe escapatoria ideológica del tipo "aquellos fueron peores que nosotros", porque nunca se regresa al pasado, aunque este último sí roce continuamente el presente. Y si es invocado con frecuencia, es precisamente por un deseo de colocarse en una suerte de tierra prometida por conquistar, donde pasado y presente son relevantes

para la operación de escapar de sus huellas. La promesa, decíamos en los capítulos previos, es un esfuerzo metonímico por la materialización de la proposición populista, que, una vez lanzada al espacio político que la enmarca, es realizable en un régimen de historicidad "archimítico", con un pie en el tiempo presente y con el otro pie empeñado en caminar aprisa hacia delante, aunque cada avance en ocasiones sea una aventura que siempre regresa al pasado, corroborando esa concepción cíclica de la historia.[12]

Asimismo, la brecha que inaugura la distancia entre amigos y enemigos, lejos de ser un divorcio en el interior de la sociedad mexicana, como lo advierten en reiteradas ocasiones los críticos a su gobierno, pues el divorcio era ya una función latente en la sociedad mexicana, hoy se revela como una función manifiesta. Pero era una realidad desde que asumió la jefatura de gobierno de la Ciudad de México, colocando en el centro de su discurso el mecanismo de "llevarle la contra a todos" en cualquier ángulo o sugerencia, lo que ha terminado por sacar de sus casillas hasta a los más pacientes.[13] Este rasgo acentuó su "bipolaridad" constitutiva, la cual, desde aquellos días como gobernante de la capital del país, hizo de él un personaje que, "para algunos, se convirtió en el cínico izquierdista que estaba rodeado de gente corrupta y sentía poco apego por la ley; para otros, se volvió una figura épica, que se enfrentaba a una oligarquía corrupta que se quería perpetuar en el poder".[14]

Por su parte, sus aliados expresan una lealtad política que los emparenta con la disciplina de partido de la época dorada del priismo, pero también con la de la izquierda ortodoxa, que siempre se llevó mal con los heréticos que surgían en sus filas (para muestra, véase el caso de José Revueltas), y que no se agota en los años sesenta o setenta, va mucho más atrás, quizá llega hasta mediados de los años cuarenta, cuando el PRI se vuelve el amo indiscutible de la política, de la nación, de sus recursos y de lo que se le pusiera enfrente. Pero, en general, es también una reminiscencia, lejana si se quiere, de la Gran Política del siglo XX, que es realista en sus cometidos: quienes se mueven un poco son desplazados por completo; quienes se quedan quietos terminan petrificados por la *routine* carismática del Poder

Ejecutivo, que seduce en su cara bifronte, oscilante entre el rol de víctima de la persecución de los "poderosos", y el de verdugo de las causas progresistas en el país, lo que confirma el *trade-off* intrínseco a su proyecto político. Toda ventaja produce sus contrarios.

La exigencia de disciplina es retribuida con la confianza que el presidente tiene en sus principales operadores políticos, hoy en puestos claves del Estado. Esta forma de concebir la lealtad lo ha llevado a pedir los servicios políticos de personajes impresentables como Manuel Bartlett Díaz, el arquitecto del fraude electoral de 1988, pero un nacionalista obcecado que ha peleado, codo a codo, con figuras como el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas y López Obrador por la no privatización de la electricidad desde finales del siglo pasado.[15] O colocar en otros puestos a personajes como Marcelo Ebrard, cercanísimo a Manuel Camacho Solís, cuando ambos formaban parte del equipo de Salinas de Gortari. O a Sheinbaum, actual jefa de gobierno de la CDMX, arquitecta de los segundos pisos durante la administración de AMLO en la capital. Y la lista sigue: Bertha Luján, expresidenta del Consejo Nacional de Morena, ya contralora de AMLO en el gobierno de la capital, y madre de la actual titular de la Secretaría del Trabajo, Luisa María Alcalde. Dolores Padierna, hoy senadora de la República por el Partido del Trabajo, organismo político que es un aliado fiel a AMLO. Martí Bartres, encargado actual del despacho de gobierno de la capital.[16] René Bejarano, hoy señalado como uno de los principales operadores de la Secretaría de Bienestar, uno de los impulsores de la candidatura de AMLO para el gobierno de la Ciudad de México en el 2000, además de su coordinador de campaña en esas elecciones, y quien había "desarrollado una estructura propia" que le abrió la puerta en la administración obradorista como uno de sus principales operadores políticos, al llegar como encargado de la secretaría particular.[17]

Otro elemento que ha producido un cortocircuito en la política nacional es el de la dignificación de las clases sin poder, interpretada como "una suerte de irrupción plebeya".[18] La restitución de un espacio amplio en la vida política del país ha significado una reconversión del menosprecio, el paso de la invisibilización a la visibilización de las clases sin poder,

conjugadas en un "deseo de reconocimiento" colectivo que se concretiza cuando esa expectativa de los excluidos "roza" lo real, aquí y ahora, de la experiencia democrática.[19] El mecanismo había sido ensayado durante la administración de la Ciudad de México, cuando puso en marcha una serie de programas sociales, donde destaca la pensión alimenticia para adultos mayores a través de la Secretaría de Salud local, entonces a cargo de Asa Cristina Laurell. Este programa fue un *hit* en la política social de la ciudad y marcó el interés de AMLO sobre las clases sin poder, pues otorgaba "cierta independencia y dignidad a gente que normalmente se considera una carga para la familia".[20]

En este proceso, además, se profundizó el debate sobre las bases históricas y simbólicas del racismo, el clasismo y la discriminación dentro de la sociedad mexicana, sea por color de piel, posición económica, oficio o profesión, grupo étnico de pertenencia, etcétera. Un debate que venía desarrollándose previo al triunfo de AMLO,[21] pero cuya polémica ha crecido a partir de 2018. Con ello, logramos atisbar una quiebra parcial del carácter paradigmático de la ley de la filiación de la política mexicana, ya que coloca en primer plano aquel viejo principio de la democracia moderna, y el cual remite a su forma republicana, que hace diferente el modelo francés al norteamericano que he citado en el capítulo pasado: en la democracia juegan los *con* poder y los *sin* poder en el mismo tablero. Esto es, participan los herederos y los sin herencia; o, como se comentó, clases propietarias y clases peligrosas son parte del mismo espacio político, aunque unos quieran conservar el *statu quo*, y los otros, derribarlo. Esta paradoja fue advertida por Raymond Aron cuando decía: "La buena democracia es aquella donde el poder político no está por completo en manos de los privilegiados, pero tampoco en manos de los enemigos jurados de estos".[22]

Asimismo, la figura de AMLO es un "enigma" que introduce un elemento nuevo y "disonante" en el campo de los liderazgos presidenciales mexicanos, ya que su estilo muestra una vocación genuina por la política, articulada alrededor de una noción teológica de servicio de tintes acaso paulinos, que siempre pide sacrificios, como ganar poco dinero y trabajar

mucho, lo que revela una faceta de *workaholic* pertinaz, redundante en su larga marcha hacia el vértice del poder. Su simpleza, franca y exasperante, es un "misterio" que exige ser descifrado.[23] Su convicción lo ha empujado a recorrer diariamente el país una y otra vez, haciendo política a ras de suelo, para lo cual es necesario renunciar a los placeres mundanos, presente en su talante prohibicionista y en la desacralización de los rituales frívolos, característicos de la clase política mexicana del "Señor Presidente", del "Señor Secretario", del "Estimado Senador", del "Honorable Diputado", que detesta, pero los utiliza sin empacho. Esta vocación opera como el momento trascendental de su quehacer político. Su complemento es la dinámica conflictual que usa el escarnio público a diario sobre aquellos que juzga, con o sin razón, como rivales, y deviene el momento inmanente de su actuación. La sección semanal que tiene en sus conferencias mañaneras, acerca de "quién es quién en las mentiras" en las redes sociales, es ilustrativa, porque en ella pretende desenmascarar las mentiras —o las verdades a medias— de la oposición, en un juego de poder que, en realidad, pretende no darle ningún espacio de acción a sus rivales, al deslegitimar sistemáticamente sus posiciones y objeciones.[24]

La mofa que hace de la oposición lo ha llevado a la creación de un clima de envilecimiento de la vida pública. "La sorna para tratar al adversario, la burla sin reserva", advertía Luis González de Alba hace casi 20 años, son el sello de la casa.[25] Pero también el uso del escarnio público es una sonoridad cáustica que conecta la irreverencia de las maneras populares de torcer el poder (Michel de Certeau hablaba de las tácticas cotidianas de oposición y resistencia al poder) con la adoración por parte de sus seguidores y sin condiciones de las reliquias en las que descansa el nuevo poder, y que, fingiendo obediencia y consideración, labran un juego de espejos que desfigura el lugar donde la teatralización se desenvuelve. Si la risa era una auténtica arma política en la cultura mexicana del siglo XX, donde Cantinflas, Tin Tan, Palillo, Resortes, Piporro o Héctor Suárez hacían las veces de altavoces de las clases sin poder del país mediante la cábula, la blasfemia, el pitorreo, el tono burlón del pelado, la crítica al poder, a través

de la ironía melancólica de la democracia adopta su concretización en la ridiculización como una de las bellas artes de la política nacional actual.[26]

En suma, concluir que AMLO es un provocador es superfluo, porque su credo es el de la erección del Uno y no el de la invención de lo Múltiple. Es decir, prefiere la consolidación estática de la identidad a la fluidez de la diferencia.

A esta situación se le agrega la expansión del egotismo perverso de personajes cercanos al presidente, como Alejandro Gertz Manero, titular de la Fiscalía General de la República (FGR), o el de la titular del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), Elena Álvarez-Buylla Roces, que han llevado el menosprecio, la improvisación y la indiferencia a rango de política de Estado. La conducción de la justicia y la ciencia ha sido errática y mediocre desde muchos puntos de vista, pero sobre todo ha generado una serie de controversias de gran calado.

La primera, la "privatización" de la Fiscalía, confirmando el uso del Estado de derecho como arma política. Pero también ha llegado al campo de la política simbólica, cuando el narcisismo del fiscal general lo empujó a exigir su incorporación al Sistema Nacional de Investigadores (SNI), a sabiendas de que él nunca ha sido investigador. El hecho de que escriba libros no lo vuelve investigador; además, algunos de ellos, como ha mostrado Guillermo Sheridan, fueron un plagio burdo.[27] Ahora bien, el uso del Consejo Nacional para la Prevención de la Discriminación (Conapred) con tintes de legitimación de la acción del fiscal, donde se sostuvo que luego de 10 años fue discriminado en sus reiterados y fallidos intentos por ingresar al SNI, banaliza los fines para los que fue creada esa institución, ya que los poderosos no pueden argüir que padecen discriminación en México, pues por ello son poderosos. Es como sostener —y cada vez es más común en ciertos sectores sociales— que en el país se ejerce sistemáticamente el racismo invertido por tener la tez blanca del privilegio.

En el caso de la titular del Conacyt, su desempeño al frente del principal órgano de la ciencia del Estado queda a deber mucho, ya que el Consejo ha sido usado de modo faccioso, pues ha beneficiado a los investigadores

próximos al obradorismo, como John Ackerman (aunque su privilegio de ideólogo de la 4T se ha reducido, sobre todo después de que su esposa, Irma Eréndira Sandoval, dejó la titularidad de la Secretaría de la Función Pública). También ha expulsado de las comisiones dictaminadoras a investigadores críticos, y los ha sustituido por otros que les exigen a sus pares aquello de lo que carecen, también ha retrasado los pagos a los investigadores nacionales y cancelado becas. Asimismo, ha destituido a directores y perseguido centros de investigación, como ocurrió con el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).

En ambos casos, la lista de exabruptos es larga, pero lo que es claro es que donde peor se ha desempeñado institucionalmente el obradorismo es en el campo de la procuración e impartición de justicia y en el de la educación y la ciencia. Por ejemplo, el problema de las desapariciones sigue pendiente, así como el de los feminicidios. Y, junto con estos, la cuestión de los nuevos feminismos, que han sido colocados como movimientos "no legítimos". Por su parte, en el terreno científico, el debate sobre la precarización del profesorado, tanto de aquellos que tienen plazas universitarias como de los que están contratados por asignaturas, no se ha hecho esperar. A los primeros se les señala como privilegiados frente a los segundos, y a estos últimos se les prometen mejoras que nunca llegan, porque dependen de una reforma profunda en el mercado laboral académico, del aumento de los recursos a las universidades y de la cancelación de la compraventa de plazas por afinidad política o intelectual, un vicio que pervive desde hace décadas dentro de las universidades públicas.

En la dinámica comunicativa de AMLO, no hay día o semana en la cual no aparezca alguna confrontación con grupos de una oposición política, que en sí misma está completamente atomizada y perdida, desde el punto de vista partidista, pero también desde el punto de vista ideológico, frente a su gobierno. Seguir el ritmo de esta dinámica es fatigoso, sobre todo porque su administración insiste una y otra vez que los clivajes en los cuales el poder se sustentaba "antes" cambiaron profundamente.

En efecto, los juegos de poder cambiaron, pero con ese cambio de velocidad también cambiaron las posiciones de los actores, comenzando con la de AMLO, que es un remanente del populismo histórico mexicano de los años setenta, pero más del que construyó Salinas de Gortari hacia finales de la década siguiente, donde comunicación y pragmatismo son un binomio indisociable.

Al respecto, el caso del Programa Nacional de Solidaridad (Pronasol) en el sexenio de Carlos Salinas de Gortari es interesante. Este otorgaba insumos básicos a los tres sectores de la población menos protegidos: pobres urbanos, campesinos y pueblos indígenas. Pero también pretendía abrir una brecha irrevocable entre la clase dirigente tradicional y la tecnocracia mediante el señalamiento de la poca capacidad de respuesta que por mucho tiempo tuvo la "vieja" clase política (la referencia es al populismo de los años setenta) para atender las demandas de los más pobres del país. Y al mismo tiempo le permitió a Salinas desplazar y personalizar el techo de su legitimidad para la construcción de una base de apoyo social distinta a la que le podía ofrecer su partido.[28] Es decir, Pronasol funcionó como una estructura de partido —paralela al partido oficial— dirigida desde el Poder Ejecutivo, y menos como un programa social de gobierno. La falta de coincidencia era precedida por el recambio generacional de la élite dirigente del país, pero también fue una consecuencia de tres factores que terminaban colocados como los principales problemas por resolver en el accidentado inicio del sexenio de Salinas de Gortari. La escisión del PRI a causa de la salida de prominentes personajes, encabezados por Cuauhtémoc Cárdenas en 1987, fue calificada "de populista por el presidente De la Madrid", ya que "expresaba las naturales resistencias de sectores atrasados y tradicionalistas [léase 'rurales'] de la población, ante los cambios estructurales que promovía la facción modernizante de la burocracia política pública".[29] La devaluación de ese mismo año y la opacidad en el conteo y entrega de los resultados electorales de 1988 dieron materia para provocar una serie de argumentaciones acerca de la existencia de un fraude electoral.[30]

A diferencia de las estructuras clientelares tradicionales, la construcción de un circuito capilar a nivel nacional desarrollado bajo los Comités de Solidaridad incentivó un tipo excepcional de participación activa de los marginados en el mejoramiento "potencial" de sus condiciones de vida, basado en las teorías que en ese momento despuntaban sobre la potencialidad del capital social. En este sentido, se podía hablar de la creación de mecanismos de clientelismo modernizado que pretendieron romper —en algunos casos con relativo éxito— con la ineficacia del poder político local y con el total descontrol del dinero público a nivel estatal y municipal. Sin embargo, detrás del discurso de la modernización económica y la "liberalización política", Pronasol rápidamente se aproximó a la fundación de una nueva república de los subsidios, precarizada por el desgajamiento económico que venía de los años setenta, pero que no era otra cosa que "la respuesta" funcional a ese desgajamiento. Es decir, vamos de una república expansiva de los subsidios, lograda en el periodo de más amplia cobertura institucional de las desigualdades y su consecuente reducción ("nuestros gloriosos treinta"), a una república subsidiada, inelástica y selectiva, que finalizó en la institución de una república de los privilegios, y no de los derechos y su necesaria expansión a través de su constitucionalización, proceso que era más acorde con el fenómeno de la liberalización política en dirección democrática que tenía lugar en nuestro país en ese entonces.[31]

Hoy viven en el olvido los comerciales televisivos que Salinas realizó como forma de propaganda y legitimación, con lo que la estrategia del Pronasol se colocó en todos los rincones del país. Veamos dos ejemplos.

El primero, el comercial "A la palabra". Transcribo:

—¡Vénganse a comer…!

—Qué bien va la siembra, ¿cómo le hiciste? Yo me acuerdo que hasta te querías ir al otro lado…

—Trabajando, Manuel, trabajando…

—Eeeeeh.

—¡Palabra, Manuel!, confiaron en nuestra palabra. El año pasado no nos alcanzaba. Para colmo, hubo helada.

—¿Y entonces?

—Nos unimos en Solidaridad y nos dieron crédito, y fue a la palabra.

—¿A poco lo vas a pagar?

—Claro. La palabra es la palabra. Además, la lana que regresamos queda en un fondo para obras y proyectos, en beneficio de nuestra comunidad y de nuestros hijos.

—¡Papá, papá! Dice mi mamá que palabra que, si no se apuran, se quedan sin comer…

Una voz en *off* remata:

"Solidaridad, unidos para progresar".[32]

Segundo ejemplo, el comercial "Pasante de ingeniero":

—¡Venga, vamos, eso tiene que quedar muy bien sellado! No, no, no, a ver, para —dice el personaje que dirige una obra hidráulica en medio de una calle.

Tres niños se acercan a la zanja donde los trabajadores están colocando una tubería. Uno de ellos pregunta:

—Oiga, ¿usted es el ingeniero?

—No, ahorita soy pasante de ingeniero.

Otro niño le sigue:

—¿Y por qué está aquí?

—Por solidaridad. Es la respuesta de nosotros los pasantes a nuestra gente.

Otra vez uno de los niños pregunta:

—Oiga, ¿y cuánto gana?

—Ahora Solidaridad nos da becas a los futuros profesionistas, para que hagamos nuestro servicio social.

Vuelve a la carga otro niño:

—¿Y nada más?

Es interpelado por el primer niño:

—¡Cállate! Que estoy hablando con él.

El pasante de ingeniero responde:

—No, además ayudamos de manera efectiva a quien más lo necesita. Porque trabajando unidos podemos progresar.

Luego, el pasante se dirige a uno de los trabajadores:

—Bien, Jorge, ahora sí que te quedó muy bien.

El primer niño vuelve a tomar la palabra:

—Oiga, ¿sabe qué voy a ser cuando sea grande?

—No, dime qué vas a ser.

—Pasante de ingeniero.

—Ja, ja, ja, ¿y tú?

—Yo, pasante de ingeniero.

—Ah, muy bien, ingenieros…

Una voz en *off* remata:

"Solidaridad, unidos para progresar".[33]

Es evidente la introducción de un tufo religioso a partir de la ayuda al desvalido, la fe en la palabra simple y llana, el discurso de las becas, que en un *loop* ideológico regresa una y otra vez a la ficción de la unidad como cimiento de la "gran transformación", que, en la puesta en marcha del Pronasol por el salinismo, tiene algunos tintes de clara impronta maoísta. En aquel tiempo el poder de la comunicación visual era una herramienta poderosa para la extensión del ideario salinista, colocaba a la *plebs* (la escenografía de los comerciales es reveladora) en el centro de la política, al grado de que fue admirado y respaldado por una parte significativa de la clase intelectual mexicana. Este fue un modelo de comunicación inédito que apenas estaba despuntando, y que en los años noventa perfecciona un personaje como Silvio Berlusconi, en Italia, del cual hablaremos en el siguiente capítulo.

Si bien la comunicación política tiene ecos en el modelo actual que se desarrolla en nuestro país, el éxito de AMLO es también deudor de la coyuntura global, donde la insurgencia del populismo, tanto de derecha como de izquierda, resultó favorable a su movimiento. Este factor puede ser una clave explicativa de la atracción que produce en la sociedad mexicana, ya que la pulsión sentimental no tiene fronteras: puede expresarse en cualquier lengua y con independencia de pertenecer a ciertos estratos sociales; lo importante es lograr que sea parte del discurso político democrático.

AMLO corona un estilo híbrido entre política "a la palabra" y religión política, lo cual da lugar a la constitución de un "llamado", que es el significado de la palabra "vocación" a partir de la declinación weberiana de *beruf*,[34] para que la política sea la palanca salvífica de los males irreductibles que perviven en la sociedad mexicana desde hace décadas, como la "degradación moral", traducible en una pérdida de los valores de la familia binaria. Brota el anhelo por el redescubrimiento de la grandeza de la nación y su historia, y se restringe el sentido común en el centro de su discurso, una herramienta poderosísima en las manos de AMLO: va del "no me parece", "son los conservadores", a la instrumentalización de la enorme estima que tiene de sí mismo, lo que lo empuja a responder a todas horas a todo, tenga o no razón, ya que para él no es posible guardar silencio.[35]

El resultado es la construcción de un proyecto de nación que pretende "santificar" a la política, y dignificar su actividad a través de la desestructuración de una parte importante de la base institucional y legal previamente establecida en el país. Quizá sea cierta la intuición de un observador que no vivió lo suficiente para observar su desempeño en el gobierno federal actual, pero que escribió páginas excepcionales sobre él: AMLO es un "abismo" incolmable, como lo es cualquier religión, que muestra una y otra vez su alergia a los límites de la ley, real y simbólica, y al desconocerlos, confirma el enorme vacío y falta de respeto a la autoridad que pervive en el país desde hace décadas.[36]

La seducción que su presencia produce dentro del plano político mexicano y latinoamericano aún está por ser explicada, así como también tiene que ser explicado el impacto que su administración ha tenido a partir de la integración de una fusión de muchas confluencias. Por un lado, está compuesta por un movimiento social genuino que organizó hace 20 años, con el que se posicionó como líder natural de la oposición frente al PAN y al PRI, si atendemos que ese movimiento comienza cuando estuvo a cargo de la Ciudad de México.[37] Por el otro, el peregrinaje institucional que viene de mediados de los noventa, en el que estuvo siempre acompañado de aquellos que llama sus "compañeros de viaje", cuando logró colocarse en el vértice

del Partido de la Revolución Democrática (PRD), el trampolín que le ayudó a entrar en la política de la capital del país, después le permitió ganar la jefatura de gobierno de la Ciudad de México en el 2000, y terminó con la fundación de Morena en 2011, que es la concretización institucional de su movimiento.

Aunado a estos dos momentos, hay que agregar la articulación que generó con algunas orillas de las viejas élites políticas. Y es que no rompió del todo con ellas; antes bien, les dio otra función tras el establecimiento de diversas alianzas con algunos de los más grandes grupos empresariales del país, y con sectores con influencia en el terreno económico, social y político, como los medios de comunicación, que, antes de su llegada al poder, estaban completamente volcados en derribarlo a cualquier costo.

Al respecto, veamos el caso de los dueños de las dos principales televisoras mexicanas, Televisa y TV Azteca, que hoy se pasean sin empacho al lado del presidente. De hecho, el primer titular de la Secretaría de Educación Pública de la administración de AMLO fue Esteban Moctezuma Barragán, un personaje cercano a la cúpula de TV Azteca, y quien —se presume— le entregó en su momento toda la documentación sobre el Fobaproa a López Obrador. De este modo, sostiene Bartra: "La retórica antineoliberal dejó de espantar a muchos y las televisoras privadas cambiaron su actitud hacia el líder populista".[38] La querella deja de lado su rostro ideológico, y es sustituido por la divergencia pragmática, es decir, por las diferencias sobre los medios para alcanzar los fines deseados.

FIN DE RÉGIMEN Y DEMOCRACIA TUMULTUARIA

Esa mescolanza ha creado un laboratorio político desde el comienzo de su administración, donde su presencia destaca exponencialmente, pues tiene una rara capacidad de ubicuidad: está en todos lados y en ninguno. Es el clivaje alrededor del que se dirime la política del Estado, las políticas públicas y la redistribución de los recursos. AMLO usa un modelo de comunicación política directo, compuesto por sus conferencias mañaneras,

así como sus gestos cotidianos, propios de un republicanismo plebeyo, que dan la idea de una proximidad con cualquiera, rompiendo jerarquías y formalidades, pero que crean nuevas relaciones de dominación y poder. En ocasiones se olvida que sin poder y dominación no existe política, a pesar de la reificación continua del derribamiento de sus barreras. Todo ello resulta cierto para que su mensaje llegue a los oídos de los sectores sociales a los que dirige sus palabras, entre otros, aquellas gruesas capas de los estratos más desfavorecidos socialmente, que lo siguen sin cortapisas, le festejan sus chistes y críticas, y externan su gratitud y lealtad. Un mensaje que en el imaginario de sus seguidores está sintetizado en su eslogan clásico, "Por el bien de todos, primero los pobres".

Desde mucho antes de ser presidente de la República, sostenía: "Solo con una sociedad justa lograremos el renacimiento de México. El país no será viable si persisten la pobreza y la desigualdad. Es un imperativo ético, pero no solo eso, sin justicia no hay garantía de seguridad, tranquilidad y paz social […]. Nada justifica la pobreza en que viven millones de mexicanos porque esta no es producto de la fatalidad o del destino. El ciclo neoliberal ha sido una verdadera fábrica de pobres y la pobreza se ha reproducido y agravado ante la ausencia de un Estado con sentido y visión social".[39] Esta convicción no ha cambiado. En su balance "a la mitad del camino", insistió: "La lección de la elección [de 2018] es que debe seguirse atendiendo a los pobres, quienes por muchas razones son y serán los predilectos de nuestro gobierno. Sin dejar de gobernar a todos, escuchar a todos y respetar a todos, debemos entregarnos en cuerpo y alma a proteger a los humildes, a los olvidados, a los más necesitados de nuestra ayuda, y seguir aplicando el criterio de que 'por el bien de todos, primero los pobres'".[40] Un pueblo peculiar cuya presencia es convocada diariamente. Para dar un ejemplo claro, en 1 000 conferencias mañaneras llevadas a cabo entre 2018 y 2022, que representan aproximadamente 70% del total de días en el gobierno que, al 23 de diciembre de 2022, sumaban 1 484 días, Andrés Manuel López Obrador ha pronunciado la palabra "pueblo" en 11 702 ocasiones, según los datos del seguimiento a las conferencias matutinas del

presidente mexicano que ha hecho Luis Estrada y SPIN-Taller de Comunicación Política.[41]

Si bien su discurso es circular, beligerante y políticamente incorrecto, logra siempre un efecto performativo que causa tsunamis cotidianos en la opinión pública de manera continua. Esta peculiaridad es significativa, ya que, en general, cuando se alude a la utilización de un discurso circular, de inmediato se puede llegar a pensar en el discurso delirante del psicótico, o en el discurso del suicida, aunque también está presente en el de aquellos que han pasado una experiencia traumática. Sin embargo, en el caso del presidente, opera un cambio, sutil y significativo, porque su discurso está basado en la exacerbación de las contradicciones del desarrollo político del país en las décadas pasadas, con lo que logra colocarse en los márgenes de ese sistema, pero sin salirse de él. Su estrategia política de desdoblamiento en las periferias del sistema se ha diluido gradualmente, en la medida en que termina acomodado en el centro conforme consolida una forma de hacer política inédita, aun cuando en muchos sentidos sea abiertamente autoritaria. En este sentido, no es un representante de la antipolítica, como lo es Trump, pero sí de la institución de un republicanismo plebeyo que contrapone la *plebs* al *populu*s, decantándose por la primera. Sustituye una estructura, la que él inventa como su *ancien régime*, por otra que se escuda bajo la égida de la 4T, convencido de la necesidad y urgencia de la invención de un proyecto alternativo de nación, una regeneración nacional, como lo anuncia el nombre de su partido, tanto en la dimensión material como en la subjetiva, que permita el establecimiento una nueva "contractualización" entre Estado y sociedad. En 2011, López Obrador repetía lo que ya había presentado en la coyuntura electoral de 2006 respecto a su nuevo proyecto de nación:

> … se propone un camino del todo nuevo, alejado de la política del pillaje, de la explotación irracional de los recursos naturales y de la concentración desmedida de la riqueza a costa del sufrimiento de la inmensa mayoría de los mexicanos […]. Este Nuevo Proyecto de Nación se presenta al mismo tiempo que se construye, desde abajo y con la gente, un movimiento para la regeneración nacional. De esta forma, se busca poner en correspondencia el pensamiento y la acción, las ideas y el trabajo que realizan millones de mexicanos, mujeres y hombres, para

> transformar el país. Este proyecto está concebido para que lo pongan en práctica todos aquellos mexicanos comprometidos con el país, con el bienestar de la población, con valores morales solidarios y fraternos, con ideas a favor de la democracia, la justicia, la libertad y la defensa de la soberanía nacional.[42]

La concepción de la política bajo el dominio neoliberal previo es similar a la que se observó en 2005, cuando Evo Morales llega al poder en Bolivia con un amplio margen electoral (53.74% de los votos), lo que supuso una "transformación radical en la sociedad boliviana: la aparición en escena pública de una nueva élite mestiza e indígena".[43] Lo que vino después es otra historia. Pero el momento de pasaje del poder de una cierta estructura a otra es lo que resulta revelador. "Como dice Catherine M. Conaghan (2008: 46-47): 'Entendió [Evo] que llegar a la presidencia era el preludio de una lucha política más profunda'. Lo dijo sin rodeos públicamente el 14 de julio de 2007: 'Ganamos las elecciones, pero no el poder. El poder está controlado por intereses económicos, los bancos, la partidocracia y los medios de comunicación vinculados a esos bancos'".[44]

La redundancia obradorista respecto a que el neoliberalismo es el *ancien régime* y, por lo tanto, el enemigo acéfalo por derrocar funciona con éxito. No importa qué entiendan los sectores sociales a los que les habla de neoliberalismo; eso es insustancial. Es suficiente ahondar la retórica sobre las negativas secuelas que ese periodo provocó para el país. "En cuanto a la política económica aplicada durante el periodo neoliberal", dice el presidente, "de 1983 a 2018, cabe afirmar que ha sido la más ineficiente en la historia moderna de México. En este lapso la economía creció 2% anual, y tanto por ello como por la tremenda concentración del ingreso en pocas manos, se ha empobrecido a la mayoría de la población hasta llevarla a buscarse la vida en la informalidad, a emigrar masivamente del territorio nacional o a tomar el camino de las conductas antisociales". Más adelante prosigue:

> … las grandes corporaciones, sus propietarios y un pequeño sector de acaudalados han visto multiplicados sus capitales y sus fortunas personales, mientras decenas de millones han sido lanzados a la pobreza e incluso a la miseria. Los gobernantes del ciclo neoliberal justificaban la concentración de riqueza generada por sus administraciones afirmando que la prosperidad

> producida en la cúspide de la pirámide social iría permeando hacia abajo con el tiempo y acabaría beneficiando a toda la población. Se trata de una falacia: un pequeño grupo de personas físicas y morales monopolizaron el exiguo crecimiento económico, y la prosperidad nunca llegó a las mayorías. Por el contrario, la riqueza fluyó de abajo hacia arriba y de esa manera los pobres acabaron siendo más pobres y muchos de los ricos multiplicaron la riqueza que tenían al inicio del periodo.[45]

Que al neoliberalismo se le cuelguen todas las desgracias, propias y ajenas, no es un dato anecdótico. Lo confirma un punto que ya había sido señalado hace casi 20 años respecto a su estilo: en vez de "citar las ideas contrarias" a esta situación insostenible en su interpretación, prefiere delinearlo a partir de la caricatura que construye sobre el fenómeno,[46] y que encuentra su apoteosis o, dicho de manera general en esta lectura, su origen en el proyecto político de Salinas de Gortari. El neoliberalismo se ha vuelto una matriz poderosa que en ocasiones se presenta bajo la forma de la "mafia en el poder"; en otras, encarna el clasismo de los "fifís" o es desplegado en epítomes como los de los tecnócratas, los pirrurris, los burgueses, los privilegiados, etcétera.[47] Para el obradorismo, el neoliberalismo funciona como un "significante flotante" que puede liberar la potencialidad política necesaria para el acaparamiento de la disputa pública por el rumbo del país.

Todo ello a pesar de que la conducción de su política económica tampoco se ha salido de los parámetros de aquel enemigo borroso. Por ello, en el terreno ideológico, solo es posible alcanzar una definición parcial de lo que se pretende con la 4T. Lo que sí tenemos en el terreno social es una serie de políticas asistencialistas de corte regresivo que ha puesto en marcha su administración, y que pueden ser calificadas como políticas compensatorias, pero no progresistas. Sin embargo, es un hecho que ayudan para subsistir el día a día de los sectores sociales más marginados del desarrollo económico nacional, donde, en ese universo cotidiano, la pobreza deja de ser un simple marcador numérico y comienza a mirarse en el dolor que provoca en el cuerpo, en la psique y en el estómago. Esto es, sin esos recursos, por escasos y simbólicos que sean, miles de familias estarían en una situación aún más precarizada, y el alivio que representa es, sin duda, uno de los ejes transversales de su política social, porque supone un

reconocimiento simbólico de que los mexicanos más pobres son actores importantes para el vértice del Estado.[48]

En el momento en que AMLO toma las riendas del país, México estaba en un momento crítico, por lo que ha tenido que atender varios problemas nacionales de manera urgente. Quizá su llegada al poder deba ser interpretada como un "despresurizador" simbólico de varios de los males que aquejaban a la sociedad mexicana y que siguen calando hondo en ella. Piénsese, por ejemplo, el problema endémico del crimen organizado (ejecuciones, cobro de piso, secuestros, trasiego de estupefacientes, personas, armas, etcétera), cuya presencia va en aumento en vez de reducirse, a pesar de los empeños obstinados del presidente por militarizar el país como paliativo a la situación, contrario a la promesa de desmilitarización que hizo durante su campaña. Su fe ciega en las Fuerzas Armadas es pavorosa, pero también preocupa la manera ambigua, tardía y desdeñosa de enfrentar el fenómeno sistemático de las desapariciones de personas, que, en lo que va de su administración, ha crecido a tal punto que rebasa cualquier justificación moral o política. Además, está la captura de áreas fundamentales del Estado por parte de los grupos empresariales que se comportaban y aún hoy se comportan como grupos mafiosos que, gracias a su estrecha relación con las administraciones federales en turno, en términos de su cercanía con sus respectivos titulares del Poder Ejecutivo, obtuvieron y obtienen una serie de beneficios fiscales, así como contratos con el gobierno, lo que consolida una forma clásica de capitalismo político, donde el Estado mexicano termina siendo la principal agencia de negocios para la clase empresarial del país.

Al ser la cuarta administración federal de la alternancia, en muchos sentidos la *hybris* del obradorismo también es deudora de la izquierda histórica mexicana, particularmente de aquella que sale del movimiento estudiantil de 68, así como de los movimientos sociales de los años sesenta y setenta, y de la oposición partidista que gravitaba alrededor del Partido Comunista Mexicano. Basta escuchar su discurso de cierre de campaña, pronunciado en el Estadio Azteca, a finales de junio de 2018, para darnos una idea de la genealogía que pretende condensar en su movimiento.

> Recordamos con admiración y respeto a quienes han participado a lo largo de los años en movimientos sociales y políticos: campesinos, obreros, estudiantes, maestros, médicos, ferrocarrileros y defensores de derechos humanos y de otras causas […]. Aquí destaco la participación de los jóvenes del 68 y de dirigentes como Valentín Campa, Demetrio Vallejo, Rubén Jaramillo, Othón Salazar, Alejandro Gascón Mercado, Heberto Castillo, Cuauhtémoc Cárdenas, Salvador Nava, Manuel Clouthier, Porfirio Muñoz Ledo, Ifigenia Martínez y doña Rosario Ibarra de Piedra, a quien rindo un homenaje. Les adelanto que el 1 de julio voy a votar por ella […]. Lo alcanzado en los últimos tiempos se lo debemos a muchos mexicanos de todas las regiones, culturas y clases sociales del país. En este día memorable recuerdo con cariño a José María Pérez Gay, Arnaldo Córdova, Luis Javier Garrido, Hugo Gutiérrez Vega, Julio Scherer García, Sergio Pitol, Carlos Monsiváis, y celebro que sigan con vida y con el ánimo siempre joven Elenita Poniatowska, Fernando del Paso y Carlos Payán.[49]

Esta adhesión a la izquierda histórica le sirve como base de legitimación intelectual y cultural, y además le permite atraer a sectores sociales que han visto pasar sus mejores años de lucha social diluidos por la hegemonía partidista, tanto la del PRI como la de los partidos de oposición, principalmente el PRD.

Finalmente, la explicación del ascenso de AMLO hay que buscarla en la especificidad de la transición política y de la democratización mexicana, que llegó por el carril de la derecha. Como se sabe, los dos primeros gobiernos después de la transición a la democracia en México fueron encabezados por personajes que salieron del PAN, Vicente Fox Quezada y Felipe Calderón Hinojosa, para luego observar el regreso del viejo PRI, en manos de Enrique Peña Nieto. En este sentido, es posible sugerir que AMLO es un producto de la forma que adoptó el proceso político posterior a la alternancia en el país.

Este dinamismo, que por momentos resbala en las arenas movedizas de un estilo caótico de gobernar, puede resultar interesante para el estudio de las permanencias y, sobre todo, de las rupturas en las dinámicas del poder en la democracia mexicana. Hoy es posible confirmar que el poder ya no lo tienen solo las élites; se encuentra disperso, incluso fragmentado. Tal vez esta radicalización es la que ha dejado estupefactos a diversos sectores sociales, comenzando por aquellos letrados que adolecen de flexibilidad e interés por comprender la innovación política que el acontecimiento está

manifestando, y terminan criticando sus efectos, no las articulaciones nuevas que origina, pese a que no toda forma de innovación en política es progresista *per se*. En otras palabras, el populismo obradorista es un denso bucle dionisiaco, no una forma apolínea, con lo que complejiza toda la arena en la que tiene lugar el desarrollo político del país. Es este un buen punto de partida para el análisis de su actuación: lo más simple es siempre lo más complejo.

Es evidente que puede resultar difícil de entender, y mucho más de ser aceptado, sobre todo por los efectos que produce en el terreno inmediato, ya que son causados por las tensiones entre los distintos actores que le disputan el poder a AMLO y a su partido en el régimen de la comunicación, campo hacia donde se ha dirigido y donde se dirime una parte importante de las controversias entre opositores y partidarios de AMLO.

La oposición al movimiento de AMLO, tanto en la pista cultural e intelectual, en la disputa partidista, como en el terreno económico y empresarial, no ha logrado la estructuración de una opción política que compita en contra de la opción obradorista. Está perdida en la seducción que provocan las redes sociales y los medios de comunicación, mostrándose acomodaticia. Voluntarista y autorreferencial, sigue convencida de la fuerza de los desplegados, las declaraciones públicas y, en particular, el golpeteo cotidiano y las protestas "masivas" en el ágora virtual, así como en ciertas expresiones, como aquella de las tiendas de campaña —vacías— del Frente Nacional Anti-AMLO, que pretendía contrarrestar el poder territorial del gobierno actual. Los síntomas de su malestar llegan al terreno legislativo, donde la oposición camina ciega y trasnochada, con la excepción del episodio de la reforma eléctrica, que no deja de ser, a todas luces, un triunfo pírrico.

En realidad, debieron aprender de AMLO para atreverse a organizar y poner en acto estrategias sistemáticas de desobediencia civil, como aquellas célebres que el presidente encabezó en su larga marcha de la política local a la nacional, y que inician en 1991 con el "éxodo por la democracia" de Tabasco a la capital del país, cuando exigía la limpieza de las elecciones en algunos municipios tabasqueños. Para ciertos sectores vinculados al PAN, el

rechazo de ir a votar en la consulta sobre revocación de mandato de 2022 fue interpretado como un acto "genuino" de desobediencia civil y la llamaron "desobediencia pasiva" (*sic*). No obstante, toda desobediencia civil es activa o no es.

Como queda claro en el marco de las controversias que ha suscitado su gobierno, López Obrador es un personaje que no es del agrado de ciertos sectores sociales, académicos e intelectuales con cierta influencia política, aunque la coyuntura electoral de 2018 confirmó la total irrelevancia de estos en las preferencias políticas de los mexicanos. Es un personaje que no termina de agradar a las élites porque no es, para usar las palabras de Pierre Bourdieu, un *heredero*.[50] Es decir, no tiene un pasado estructurado en las altas esferas del poder mexicano priista, aunque actúe como priista. Mucho menos en las élites regionales, y, además, es ajeno a las élites culturales tradicionales mexicanas. Es un personaje que inventó su genealogía, casi un *self-made man*. Jesús Silva-Herzog Márquez, en un artículo publicado en el periódico *El País* en los días previos a la elección de julio de 2018, sentenciaba que AMLO: "No es hijo del centro, sino de la periferia. Más bien, es hijo de la periferia de la periferia. Se hizo, literalmente, sobre la marcha".[51]

La sugerencia de que López Obrador es un "regreso" al pasado es una clave de lectura interesante,[52] pero pierde de vista la carga de innovación que su victoria abre para el desarrollo político de la democracia mexicana, ya que la consideración de que AMLO es la expresión de una continuidad de ese pasado muestra un profundo desconocimiento de la composición social actual del país. En esta perspectiva, se sostiene que es una regresión, semejante al gobierno que encabezó Luis Echeverría Álvarez o el de José López Portillo, caracterizados como la época "dorada" del populismo dilapidador mexicano. Con mucha probabilidad este juicio apresurado es "más una fobia que un temor razonable".[53] Me parece que la introducción de esta "falsa familiaridad" pretende ir al encuentro de una forma disimulada frente al carácter tumultuario del republicanismo plebeyo del obradorismo, y que además sirve como paliativo a la pérdida del *locus* del poder en la política y cultura mexicanas. Más aún, luego de la caída

estrepitosa de los múltiples acuerdos intraélite, que en el pasado reciente estuvieron coronados en el "Pacto por México", los cuales no lograron responder acertadamente a los desafíos que lo político convocaba en un contexto de rápido cambio social, cultural y político.

Andrés Manuel López Obrador es el punto más alto de la nueva configuración del escenario público-político mexicano. No debe llamar a engaño su estilo y estridencia. En el ambiente cultural y político mexicano, soportado en ideologías etéreas propias del siglo XXI, y que son más volátiles que las del siglo XX, es un personaje más acorde con la velocidad y la indiferencia de una época llena de banalidad, improvisación, objetualidad, cirugías estéticas, bótox, y enamorada de aquello que el filósofo italiano Mario Perniola intuyó tempranamente como uno de los rasgos centrales de la sociedad del siglo XXI: el *sex appeal* de lo inorgánico.[54]

Con una situación de este tipo, no es posible el surgimiento de un proyecto más alto y mejor a lo que nos ofrecen los partidos políticos, viejos y nuevos. Mientras el narcisismo sea el caballo de batalla de los políticos profesionales, así como de aquellos diletantes que enarbolan la bandera del cualquierismo, tanto en su vertiente de políticos electos como en la de los designados; y mientras el personal político, con independencia de la filiación partidista que profese, siga convencido de que la política no es otra cosa que el lucimiento personal y el revoloteo megalómano, seguiremos en la dirección establecida a partir del final de la transición a la democracia y caminaremos deprisa sobre el campo minado de nuestro cotidiano *horror vacui*.

VI
El anatema de Donald Trump

ATRACCIÓN Y ENGAÑO

La llegada de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos en 2017 fue la coartada perfecta para la producción y acumulación de miles de páginas que los medios de comunicación en todo el mundo arrojaron alrededor de su figura, pese a que ya era blanco de atención desde décadas atrás. Durante cuatro años fue la noticia a nivel global: que si no lo saludaron en un encuentro en Alemania, que si no vio la famosa limusina de los presidentes norteamericanos en una ocasión cuando bajo del avión presidencial, que si empujó a otro jefe de Estado en un encuentro mundial para colocarse en primera línea para la foto, que si sacó a Estados Unidos de algún acuerdo internacional, que si los forcejeos que tuvo con Corea del Norte pudieron desencadenar una nueva guerra, etcétera.

Sin embargo, la aparición repentina del covid-19 permitió el desplazamiento de su centralidad mediática. De hecho, lo empujó a un aparatoso descarrilamiento en su pretensión por reelegirse a finales de 2019. Es evidente que la derrota que sufrió no fue causada solo por su pésima gestión de la pandemia en Estados Unidos, sobre todo durante los meses críticos a lo largo de 2020, pero sí fue una variable determinante en las preferencias electorales en contra de su candidatura. La imagen que ahora queda de él, después de su derrota electoral, es la de sus seguidores, los "nuevos bárbaros", reunidos en la secta conspiratoria QAnon, encabezados por Jacob Chansley, el Bisonte, y que el 6 de enero de 2021 tomaron por

asalto el Capitolio, en un último intento por reventar la certificación de la elección que le daría el triunfo a Joe Biden como presidente de Estados Unidos. El argumento que los movía era simple: sentían que les habían robado la elección, y no permitirían que se coronara el fraude.

Con la enorme carga de información que disponemos alrededor de Donald Trump, es posible organizar un almanaque que permita dar cuenta de cada uno de los hechos diarios en los que estuvo involucrado a lo largo de su mandato. Hechos que adoptaron la forma de acontecimientos que irrumpían con violencia las dinámicas económicas globales (como en su momento la guerra de los aranceles con China), los consensos ganados, las experiencias consolidadas en las democracias, los patrones de desarrollo en las sociedades del siglo XXI, por lo menos en relación con la dignidad y los derechos de pueblos enteros, que fueron lacerados por los caprichos de un personaje que actuaba por convicción bajo la prescripción de un guion de tintes circenses. Al respecto, su relación con la prensa es sintomática: "Trump manejó a los medios como público de un espectáculo de feria. Mientras más tinta y tiempo aire le dedicaban, más los vilipendiaba".[1]

Trump, como el perfecto arribista que es, debe ser colocado como la apoteosis de la comunicación exponencial de nuestro tiempo, donde las redes sociales son el campo de batalla para el desarrollo de la controversia social global, ya que en ellas la mayor parte del tiempo predomina la incoherencia de la argumentación y la necesidad del efecto rápido que premia los estados anímicos de cualquier signo. Lo peculiar es que, con cada objeción en el régimen de la comunicación, con cada señalización de sus pifias en redes y en los medios de comunicación tradicionales, en vez de que su visibilidad disminuyera, parece que el efecto era siempre inverso: en cada ocasión, sus accidentes lo fortalecían.

Con mucha probabilidad, esa fuerza de recuperación está vinculada con la estima desbordada que tiene de sí mismo en el campo de los negocios, como demuestra una y otra vez a lo largo de su programa de televisión *The Apprentice*. Sobre el tema, Aaron James dice: "Todos podemos coincidir en que el de Trump es un caso terminal de lo que Jean-Jacques Rousseau llamaba 'amor propio', o, por expresarlo de un modo aproximado, de una

autoestima muy agudizada".[2] Sus alardes triunfalistas que escupe acerca del poder económico que ha amasado son producto de "transformar el dinero de otras personas en su propia riqueza".[3] Una biografía empresarial en el campo de los bienes raíces, el ramo de la construcción, los concursos de belleza y los casinos, que reproduce los clichés y las conductas de los plutócratas de la época contemporánea —aunque no sean expresiones exclusivas de esta última—, explica que tenga tan buena estima entre los oligarcas rusos, con quienes departe sin empaño.

Mientras fue presidente, vale la pena destacar que no había semana en la que no fuera LA NOTICIA a nivel mundial. Esta atracción contradictoria, fascinante y repulsiva, tiene un aire de "familiaridad inquietante". Sin duda, está relacionada con el anatema que el personaje ha construido: camina por un corredor retórico que mezcla una antipatía "genuina" que fascina, producto de su infatigable ignorancia y simpleza políticas, y una marcada tendencia a la exageración, esto es, un "adicto a la hipérbole, que tergiversa por diversión y en beneficio propio […] un hombre a la vez resbaloso e ingenuo; calculador hábil; ciego, sin embargo, ante las consecuencias".[4]

Estos son algunos rasgos de la fascinación que hacen de él un fenómeno complejo para el análisis en el campo de la ciencia política. Esta cara de la fascinación está alejada de la concepción "débil" de la ideología como falsa conciencia. Veamos por qué.

La palabra "fascinación", del latín *fascinare*, quiere decir 'embrujar', y derivado de *fascinum*, 'embrujo',[5] significa a la vez "atracción irresistible", pero también "engaño o alucinación".[6] El juego fascinante de Trump ilustra nuestra precaria forma de estudiarlo. Podemos caminar con seguridad al exponer las razones del voto y la diseminación territorial de este en ciertas regiones conservadoras norteamericanas. Asimismo, podemos asegurar que no fue efecto de una administración mediocre, pues su antecesor, Barack Obama, puede ser criticado en varios frentes, pero no por mediocre, mucho menos por tibio, y ni siquiera por antipático. Por lo demás, hasta el momento de su expulsión de la esfera digital, Trump inundaba las redes sociales con un sistemático despilfarro de frases inconexas, provocaciones y bravuconadas que lo mostraban "tal cual era", sin tapujos, sin refinamiento,

un hombre sin cultura. Por ejemplo, de su contrincante presidencial, Hillary Clinton, espetó en Twitter: "Si no puede satisfacer a su marido, ¿qué le hace pensar que puede satisfacer a Estados Unidos?".[7]

El problema no radica en el personaje, sino en que los medios de comunicación a nivel global estuvieron por mucho tiempo "enganchados" (*hooked*) en una adicción propia de la lógica y el dinamismo político de la administración de Trump. No podían dejar de observar sus exabruptos, al grado de que, con cada acto y escándalo que protagonizaba, por grave o hilarante que fuera, la crítica mediática se volvía superflua. ¡Y vaya que abundaron las críticas sobre su figura alrededor del mundo! Uno de sus críticos, el periodista Mark Singer, dice: "Por momentos, el espectáculo era tan inquietante que casi resultaba imposible verlo. Detrás de la barrera (concretamente en el sofá de mi sala), mi vergonzante secreto era que no podía apartar la mirada".[8] En suma, es una potente droga que alimenta los estados de ánimo de sus electores y detractores.

Con su ascenso, lo que sí merece atención es el potencial disruptivo que presenta en la reorganización de los liderazgos en la democracia, donde destaca el uso de las redes sociales como el ágora por excelencia para escuchar la voz de los que no cuentan en el sistema de representación política, y que luego salen masivamente a las calles, no se contentan con vociferar en las redes. "Miles de votantes reales", señala Singer, "con miedos reales y agravios largamente reprimidos, se apiñaban en sus mítines. Entre ellos había irredentos iracundos, pero no era el sentimiento general. Se trataba de ciudadanos cuyo resentimiento y enojo se había impregnado con la crónica mala fe de sus representantes".[9] Por su parte, Albert Watkins, el abogado del Bisonte, lo confirma:

> Mi cliente, como muchos estadounidenses, sentía que su voz no se escuchaba […]. Cuando llegó Donald Trump, sintió que su voz al fin se escuchaba. Era relevante. Como resultado, tenía un cariño apasionado, incluso un amor por Trump. *Creía que las palabras de su presidente eran para él*. Hablamos de un fenómeno como el de los seguidores de Grateful Dead. Como los que seguían a la banda de un concierto a otro, *mi cliente seguía al presidente de un mitin a otro*. *Allí era reconocido, era parte de un grupo*. Cuando el presidente, el 6 de enero, les pide que caminen con él por la avenida Pensilvania, sentían no solo que el presidente les hablaba a ellos, sino que

> les estaba invitando. ¿Tuvo nuestro presidente un papel? ¿Tuvo una influencia? ¿Causó al menos en parte lo que ocurrió el 6 de enero? Sí. Categóricamente. Sin duda alguna.[10]

Claramente aparece un llamado a la acción, fundado en una ideología de corte "aspiracional" que pretende la recuperación del espacio político que había perdido el cuerpo social, previamente envilecido por la vorágine de la "alta" política. Eso abre la puerta a una oportunidad irrepetible para que salga a escena la promesa política, y que mediante un "abrazo de intoxicación mutua" entre partidarios y líder logre la unión sacralizada, con un "un coctel de falsas estadísticas, mezcladas con temor, ingenuidad e indiferencia ante las exigencias pragmáticas. Un fanatismo solo precariamente relacionado con la realidad".[11] Esta situación ayuda a la comprensión de las causas de la caída en la estimación social de los valores que fundaron la modernidad política. El signo de esta reducción no puede ser dejado de lado, es esencial no perderlo de vista.

El escritor Salman Rushdie sugiere que "estamos gobernados por lo grotesco", ya que su soporte lo encontramos en el desarrollo de "una cultura de la ignorancia agresiva", que tiene una enorme influencia en la época actual.[12] Es un punto de inflexión en el tiempo presente que se distingue de la Gran Política en la larga historia del siglo XX. Esa política, encausada y aplaudida frente a los movimientos totalitarios que dejaba atrás, que domesticaba las querellas dentro de los confines institucionales de los sistemas políticos nacionales, no existe más. En la época actual produce más eco la exigencia por parte de las sociedades democráticas de que la política responda a lo cotidiano, tanto del campo material como inmaterial. El privilegio no es el uso de arengas enloquecidas, sino la construcción de un discurso que, en términos pedagógicos, sea entendible para los ciudadanos. Y no porque estos sean ignorantes o finjan serlo, sino porque necesitan llenar de contenido las identidades políticas que estaban atomizadas y en el abandono. El argumento, recurrente para explicar el ascenso de los populismos, de que sus votantes son masas de sujetos ignorantes, es un juicio apresurado, impreciso, que descubre más la

ignorancia de quien lo enuncia que la de aquellos que son prejuiciados como “masas” ignorantes.

LA TIRANÍA DE LA VANAGLORIA

La política “a la Trump” está caracterizada por una inclinación al uso de las técnicas que ofrece el nuevo principado virtual. Como discutimos en el capítulo III, el dispositivo comunicativo coloca en un estado de igualación radical, aunque no sea democrática ni económica, a cualquiera con todo el mundo, coronando la poca exigencia de diferenciación. Triunfa la tiranía de la vanagloria, donde la rapacidad y el egoísmo son considerados valores sociales estimables, y la consolidación de la improvisación como “arte” de lo político es una realidad.

Regresemos a Claude Lefort, quien comprendió bien este problema, al sostener que “cuando el poder parece caer en el plano de lo real y aparece como alguna cosa particular al servicio de los intereses y de los apetitos de vulgares ambiciosos, para decirlo brevemente: cuando se muestra dentro de la sociedad, y al mismo tiempo esta aparece fragmentada, entonces se desarrolla el fantasma del pueblo-uno, la búsqueda de una identidad sustancial, de un cuerpo social soldado a su cabeza, de un poder encarnador, de un Estado libre de división”.[13]

El populismo tiene éxito ahí donde está colocado como efecto de restitución de cuerpos políticos fragmentados o balcanizados. Debajo de la capa que enmascara en su cornisa “disonante” y “escandalosa”, este esconde fenómenos relevantes para el debate político. Cuando sugiero que la retórica populista es disonante y escandalosa, pienso en los efectos de los discursos de personajes como Beppe Grillo en YouTube, o los más articulado de Gianroberto Casaleggio, artífice intelectual del Movimento 5 Stelle, que, en sus transmisiones en directo, lograron que el populismo aprovechara las ventajas de la tecnología y los algoritmos para hacer política con la ayuda de las redes sociales. Por ende, se coloca en el corazón de la aceleración del tiempo de la democracia gracias a la ruptura que introduce en las mediaciones de los espacios y las reglas de la

representación política tradicional. También está presente en los larguísimos discursos que pronunciaba Chávez en su programa *Aló presidente*, o en los de AMLO en sus conferencias mañaneras, o los "descensos al campo" de Trump cuando era el rey del vituperio en Twitter. Es claro que no son los mismos tipos de populismo. Sin embargo, la lógica disonante nos lleva a colocar la atención en *qué dicen* y no en *cómo lo dicen*, para la comprensión de uno de los usos políticos característicos de los populistas, pues a partir de ese mecanismo transmiten sus mensajes con eficacia.

¿Cómo llegamos a un momento histórico donde el escándalo es un deseo colectivo que, en ciertas situaciones, como las hazañas negativas de Trump, cae en el abismo de la vida en común radicalizada? La fantasía del populismo es una convergencia donde la mentira sistemática es seductora y deviene familiar. Alair Townsend, que fue "antigua vicealcaldesa de Nueva York", sentencia: "Yo no le creería a Trump aunque su lengua estuviera notariada".[14] El público de Trump, sin embargo, cree sinceramente en lo que dice, aunque sea una mentira, porque piensa que es su estilo y es normal en alguien como él. Con Trump, aparece de nuevo la profecía que se cumple a sí misma: "Verdad es que también suelta embustes como un loco; pero son sus patrañas, las que todos conocemos, y, por lo tanto, no tenemos la sensación de que nos estén engañando".[15]

La forma de lo grotesco no tiene paragón con ninguna otra etapa de la democracia moderna. Pensemos en el *affaire* entre Trump y Stormy Daniels, una estrella de cine porno que saltó al régimen de la comunicación al expresar que el presidente norteamericano fue su amante, hecho que ningún contrato de confidencialidad, como el que parece firmó la actriz, pudo mantener en secreto. Pero lo que no es un secreto es que Trump tiene fama de ser un pornógrafo sin remedio: "¿Quieres saber qué considero realmente una compañía ideal?", le pregunta Trump al periodista Mark Singer, y su respuesta es obvia: "Un buen culo".[16]

Trump simboliza el destino del líder autoritario del siglo XXI. Alejado del autoritarismo del siglo XX, que era predecible en sus actos y en su esencialismo, es un gamberro, negacionista de la política, en por lo menos tres campos: "*1)* se permite, de manera sistemática, ventajas particulares en

las relaciones sociales; *2)* se ve motivado por el convencimiento (firme y errado) de que tiene derecho, y *3)* se siente inmune a las quejas del prójimo".[17] La centralidad de su figura da paso a la condición de caminar en solitario por los corredores del poder, y que es una necesidad narcisista no negociable: "Trump, un tipo que goza del reconocimiento universal y, sin embargo, sospecha que una vida interior sería un inconveniente intolerable: una criatura presente en todas partes y en ninguna, singularmente capaz de habitar todo al mismo tiempo, en absoluta soledad".[18]

El develamiento de la naturaleza perversa de la disimulación es uno de los retos que la democracia tiene que resolver en el terreno inmediato, porque el mecanismo transforma el dispositivo clásico del "como si" en una realidad "casi verdadera". Si con ello el populista permite ser objeto de escarnio social, y hacer del oponente el gran receptáculo de la agresiva verborrea populista, también establece el rasgo paradigmático de la mentira, sobre todo a partir del uso público de ella en la dinámica política. El fenómeno de las *fake news* que tanto gustaban a Trump —y a sus críticos, por motivos contrarios— no es un simple juego por corroborar la no verdad implícita que está inscrita en su origen. Más bien, es un proceso que pretende convencernos de que el arte del engaño es una necesidad cuando menos podemos descubrir su imposibilidad constitutiva, ya que es sustituida por la distorsión deliberada de la materia específica utilizada como engaño. Cuando se pone al descubierto que todo lo dicho era mentira, la indignación y el escándalo que subyace no son generados por el develamiento del secreto que guardaba celosamente la mentira en sí, ni por la insostenibilidad de los motivos, y mucho menos los efectos negativos que produce. En realidad, terminamos indignados porque lamentamos haber sido descubiertos al formar parte de ese juego de disimulación que nos ofrecía comodidad existencial y certidumbre ideológica frente a la cosa presentada como engaño, y que después reaparece en la dinámica del escándalo. Es una suerte de desnudamiento sin concesiones que paraliza toda ética "antiengaño", y toda política de visibilización de los motivos públicos de nuestras decisiones. En este orden de cosas, la reacción es

predecible: “ya sabía que era una mentira”, “ya sabía que esto olía mal, que estaba podrido”. El juego de la disimulación está completo cuando garantiza que sea reproducido una y otra vez, a causa de la constatación inocente que hace que el imperio de las mentiras se vuelva una necesidad de la nueva política. Lo anterior confirmaría que las ficciones políticas trabajan en un continuo pasaje dirigido “de arriba hacia abajo”, inflando el principio convencional de la soberanía en una esfera donde cualquiera se puede identificar con cualquiera.

Así, la posverdad es causa y efecto de la mentira. Constituye la bisagra entre el presente y el futuro de la acción disimulada. Los expertos en estudios de opinión y encuestas que están convencidos con sus números de que indican la “realidad” de lo real que toda política contiene ahora tendrán que inventar un índice empírico de medición de los niveles de mentira como forma de legitimación, que interactúe al lado de los índices de libertades, corrupción, transparencia, buen gobierno, rendición de cuentas, control político y tantos otros que día a día se suman a la comunicación política de la democracia. No es un chiste, porque los peligros de la democracia ya no están solo en el campo minado de la mitología del afuera, sino están presentes en los límites internos de ella, que tantas ocasiones fue llamado como fuente de escarnio y legitimación de lo propio, y que Trump utilizó durante su primer turno electoral cuando se abalanzó en contra de los mexicanos.

LA NEGACIÓN DE LA POLÍTICA

Vivimos en una época que, pretextando “estar mal”, desarrolla nuevas estrategias de poder sintomatológico. La burbuja del populismo que explota con Donald Trump fue incubada desde el último tercio del siglo XX. No es un síntoma cualquiera de nuestro tiempo, junto a la depresión, la fragilidad y la banalidad. El magnate norteamericano es un capítulo del poder sintomatológico que traduce el proceso, a escala global, de negación de la política, con independencia del tiempo que estuvo en el vértice del poder o

de un posible regreso en el siguiente turno electoral. Esto no quiere decir que el siglo XXI sea el siglo de la política negativa, como lo discutimos en el capítulo II. La negación de la política es el siguiente escalón de la política negativa, aunque al igual que esta última se coloque en la espiral sin fin del pluralismo radicalizado de la democracia, donde cualquiera puede entrar a la contienda democrática si logra la generación de una opción política a partir de ciertas condiciones: *1)* dinero; *2)* amigos dispuestos a ensuciarse las manos; *3)* constitución del capitalismo político amoral; *4)* la explotación del tufo de la indignación y el resentimiento que construya una plataforma vindicativa del tipo "alguien nos debe, alguien tiene que pagarla"; *5)* un lenguaje casi pendenciero que prohíbe el uso de ideas abstractas, filosóficas o teóricas; *6)* sobreexposición en redes sociales y medios de comunicación, necesaria para la consolidación del liderazgo populista por afuera de la estructura normal de las instituciones y de los procesos políticos. En suma, es determinante que el populista sea un enigma y un perseguidor al mismo tiempo. En este caso, para diversos sectores sociales excluidos en Estados Unidos fue atractivo el eslogan de Trump: "Make America Great Again!", frase que recupera de Ronald Reagan, "solo que Trump", dice Singer, "le dio un toque francamente nativista".[19]

En la época de la negación de la política, identificarse con el bando de los vencedores o el de los vencidos es la misma ecuación. Si sabemos que los vencedores son pocos en términos numéricos, tan pocos que son reconocidos como oligocracia, plutocracia o kakistocracia, la aproximación a su cuadrante no realiza el sueño de ser vencedores por contigüidad. De hecho, es el despliegue de lo político lo que coloca en escena tanto el poder kakistocrático (como el de Nicolás Maduro en Venezuela), el poder oligocrático (como el del PRI de Enrique Peña Nieto en México), como el poder plutocrático (como el de Donald Trump).

Como se discutió en el capítulo II, la idea de la política negativa fue sugerida por Pierre Rosanvallon, que la identifica como un viraje radical en las formas de creación en la democracia contemporánea.[20] Antes las plataformas electorales estaban caracterizadas por la introducción de una distinción entre oponentes en cuanto a oferta partidista, atracción territorial

y formación de identidades. Son sustituidas por el develamiento de los "crímenes", cometidos o imaginados, por los otros candidatos en competencia. En medio del proceso, el uso de las *fake news* es una operación de primer orden, aunque la falsificación de noticias sirve más al poder electo. "Es por lo tanto", dice Rosanvallon, "mucho más 'rentable' demoler al competidor que hacer valer los méritos propios".[21]

La cuestión es simple. A la par del desarrollo del pluralismo y de los niveles de igualdad, la sociedad democrática, con su pretensión de mantenerse siempre "abierta" al otro "imaginado" o "real", permitió —de hecho, no podía negarlo— el incremento de los flujos y valores sociales no necesariamente afiliados a las convicciones democráticas. Su consecuencia está a la vista de todos: el aumento de crispaciones y fanatismos, donde la sacralización es el momento inmanente de la política visceral, así como el lubricante de los fanatismos de corte secular. Ya Kant advertía: "El fanatismo es […] una arrogancia piadosa y lo ocasiona un cierto orgullo y una exagerada confianza en sí mismo para acercarse a las naturalezas celestes y elevarse en un vuelo extraordinario sobre el orden común y prescrito. El fanático habla solamente de una inspiración inmediata".[22]

La era del consenso de la democracia después de la caída del Muro de Berlín y del colapso de diversas formas de gobierno antagónicas a esta es sustituida por la era de la globalización de la democracia a través de su fragmentación nacional, donde el sucedáneo de la política negativa es el populismo que, además, está más acoplado con la dinámica del capitalismo contemporáneo. Hablamos de un fenómeno inédito que en Trump encuentra una evidencia histórica sólida. Por ello, el caso norteamericano no es un accidente, es el resultado de la evolución democrática y del desarrollo del capitalismo contemporáneo. Del mismo modo, es una de las causas del resurgimiento populista, ya que existe una coincidencia entre capitalismo, democracia y mercantilización de la idea de pueblo como matriz de la reproducción política del capital, tanto en su dirección política como en aquella económica.

Hoy el dilema no es estar en contra o a favor del capitalismo, como tampoco en contra o a favor de la democracia, sino saber si es posible

compartir la nueva lógica dentro de las sociedades, por medio de la pérdida de los universales de la democracia. Wendy Brown subraya el peso demoledor que ha tenido la razón neoliberal, que se despliega desde el punto de vista de lo político como neoliberalización de la democracia, donde aumenta el privilegio de la competencia en el lugar del intercambio, con las implicaciones para el orden político democrático que ello supone: pérdida de producción de reconocimiento político a las clases sin poder y, en general, para todas las clases no propietarias; oligarquización de la función pública y reducción de las opciones de la sociedad; y desemantización de los contenidos modernos de la democracia, donde el proceso simbólico y práctica del autogobierno son cambiados por la competencia en el mercado político entre "iguales", definibles por una ficción perversa que la moldea como negocio, no como fin en sí mismo.[23] Para Brown, esa neoliberalización de la democracia supone el establecimiento de tres formas de racionalización: *a)* una forma de normativización (es un productor de leyes); *b)* una forma de normalización (es un productor de subjetividad); y *c)* una forma de gobierno que produce una democracia "sin atributos".[24] El triple desafío fue revitalizado y llevado a sus últimas consecuencias en la experiencia de gobierno de Donald Trump.

Sin embargo, el caso de Trump no fue el primero en izar la bandera de esta triple racionalidad. Sin duda, la parábola que traza la figura del empresario Silvio Berlusconi en Italia es el antecedente directo de la tensión abierta entre continuidad y discontinuidad de la democracia, pero también del auge de la institucionalización de la improvisación y de la negación de la política que encarna el trumpismo. Berlusconi ha sido la figura central de la política italiana en los últimos 30 años. Fue primer ministro entre 1994-1995, luego entre 2001-2006, y finalmente entre 2008 y 2011. Su presencia en el ámbito político estuvo marcada por el escándalo, la manipulación y los excesos. En su momento, amplios sectores de la sociedad italiana lo percibían como el arquetipo del italiano medio, es decir, "cordial y generoso, pero al mismo tiempo superficial y poco fiable".[25] En este

sentido, es exacto el retrato de él como "un pequeño hombre con grandes apetitos".[26]

En la esfera pública es presentado como un *self-made man* que, trabajando más que los otros, labra pacientemente el camino al cielo del éxito. Esto permitió su incorporación en las mitologías del triunfo y el esfuerzo egoísta, que son valores atractivos para las sociedades de consumo. A pesar de que era y es uno de los empresarios más ricos de toda Europa,[27] y de su origen pequeñoburgués, su trepidante carrera en los negocios, principalmente de la comunicación, era aplaudido porque se "esfuerza por aparecer similar al hombre de la calle: un hijo del pueblo dotado del sentido común, más capaz de hacer buen uso de las habilidades que posee, en efecto, con más suerte, pero, en resumidas cuentas, hecho con la misma masa que el resto del pueblo".[28]

Berlusconi es un caso enigmático de la política contemporánea, y al mismo tiempo representa uno de los momentos iniciales de las transformaciones recientes en los liderazgos en el interior de los regímenes democráticos contemporáneos, ya que en él hay una mezcla de populismo mediático, antipolítica, sexismo, corrupción de menores, sobornos, uso ilegal del poder y coaliciones electorales explosivas, como la que estableció por mucho tiempo con la plataforma populista nativista de la Lega Nord, donde eran famosos los virulentos discursos de su entonces líder, Umberto Bossi, al referirse a la política nacional que era diseñada en la capital del país como "Roma ladrona", y que, en nombre de una ficticia comunidad padana, la región más próspera de la península, exigía un reequilibrio de las transferencias presupuestales y fiscales (la famosa *devolution*) a favor de las regiones padanas, que daban más de lo que recibían económicamente del resto del país.[29] Esto quizá nos haría recordar precisamente la revuelta de los granjeros frente al gobierno federal norteamericano.

En Berlusconi, su salto a la política conlleva un objetivo claro: ser un empresario en el campo de los medios de comunicación que camina al negocio de la política para la legitimación de sus distorsiones. La estrategia que puso en acto es consecuente para lograr sus intenciones: el uso de la lógica republicana de las instituciones estatales para sellar férreamente la

legalización de lo prohibido. No es gratuita la señalización de sus vínculos con la mafia: su participación en la logia masónica P2 (Propaganda Due), previo a su irrupción en la vida política activa, no deja lugar a dudas, al grado de que este vínculo fue un tema recurrente durante su hegemonía en la política italiana. En él, la distinción entre lo público y lo privado no tiene razón de ser; más bien es proclive a la proliferación de signos y prácticas intercambiables entre lo público y lo privado. La puesta en escena del berlusconismo estaba supeditada a un intento sistemático por lograr el establecimiento de una república "ejecutivo-parlamentaria", dada la fuerza que deseaba conferirle al poder del primer ministro, encarnado en él, por encima de los límites parlamentarios que marcaban el diseño constitucional italiano.

Es entendible su apuesta al juego democrático, porque opera como una cláusula de impunidad para estar fuera del alcance del poder judicial italiano, que goza de autonomía frente al resto de los poderes del Estado. Son célebres sus arengas en contra de los jueces, a quienes jamás logró doblegar. De ellos decía: "Los jueces son golpeadores; los comunistas jamás podrán gobernar. Y por lo que a mí se refiere, no puedo ser juzgado por jueces 'que han ganado un concurso' porque 'yo respondo solo al pueblo que me ha elegido'".[30] Sus violentas confrontaciones con la prensa crítica, dentro y fuera de Italia, son similares a las de Trump, pero también a las de López Obrador en México, donde este último no deja semana sin que arremeta contra algún periodista, analista o intelectual, a quienes acusa, entre otras cosas, de corruptos y alcahuetes. Pero el golpeteo es un rasgo compartido con otros populistas, ya que la prensa "también se convierte en diana. El presidente ecuatoriano Rafael Correa calificó a los medios de 'grave enemigo político que hay que derrotar', y el presidente de Turquía, Recep Tayyip Erdogan, culpó a los periodistas de propagar el 'terrorismo'".[31]

Hoy, el momento político en el que surgió Berlusconi parece lejano, cuando en 1994 il Cavaliere llegó al poder por primera vez. En ese entonces, incluso alguien se atrevió a insinuar que su ascenso significaba el primer caso de un golpe de Estado mediático, en el sentido de haber sido

organizado por el uso discrecional de la maquinaria de la comunicación y no con los fusiles.[32] Además, todo parecía indicar que con él asistíamos a la inauguración de un modelo nuevo de comunicación política en los años noventa, que después hizo escuela y fue seguido en muchas partes del mundo.

Ahora bien, una de las causas de su salto a la política fue el fenómeno de manos limpias (*mani pulite*). El combate frontal a la corrupción aparece en la historia reciente de Italia como el tercer gran episodio en el que estuvieron involucradas las instancias judiciales, que, entre los años setenta y ochenta, ya habían sido desafiadas por el fenómeno del terrorismo, tanto de izquierda como de derecha, y luego por la mafia (Cosa Nostra), que cobró la vida, entre otros, del juez antimafia Giovanni Falcone y la de su sucesor Paolo Borsellino en 1992. Tres fenómenos históricos que exigieron una participación comprometida y determinante por parte del Poder Judicial italiano, pues los tres episodios representaban "situaciones de emergencia que otras instituciones [del Estado] no estaban en grado de poder normalizar".[33]

Esta secuencia puso en jaque la estabilidad de la Primera República italiana, fundada inmediatamente después de la caída del fascismo. Ahora bien, con *mani pulite*, el Poder Judicial procesó a más de 500 políticos, así como alrededor de 2 000 miembros de la élite política que permanecieron bajo indagación penal. El efecto fue la desestructuración del sistema de partidos prevaleciente, al sacar a la luz un sistema de corrupción a alta velocidad gestado en el interior del régimen democrático italiano de la posguerra, y dentro del cual sus principales partidos, la Democrazia Cristiana y el Partito Socialista Italiano, no estuvieron libres de culpas. De hecho, es conocido el destino que tuvo un personaje como Bettino Craxi, líder histórico de los socialistas italianos y dos veces primer ministro entre 1983 y 1987, además de figura cercana a Berlusconi en los años ochenta, previo al escándalo de *mani pulite*, quien fue señalado como uno de los principales arquitectos del sistema de corrupción. En el interrogatorio público que llevó a cabo en 1992 Antonio di Pietro, el diseñador de *mani pulite*,[34] sobre el financiamiento ilegal a los partidos políticos italianos, y

particularmente a su partido, el ex primer ministro Bettino Craxi declaraba sin reservas:

—Yo siempre estuve al tanto de la naturaleza no regular del financiamiento a los partidos y a mi partido, lo comencé a entender cuando llevaban los pantalones holgados […]. En Italia el sistema de financiamiento a los partidos y a la actividad política en general contiene irregularidades e ilegalidades, yo creo que a partir del comienzo de la historia republicana. Este es un capítulo que podemos definir oscuro, de la historia de la democracia republicana, pero desde décadas, el sistema político tenía una parte, no todo, una parte, de su financiamiento que era de naturaleza irregular o ilegal. No lo veía quien no lo quería ver. No era consciente solo quien volteaba la cabeza a otra parte.

Di Pietro pregunta:

—¿Usted era consciente o hacía como que no veía?

Craxi responde:

—No lo veía quien no quería verlo. Imagine usted, los partidos iban al Parlamento a presentar sus estados financieros, que eran sistemáticamente falsificados, todos lo sabían, incluidos aquellos que debían ejercer funciones de control, nominados por el presidente de la Cámara…[35]

El cambio político que representa *mani pulite* permitió, por su parte, el nacimiento de la Segunda República parlamentaria italiana, así como el ascenso de Silvio Berlusconi, la fundación de su partido, Forza Italia, y el de Umberto Bossi, aliado del primero en los lustros sucesivos con un partido populista de derecha radical. Cabe destacar que la corrupción deviene la punta del iceberg de las formas degenerativas de la democracia, en este caso la italiana, y que al momento histórico de decadencia que determina el umbral de un antes y un después de lo que algunos autores llaman "la crisis de la política de mediación" tradicional,[36] mezclará, con el ascenso de Berlusconi y sus secuaces, un coctel de diletantismo, en este caso interpretable como la fase inferior del cualquierismo, la incorrección verbal que hace suyo el léxico cotidiano, un fuerte sentido de pertenencia territorial a baja escala y dos atributos clarísimos que en Berlusconi fueron llevados al extremo. El primero, el de "político mánager", que introduce un

know-how que abreva del mundo de los negocios (el binomio eficiencia y maximización sin tregua son características que comparten con los gobiernos tecnocráticos) frente al "descrédito de los partidos que habían gobernado el país". El segundo, el de líder carismático, coronado en este caso con su eterna sonrisa de hombre de negocios en plenitud.[37] Del primer componente, aparece la recurrencia a la sociedad civil, que es llamada cuando la política tradicional está en fase de descomposición, en oposición al Estado y sus instituciones, incluidos los partidos políticos. Del segundo, un oxímoron en cuanto a la necesidad de introducir en la arena política una representación directa, cara a cara, horizontal, sin mediaciones. Berlusconi se vende como un personaje que "jamás se había ocupado de política en su vida", y este guiño "deviene un título meritorio y, en el caso de personalidades conocidas para el gran público, es un potencial requisito para aspirar a desarrollar un rol de primer plano en esa renovación que todos desean". Más aún, es el primer paso para ir al encuentro de la "espera de la palingenesia".[38]

El berlusconismo fue la puerta de entrada al nuevo populismo en la península, basado en un conjunto de expresiones sociales que hoy simplemente han sido llevadas a su paroxismo. El filósofo Mario Perniola, un crítico severo de Berlusconi, sostenía que en él la potencia al mismo tiempo creativa y destructora del movimiento estudiantil del 68 adoptaba su forma más acabada, en la medida en que Berlusconi es una expresión concisa de la agudización del

> fin del trabajo y de la familia, desescolarización, destrucción de la universidad, desreglamentación de la sexualidad, contracultura, descrédito de las competencias médicas y caída de las estructuras sanitarias, hostilidad en las confrontaciones de las instituciones judiciales consideradas como represivas, vitalismo juvenil, triunfo de la comunicación masiva, olvido de la historia y presentismo espontáneo, todo eso se ha vuelto una realidad. Con Berlusconi se cierra un periodo histórico iniciado en los años sesenta, donde las bases lógicas del pensamiento y del actuar fueron sustituidas por un sentir colectivo manipulado y delirante, lunático y extravagante.[39]

EL POPULISMO POP

El inicio del ocaso político del magnate coincidirá en parte con la crisis financiera global de 2008, cuando Berlusconi inicia su tercera aventura como primer ministro italiano que culmina en 2011. A ello, hay que sumarle los escándalos maritales en los que se vio envuelto y que eran un síntoma claro de su decadente senilidad, en la que debemos incluir su perversa vida sexual, donde las cirugías plásticas y el bótox ya cobraban su respectiva factura. Asimismo, la situación política de la península había cambiado significativamente: Berlusconi y sus aliados estaban frente a un electorado que constataba que la "nueva clase política", compuesta por políticos no profesionales, era igual o peor que la vieja clase política del siglo XX, al confirmarse la serie de negocios personales que habían hecho al amparo de la ideología populista de derecha en la que estaban escudados.[40] Esto permitió el nacimiento de otros tipos de liderazgo populista, y que probablemente actúan como sucedáneos del berlusconismo. El caso que destaca por la parafernalia de los medios utilizados y por el éxito que ha alcanzado en la política italiana reciente es el Movimento 5 Stelle, encabezado por el cómico italiano Giuseppe Piero Grillo, Beppe Grillo, que en muy poco tiempo se ha colocado como uno de los movimientos populistas más votados desde mediados de la década pasada en Italia, al introducir una agenda política y social atractiva para diversos sectores sociales, sobre todo para las clases medias que miran con desconfianza a los poderosos. Su programa está supeditado a sus cinco estrellas: "agua pública, movilidad sostenible, desarrollo, conectividad, medio ambiente". El éxito de este movimiento-partido radica en que sus seguidores pueden disentir abiertamente con su líder: no aceptan una adhesión sin deliberación al discurso de Grillo, a causa de su forma reticular de organización y su articulación "plebiscitaria", no como sucede con los seguidores ciegos y furiosos de Trump. A pesar de ello, sí se identifican con el tufo antipolítico y *antiestablishment* que está en la base de la retórica del grillismo, particularmente con el *performance* que desarrolla sobre el escenario y en internet, en su blog y en su canal de YouTube, una mezcla de virulencia política que atrae a muchos, con un rastro de "predicación", lo que le ha valido que sea nombrado un "Savonarola posmoderno".[41]

En uno de sus comunicados políticos, Grillo sostiene:

> El Movimento 5 Stelle tiene un programa, pero el M5E no es solo su programa. El M5E desea el derribamiento de la política, de la pirámide, el asalto a los hornos de la información autogestionada por el poder, la centralidad del ciudadano en CADA decisión que le afecte, la separación entre capitalismo y representación democrática, un tope a los bienes personales, leyes populares discutidas en forma preferencial frente a las leyes propuestas por el Parlamento, referendos espontáneos y propositivos sin cuórum a nivel municipal, regional, estatal. En otros términos, el M5E quiere la incorporación del ciudadano en la política activa, evento que jamás ha pasado hasta el día de hoy. La democracia del hombre de masas es el pasado, la democracia donde todos cuentan uno es el futuro. La transparencia de cada acción pública, y que permite la red, la responsabilidad individual, la política como servicio civil desde hace tiempo son la base y el presupuesto para evitar las incrustaciones del poder, las camarillas, los líderes vitalicios que ocupan la cosa pública como las garrapatas.[42]

En el grillismo, el pueblo y los ciudadanos son Uno, el objetivo de su movilización es derribar el poder. Por ello mismo su estrategia es "tanto política como moral: de un lado, es la Plaza la que enfrenta al Palacio, del otro, la virtud actúa como contraparte del vicio".[43] Ahora bien, Berlusconi y Grillo comparten una fuerte personalización centrada en el ego político que trabaja incansablemente en la rutinización de la negación de la política —en este caso de aquella democrática representativa— a través de un "mecanismo de desintermediación", soportado en la comunicación directa con los sectores sociales subsumidos bajo el "pueblo-ciudadanos", quienes son el "destinatario [no el actor principal de la escenificación] de un estilo comunicativo popular (o mejor aún, 'pop', como la música)".[44]

El pueblo-espectáculo es un pretexto en la dinámica de la improvisación en cuanto síntoma de nuestra época, ya que se aleja cada vez más del principio histórico que es aclamado por los populistas, el de ser la "base" de la soberanía política de la democracia. Como sea, Berlusconi es el antecedente inmediato del ascenso de la improvisación y la negación de la política que corona Trump, a pesar de que esta fotografía puede funcionar para otro amigo de Berlusconi y Trump, el ruso Vladimir Putin. Para el filósofo norteamericano, Aaron James, Trump comparte con Berlusconi y Putin una tendencia clara:

> La ascensión de Trump encaja con tendencias más amplias en una globalización del sálvese quien pueda que ha alzado a posiciones de relieve a diversos dirigentes populistas en toda Europa, impulsados por la nostalgia nacionalista, las reivindicaciones de clase y la inseguridad económica. Las comparaciones fáciles que se le han hecho con Hitler o Mussolini me parecen exageradas: Trump carece de una ideología sólida, por más que lo acerquen a ellos su personalidad arrolladora y sus tendencias autoritarias. Sin embargo, hablando de Italia, sí guarda una similitud notable con el burdo magnate de los medios de comunicación de masas y antiguo primer ministro Silvio Berlusconi, con quien comparte la actitud jactanciosa, el protagonismo de las cuestiones relativas a su cabello y lo voluptuoso de los lúbricos programas televisivos del italiano y los concursos de Miss Universo de Trump (si bien este último, cuando menos, no se ha rebajado al "bunga bunga" ni a la prostitución de menores, aunque sí dijo de su hija: "Vaya si es impresionante; toda una belleza. Si no fuera porque estoy felizmente casado y, en fin, porque soy su padre…"). Tal vez Putin se le parezca aún más en cuanto maestro en el arte de presentarse con distintas caras y en el de sacar partido de las poses de tipo duro y el resentimiento de la clase obrera. Con todo, el de Trump es un fenómeno nuevo que encaja a la perfección en una era de entretenimiento en la red y de verdadera confusión respecto de lo que tiene de virtual la realidad. No habría tenido éxito en los tiempos en los que los medios transmitían un mensaje distinto y el público se centraba en anhelos espirituales más intensos o reclamaba una política más enjundiosa.[45]

Trump, Berlusconi y Putin son fanáticos de la improvisación mediática y de la negación de la política. Sus expresiones cierran el ciclo de ascenso de la democracia como tiempo largo y como horizonte de posibilidades que produjeron los experimentos con ella en el siglo pasado. Abren asimismo un ciclo nuevo, caracterizado por un tiempo breve, y por una creciente institucionalización "anarquizante" del poder personal que ostentan. Para no ir más lejos, la presencia de los tres personajes es una síntesis bien lograda de un momento posdemocrático,[46] entendiendo con ello un movimiento de declinación que viene después de un ciclo de democracia fuerte y extensamente consolidada, a pesar de que, en el caso de Rusia, sus credenciales democráticas sean más que dudosas. Pero los tres —y sin duda podría incluir a Grillo— cubren el doble espejo de la temporalidad democrática de hoy, en la que "Los tiempos de la democracia aparecen […] demasiado inmediatos para una preocupación de largo plazo, [pero] demasiado lentos para la gestión de lo urgente".[47]

VII
¿Para qué necesitamos la Política?

VIVIR EN DOS TIEMPOS

En 1956, Gino Germani escribe un ensayo que lleva el título de "La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo", donde sostiene en el primer parágrafo, subtitulado "La crisis contemporánea y sus aspectos políticos", lo siguiente:

> … hay una crisis de nuestro tiempo. Una crisis total que se extiende a todos los aspectos de la vida, en el orden personal y en el colectivo. Muy poco cabría agregar a esta rotunda afirmación, un lugar común que ya nadie discute. La discrepancia empieza en cuanto se trata de asignarle un significado. […] sin entrar en polémicas, digamos ante todo que, desde el punto de vista que aquí se sostiene, la palabra *crisis* no debe tomarse necesariamente en sentido pesimista. En síntesis, significa que nos toca vivir en un periodo de cambios rápidos, radicales, en una vertiginosa transformación no solo de las circunstancias que nos rodean, sino de nosotros mismos, de nuestras formas de pensar y sentir. Significa sobre todo que, debido a estos cambios, nos hallamos abocados a gravísimas alternativas y tenemos la clara conciencia de que de nuestra elección dependerá algo más que nuestro futuro inmediato.[1]

Con toda su carga tragicómica, la política de la improvisación que expresan algunos ángulos del populismo tiene poco que ver con el arte de la improvisación propio de la actividad cultural, donde es una regla, no una excepción, para abrir el tiempo a la innovación. La improvisación populista legitima las pifias y la mentira como razón de Estado, y esto tiene su campo fértil con los flujos comunicacionales actuales que saturan la base cognitiva de la sociedad. En cierto modo se ha perdido mucha de la capacidad compartida para la formulación de interrogantes. El presentismo está

determinado por la generación continua y rápida de respuestas, incluso a las preguntas que aún no son formuladas. Parece que caminamos en una dirección contraria a la capacidad de innovación que abrevaba de la conceptualización y la práctica de pensar el mundo, así como paradójicamente contrario es también el uso de las tecnologías, artificiales y sociales, que el presente ofrece para la vida en común, sobre todo para mantener sus riesgos y problemas bajo ciertos límites. Situaciones de este tipo pueden ser definidas como momentos de crisis.

La aceleración del tiempo, más la banalización de la democracia y la disimulación como fuente de legitimidad, son procesos que delinean los marcos de referencia de nuestra época. Lejos de sostener un argumento de tipo posmoderno acerca de las formas de socialidad política recurrentes en el tiempo presente, debemos insistir en el hecho, por lo demás "atroz", que supone no querer voltear la mirada a nuestro pasado intelectual cuando hablamos de populismo. No perdamos de vista que muchas de las ideas seminales que nos han heredado los principales sociólogos y politólogos alrededor del tema siguen vigentes. Nos guste o no, las conozcamos o no, están ahí para proponernos derroteros académicos desde los cuales podemos estudiar con cierta precisión la cuestión. Frente a la inmensa y rica literatura que ha sido publicada en las últimas dos décadas, principalmente en inglés, y en menor medida en otras lenguas, necesitamos hacer un alto en el camino para no dejarnos llevar por el torrente del "novismo" intelectual.

Cuando era canciller de Alemania, Angela Merkel tuvo gran tino al señalar, durante una comentada visita de Estado a la Casa Blanca en 2017, que, dado que no habíamos resuelto los problemas fundamentales en nuestras sociedades, aún necesitábamos la Política. ¿Qué significa esta afirmación? Es posible interpretarla como la necesidad de formular nuevas preguntas para un tiempo político que exige innovación. La vida política de los países democráticos está enfrentada al dilema, cada vez más recurrente, del ascenso de clases políticas que llegan al poder por primera vez, sin saber qué significa, desde un punto de vista histórico y político, el bien común, que no es una mera sustancia; antes bien, es parte del léxico global de la política. Por lo tanto, es una dimensión que tiene raíces institucionales

claras e identificables. Es una forma convencional en el oficio de aquellos que practican el "arte" de la política hoy, aunque está presente acaso desde los comienzos de la política en Occidente.

La aporía de la política democrática de nuestro siglo, puede ser enunciada del siguiente modo: "Todo ocurre como si hubiera al mismo tiempo demasiada y no suficiente política, expresión de una espera y manifestación de un rechazo".[2] En esta imposibilidad, el populismo ha logrado colarse por una rendija del arte de la innovación, ya que la expansión de la vida pública de las democracias contemporáneas permite el nacimiento de nuevos valores y nuevas exigencias, y como sugerimos en los capítulos precedentes, también de nuevos jefes políticos y liderazgos.[3] Estos procesos son necesarios en el desarrollo de la política, incluso inyectan aire fresco al juego democrático, producen dividendos para los nuevos actores de la política, donde las estrategias populistas se vuelven armas electorales y políticas determinantes para conseguir sus fines. Desde este punto de vista, el populismo puede ser interpretado como un fenómeno de innovación política al descentrar el poder de las antiguas élites, y transferirlo a nuevos jefes que, evidentemente, con el pasar del tiempo, terminan por ocupar todo el espacio liberado por las clases políticas tradicionales. No es un fenómeno de gatopardismo. Al contrario, es un fenómeno de recambio del poder, por lo que aquello que se pierde en el eje de la estabilidad y la robustez institucional se gana en la intensificación de la competencia y el dinamismo de la sociedad. Un proceso al mismo tiempo de pérdidas y ganancias.

La lección que nos deja es que en la democracia no es posible pensar en un esquema "ganar-ganar". Quizá esta es la imposibilidad del populismo, ya que su propensión a no respetar las reglas del juego lo vuelve el actor indeseable de la competencia democrática. Pero también está la imposibilidad de la democracia como forma de gobierno, pues el uso de la semántica del pueblo es ineludible en el proceso de formación de los gobiernos democráticos. Por ello, si una tendencia marca el momento presente, es aquella de la cohabitación entre viejos jefes y nuevos liderazgos, que expanden la esfera de su influencia por medio de la creación

de partidos políticos populistas, presente en la parábola del Movimento 5 Stelle italiano, o de coaliciones chovinistas, donde el caso francés llama poderosamente la atención.

La sentencia de la canciller Merkel estaba dirigida a Trump y a su populismo nativista, fundado en un nuevo proteccionismo económico, pero también apuntaba hacia el desafío que importa el fenómeno de la norteamericanización de la democracia a nivel global, en un momento donde las opciones son escasas.

Expresiones como "Es un peligro", "No puede ser presidente", "Lo van a renunciar", "Hay que esperar la respuesta de los otros poderes", etcétera, son moneda corriente de las críticas cotidianas sobre el populismo, aunque importan un núcleo de enemistad que puede generar grandes movilizaciones negativas para la política democrática, como lo ha sido históricamente el primado de la metafísica de la política, representado en la tripleta del nazismo, fascismo y bolchevismo. Es posible sostener que la insurgencia del populismo se explica más por la serie de clivajes políticos que dan estabilidad, al empujar una y otra vez las promesas (ir)realizables de la política en el interior de la democracia, y menos por la constatación de que es un simple elemento transversal "anómalo" de tipo antidemocrático. Esta es una salida facilona y mediocre.

LAS MÁSCARAS DEL PUEBLO

Como se discutió a lo largo de este libro, el populismo es una fuente de movilización y socialización que coloca en su centro político al pueblo como sujeto excluido, y en su campo discursivo al pueblo como abstracción política.[4] Ambas modalidades no dejan de ser los destinatarios de esa carta sin fin que el líder escribe todos los días a la miríada de sujetos excluidos que siempre necesitarán algo, por lo que se inscribe en un momento temporal caracterizado por "complacer en el instante".[5] "La pobreza", asegura Chantal Delsol, "obliga a vivir en el presente. La ignorancia impide

las visiones de conjunto, en el espacio y en el tiempo. Así, el pueblo tiene la tendencia a verlo todo a corto plazo".[6]

Estamos en un escenario político donde crece con mucha fuerza el estallido de la cuestión social. Esta explosión es una combinación de viejas y nuevas modalidades de disrupción, propias del crecimiento económico, que revela su cara contradictoria en el desarrollo antagónico que ha generado, donde las áreas de igualdad y de bienestar, incluso a pesar de la universalización de sus prácticas, no corresponden ya a su mera calculación técnica. Desde este punto de vista, observamos ciclos recientes de protesta en países como Colombia, Chile, México, Nicaragua o Brasil, colocando demandas que rozan los problemas clásicos de las desigualdades, pero además recuperan la exacerbación de la exclusión social y política, el bajo rendimiento tanto de las economías nacionales como de la economía global que no producen lo suficiente para todos, la informalidad, la precarización, la pobreza y la trunca extensión de los canales de participación. Por si fuera poco, tenemos la existencia de nuevas agendas y repertorios de demandas que se concentran en los esfuerzos de visibilización y movilización de recursos como el de los feminismos, las diversidades sexuales, las generaciones de jóvenes fuera del mercado del trabajo, así como la de los ancianos que han terminado por ser los prescindibles de los beneficios, incluidos aquellos sanitarios que abrevaron de la irrupción de la pandemia de covid-19. El populismo da forma a la cuestión social en función de sus fines políticos, que no son únicamente retóricos, sino también performativos y legislativos, ya que siempre miran a su concreción, aquí y ahora, con lo que confirma la pérdida del derecho al futuro, que es una de las grandes querellas de la política en la actualidad.

Estas dos caras coinciden con la declinación, en diversos países, de la autoridad de las instituciones públicas, en primer lugar, las que competen al ámbito de la justicia —completamente colapsadas en países como México —, y que pueden ser orientadas políticamente a través del *lawfare* o del legalismo discriminatorio. Incluso hemos llegado al redimensionamiento del debate sobre el diseño constitucional de las democracias, que por momentos adopta rasgos plesbiscitarios cuando tiene lugar la radicalización

de su dirección participativa. Un problema que ha terminado por tensarse a causa de la forma controversial que expresa el constitucionalismo popular frente al constitucionalismo populista, colocados ambos como dos tipos de respuesta a la exigencia de reconocimiento simbólico —también llamado "poder ritual del débil"— y reconocimiento institucional del pueblo.[7] El constitucionalismo populista tiene que ver más con el principio de "discriminación", sin el cual el populismo no puede sostenerse como gobierno. Es decir, cuando se pone en marcha una específica producción legislativa para responder a la nueva cuestión social también produce un *trade-off*. Esto es, hay una serie de ventajas claras, en términos de legitimación política, que derivan de la incorporación de algunas demandas, aunque siempre será restringida esa inclusión, porque su principio es la discriminación, tanto de las viejas como de las nuevas agendas, y las respuestas terminan por ser los auténticos problemas. Todo desarrollo político o económico, repito, es antagónico, porque la inclusión de poblaciones que previamente estaban excluidas —por ejemplo, bajo el predominio de gobiernos neoliberales— no está exenta de pérdidas, ya que el arte de lo político populista termina dejando fuera a otras poblaciones. En la concepción del mundo, de la política y de la sociedad que enarbolan tanto líderes como partidos populistas, esas poblaciones que quedan fuera antes eran clases con privilegios.

La división hace volcar el eje "arriba-abajo" en un movimiento simbólico de 180 grados, que puede o no coincidir con el binarismo "amigo-enemigo", depende de cada caso particular. Recordemos el discurso de toma de posesión de José Pedro Castillo Terrones, hoy presidente depuesto, en Perú en julio de 2021: "Esta vez, un gobierno del pueblo ha llegado para gobernar con el pueblo y para el pueblo […]. Quiero que sepan que el orgullo y el dolor del Perú profundo corre por mis venas, que yo también soy hijo de este país, fundado sobre el sudor de mis antepasados, erguido sobre la falta de oportunidad de mis padres, y que, a pesar de eso, yo también lo vi resistir […]. Que hoy estoy aquí, para que esta historia no sea más la excepción". Frente a esta *ars rhetorica* que coloca a la *plebs* en el centro de su atención, poco o nada puede hacerse para contrarrestarlo en

el campo de la comunicación política que mira solo "desde arriba". Si atendemos a lo que decía el filósofo John Austin, cuando sostiene que decir algo es siempre hacer algo, la escenificación de Pedro Castillo es perfecta en su contradicción. Aprovechó por partida doble el simbolismo del día de asunción, 28 de julio, que es una fecha que recuerda en 2021 los 200 años de la proclamación de la independencia del Perú, así como la llegada al poder de Castillo. Además, es una escenificación que coloca a los desposeídos en el centro de la política, los corona al llevarlos al Palacio de Gobierno, que irónicamente tiene el nombre de Francisco Pizarro, el conquistador. Por lo demás, Castillo es un político que "salta" de inmediato en los medios de comunicación por su lenguaje de persona "ordinaria", aunado a su condición social y a los modismos que reproduce. Pero ¿cuáles son esos rasgos que han llamado la atención en el contexto interno que lo encumbró en la presidencia de la República peruana y que ha volcado sobre su persona la atención de una gran parte de la región latinoamericana? El propio Castillo acentúa el hecho de que sea un "modesto" campesino, un profesor, "más precisamente un maestro rural", dice, que rompe el cerco que la política "tradicional" había impuesto a las clases sin poder y, al mismo tiempo, introduce un elemento que llama la atención en la política democrática del siglo XXI, donde está teniendo lugar un desplazamiento social profundo respecto a las maneras de comprenderla y practicarla, explicitando que cualquier persona, un profesor rural o un "simple campesino", puede y quizá debe tener la oportunidad de gobernar su país. Este último rasgo, por su parte, confirma el asalto de los profesores, rurales o universitarios, al poder, ya que, bajo la forma de la descolonización, están definiendo la nueva forma que la política adoptará en la región latinoamericana en estos años. Esto sucedió con Correa en Ecuador; el segundo al mando en Bolivia, García Linera; hoy con Fernández en Argentina y AMLO en México. Y aunque este último no sea profesor, se coloca como el máximo pensador de su movimiento, al responder puntualmente cada mañana a sus críticos desde la tribuna personal de las mañaneras.[8]

EL PODER RITUAL DEL DÉBIL

Una existencia llena de humillaciones y precariedades tiene mucho menos interés en calcular los riesgos inherentes a la decisión de votar por un candidato populista porque su vida está menos "acoplada" a los valores y las prácticas dominantes del momento histórico donde aparece. Sus códigos son disonantes respecto a los de la eficiencia, la racionalidad instrumental, el éxito, la competencia individual (como el "echeleganismo mexicano"). Así pues, quizá se pueda decir que el populismo "aparentemente" pretende resolver lo que el neoliberalismo dejó pendiente, al colocar en el centro de la política a las clases sin poder. Su éxito como maquinaria electoral y, en general, como partido y relación simbiótica entre pueblo y líder depende mucho de la consolidación de este momento.

En suma, esta es la nueva cuestión social que, como se ve, está cruzándose en su camino con una serie de transformaciones recientes de la política. Más aún, subrayo, en una época de capitalismo orientado políticamente. Este aspecto no es gratuito, porque permite la operación de poner el fenómeno del populismo en relación con el neoliberalismo, del cual es su efecto, pero también su soporte. La cuestión social fue un fenómeno que permitió el desarrollo de la democratización en el siglo XIX, es decir, la expansión de los canales de participación e inclusión (pensemos en la larga y complicada historia de la universalización del sufragio), y que aparece con el fenómeno de la "igualación", que ya Claude Lefort había señalado como la más clara muestra del carácter paradojal y contingente del orden político democrático, ya que "si los hombres son, de hecho, cada vez más semejantes, se inclinan más a la producción de los signos de su disimilitud".[9] El populismo quiere colmar ese vacío, que hoy es identificado con la exclusión, que aparece como una forma de innovación. No es un problema de política social o sectorial. Con ello, termina por jugar un rol de carburante precisamente del populismo. Entonces, esa fractura biopolítica que intuye Agamben a partir del uso de la idea de pueblo, y que discutimos en capítulos previos, podría llevarnos a decir que el populismo ha hecho suya la bandera de cohesionar la atomización de las prácticas del poder

(cómo se llega al vértice) y del contrapoder (cómo se contesta el vértice). En este sentido, con mucha probabilidad tendremos que comenzar a pensar la política desde una perspectiva pospolítica, así como la democracia ha sido pensada desde un punto de vista posdemocrático.

El nuevo lugar que ocupan las clases sin poder en el escenario del populismo actual puede ser entendido mejor si lo enfocamos a partir de la discusión sobre el poder ritual del débil. Como parte de esa "reactivación política", en algunas vertientes el populismo es un efectivo despresurizador de los conflictos sociales. Si bien profundiza algunos clivajes donde el conflicto escala, también es la nueva escuela de socialización y conversión política.[10] Cuando hablaba de un giro de 180 grados, en el eje "arriba-abajo", me refería a la activación de ese poder ritual del débil.

Para Alessandro Pizzorno, el poder ritual del débil reclama la atención a la dimensión simbólica de la política. Cito en extenso:

> La necesidad de la presencia de componentes de la colectividad sin poder, en el acto donde el poder recibe reconocimiento y se vuelve "autoridad", ha sido llamada, con una fórmula sintética, el poder ritual del débil. Este puede tomar la forma del derribamiento del estatus (el subalterno se eleva a predominante), de humillación ritual del poderoso (como en la fórmula *servus servorum dei* en la consagración del papa), de compromisos para servir al débil (como en la vela del caballero medieval) o de otras técnicas parecidas que castiguen al poderoso […]. De este extraño poder acordado con las clases sin poder de la sociedad, o por sus representantes, a través del proceso ritual durante el cual el poder es instituido, se pueden dar dos interpretaciones. Una es la "interpretación estructural" de naturaleza maquiavélica por la cual el poder ritual del débil es visto como poco más que una mistificación. Con más precisión, como una astuta técnica de control social que le facilita al poderoso el gobierno de la sociedad. Por su misma temporalidad, las fases en las cuales los poderosos son humillados, los estatus derribados, a los que no tienen poder *se les da la experiencia de la autoridad*, representan puros desfogues, estados ilusorios desde los cuales las clases subordinadas regresan mucho más tolerantes y sumisas a la vida productiva de todos los días. Cuando es creado un complejo aparato para representar a los que no tienen poder, los representantes se unen a los verdaderos poderosos para compartir los beneficios del poder. De este modo la ilusión es perfecta […]. La interpretación alterna puede ser llamada "comunitaria". En la base del poder ritual del débil está la necesidad de la comunidad de verificar periódicamente su unidad. *La presencia de aquellos que no tienen poder en el proceso de formación del poder es la garantía de la identidad colectiva*. En este proceso, las clases débiles y las fuertes se conjugan en una suerte de unión mística. Esta unión no es solo momentánea o ilusoria. Más allá de la garantía de unidad, las clases sin poder poseen algo de relevancia para dar a los poderosos. Estando sin poder y sin éxito, viven en una particular tensión hacia el futuro,

> donde se podría realizar una suerte de redención que llevaría a término su miseria y sujeción. Las clases que ya tienen poder y éxito están menos dispuestas a formas de tensión hacia el futuro. Pero la colectividad en su conjunto puede tener la necesidad, de este modo, de la particular contribución que en esta dirección están en grado de otorgar las clases inferiores o sus representantes.[11]

Las clases sin poder que, en la obstinación normativa del siglo XIX, fueron llamadas despectivamente "clases peligrosas" son un conjunto heterogéneo de agrupaciones definidas por la condición económica e ideológica en la base del eje "arriba-abajo". Delante de la constante tecnificación de la política en la democracia, así como frente a la colonización de diversas élites políticas, empresariales, intelectuales y sociales, del campo de conjunción de lo público democrático y, por si fuera poco, frente a una realidad económica que en muchos casos está orientada políticamente, el populismo es un estilo político que permite que el débil *roce* el ejercicio del poder.

La exigencia de visibilización del ciudadano que está en una posición de inferioridad frente a los ojos del superior, del estudiante frente al maestro, de la esposa frente al marido, del gobernado frente al gobernante, de lo femenino frente a lo masculino, etcétera, funda una distancia irreversible desde "lo impolítico" que constituye la *stásis* democrática; además, devienen nuevas maneras de socialización política de la diferencia. Esta posibilidad es uno de los ejes sobre los que gravita el populismo, ya que la forma de un nuevo espacio de reconocimiento que empuja al cambio de la identidad pone en predicamento el pasado de cada sujeto, incluso acepta una conversión plena y total de su identidad, y menos una confirmación de ella.[12]

Es un espectáculo de mutación antropológica profunda, rompe el vínculo con el tiempo extenso, coloca las nuevas formas de vida en una constante aceleración de sus deseos. Somos testigos de una suerte de descentramiento y, al mismo tiempo, un incremento del policentrismo en las lógicas del poder en la democracia, consecuencia de la dispersión y excitación de sus potencialidades, confirmando el carácter tumultuario del poder democrático, que, por su parte, ha permitido la reproducción del

populismo dentro de sus coordenadas. De este modo, para entender lo que está pasando con el populismo, en cuanto lugar privilegiado para observar las continuidades y cambios de las lógicas del poder de nuestros días, necesitaríamos comenzar desde una perspectiva posfoucaultiana sobre el poder. Esta es una necesidad urgente, ya que de otro modo no lograremos la comprensión de la institución de las dinámicas tanto soberanistas como postsoberanistas del populismo y de la función que están cumpliendo en el interior de la democracia. Argüir simplemente, como hacen muchos comentaristas, entre los que se incluyen académicos e intelectuales, que el populismo, "venga de donde venga", es un fenómeno negativo, sin mostrar más allá del ruido comunicativo en qué consiste esa negatividad, es *naïf* o perverso.

El populismo se constituye a través de la celebración inmediata de los dos extremos que lo soportan, la abstracción y la exclusión simultánea del pueblo, interpretables como dos maneras de volver un referente "tangible" para el pueblo. Por ello, es una caja de resonancia, un "altavoz" como dice Beppe Grillo, en ciertos periodos de cambio marcados por un discreto o mediocre rendimiento de las instituciones de gobierno, sobre todo en relación con la ficción de que el tiempo se abrirá a una nueva forma política donde la sociedad terminará por densificarse con otras tesituras. Al respecto, Delsol dice: "… hay que comprender que los populismos contemporáneos aparecen justamente en los déficits de la democracia. *Obtienen su éxito a la medida de la decepción*: la democracia ha prometido mucho, su nombre en sí representa una esperanza, pero a menudo no consigue honrar sus promesas".[13]

Si es posible sostener que necesitamos la Política como la habíamos conocido hasta hace poco tiempo, esto es verdad a condición de cambiar el cabotaje desde el cual se pueda recomenzar a pensar nuestro presente democrático. Y aquí quizá sea necesario un regreso a una suerte de teoría humoral de la política. Para ello, es oportuno regresar a Maquiavelo. Recordemos que para el florentino las dislocaciones temporales juegan un papel crucial en la composición de la comunidad política. Inmersas en la lógica de los tumultos que discute en los *Discursos*, la política nuclea una

pretensión de orden irreconciliable y, por ende, constata el rasgo divisivo de lo político. Dice el florentino:

> Creo que los que condenan los tumultos entre los nobles y la plebe atacan lo que fue la causa principal de la libertad en Roma, se fijan más en los ruidos y gritos que nacían de estos tumultos que en los buenos efectos que produjeron, y consideran que en toda república hay dos espíritus contrapuestos: el de los grandes y el del pueblo, y todas las leyes que se hacen en pro de la libertad nacen de la desunión entre ambos, como se puede ver fácilmente por lo ocurrido en Roma, pues de los Tarquinos a los Gracos transcurrieron más de trescientos años y, en ese tiempo, las disensiones de Roma raras veces comportaron el exilio, y menos aún la pena capital. Por tanto, no podemos juzgar nocivos esos tumultos, ni considerar dividida una república que, en tanto tiempo, no mandó al exilio, como consecuencia de sus luchas internas, más que a ocho o diez ciudadanos, ejecutó a poquísimos y ni siquiera multó a muchos.[14]

Para Maquiavelo, el inicio de una nueva temporalidad está determinado por la revelación metapolítica que tiene lugar en los campos de historicidad que el tiempo constituye. Si el tiempo es discontinuo a causa de la aceleración y la ansiedad de la época, es por el rasgo asimétrico constitutivo entre el humor del pueblo y el humor de los grandes, diferencia que es incolmable e irrepresentable, pero al mismo tiempo esa brecha permite el nacimiento de la libertad y la proximidad, entendida esta última como vida en común.

Un regreso a una teoría política humoral tendría que detenerse en el estudio del fenómeno del peligro que reviste la expansión de los miedos, los enojos, el resentimiento, donde se inscribe la lógica del populismo en la sociedad democrática. Esta es una tarea pendiente en el campo de la teoría política. Quizá se encuentren destellos en las obras de algunos pensadores clásicos, cuando observan el papel que juega el miedo y la discordia (además de Maquiavelo, Thomas Hobbes) en la organización de los asuntos humanos. Para ellos, el peligro aparece como uno de los elementos constitutivos en la formación del orden. Es necesaria una teoría política que debata el lugar que ocupa el peligro en el interior de nuestra sociedad, problematizando, entre otras tantas preocupaciones, las siguientes interrogantes: ¿frente a qué acontecimiento nos sentimos en peligro? ¿Qué causas generan precisamente el desasosiego cotidiano? ¿Las expresiones

del miedo son una respuesta al peligro? ¿Cómo es posible la reducción de la incertidumbre a causa de esa sensación invisible pero también visible del peligro? ¿Cuál es el impacto del miedo en las formaciones identitarias de las comunidades democráticas? ¿Qué formas institucionales, sociales y cognitivas tienen estas para despresurizar ese fenómeno latente?

De nueva cuenta, el problema radica en las concepciones sobre el tiempo y las maneras en cómo se despliega a lo largo de la sociedad. En particular, al cuestionarnos qué resta de ella en las formas políticas de nuestros días, que fueron heredadas del siglo XX, y en las que seguimos parados dentro de un mundo que simplemente ya no es. Recientemente Giorgio Agamben ha dicho: "Nuestro tiempo impolítico no quiere ver su propio rostro, lo mantiene a distancia, lo enmascara y cubre. No debe haber más rostros, sino solo números y cifras. Incluso el tirano está sin rostro".[15] El populismo es la comedia política principal del siglo XXI, en la medida en que pretende no ver el rostro sin forma del fracaso de la concreción social de la democracia. Al contrario, ha terminado por desfigurar sus restos, por los que camina con orgullo y convicción.

Notas

Introducción

[1] Leonardo Morlino y Francesco Raniolo, "Neopopulismo y calidad de la democracia", *Estancias. Revista de Investigación en Derecho y Ciencias Sociales*, año 1, núm. 1, julio-diciembre de 2021, pp. 37-41.

[2] Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, *Populismo. Una breve introducción*, Madrid, Alianza, 2019.

[3] Jan-Werner Müller, *¿Qué es el populismo?*, Ciudad de México, Grano de Sal, 2017, pp. 62-63.

[4] *Idem*.

[5] Peter Worsley, "El concepto de populismo", en Ghita Ionescu y Ernest Gellner (comps.), *Populismo. Sus significados y características nacionales*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970, p. 303.

[6] Luigi Ferrajoli, "Democracia y miedo", en Michelangelo Bovero y Valentina Pazé (eds.), *La democracia en nueve lecciones*, Madrid, Trotta, 2014, pp. 100 y ss.

[7] François Hartog, *Regímenes de historicidad*, México, UIA, 2007.

[8] Morlino y Raniolo, *op. cit*.

[9] En este sentido, sigue siendo útil la conferencia que pronunciara Weber hace un siglo, donde desarrolla un diagnóstico puntual sobre el fenómeno del caudillaje vinculado con la política de masas en el laboratorio político de los primeros decenios del siglo pasado en Europa. *Vid*. Max Weber, *El político y el científico*, Madrid, Alianza, 1986, pp. 81-179.

I. LA IDEOLOGÍA Y EL PORVENIR DE LA DISIMULACIÓN

[1] Ernesto Zedillo, "Anatomía rápida del populismo", *Este País*, núm. 319, noviembre de 2017, pp. 6-11.

[2] "Idéologie", *Dictionnaire de l'Académie française*, tomo 2, París, Académie française, 1835, p. 3. Disponible en https://www.dictionnaire-academie.fr/article/A6I0037.

[3] "Idéologie", *Dictionnaire de l'Académie française*, tomo 2, París, Académie française, 1878, p. 3. Disponible en https://www.dictionnaire-academie.fr/article/A7I0046.

[4] "Idéologie", *Dictionnaire de l'Académie française*, tomo 2, París, Académie française, 1935, p. 33. Disponible en https://www.dictionnaire-academie.fr/article/A8I0044?history=0.

[5] "Idéologie", *Dictionnaire de l'Académie française*, París, Académie française, 2019. Disponible en https://www.dictionnaire-academie.fr/article/A9I0063.

[6] Pierre Demeulenaere, "Idéologie", en Philippe Raynaud y Stéphan Rials (eds.), *Dictionnaire de philosophie politique*, París, PUF, 1996, 2005, p. 339.

[7] Antoine Destutt de Tracy, *Mémoire sur la faculté de penser et autres textes 1798-1802*, París, Librairie Arthème Fayard, 2012, p. 71. Disponibleen http://www.mugeco.com/corpus/#destutt-penser-metaphysique-kant.

[8] *Ibid.*, p. 72.

[9] Dominique Colas, "Ideology", en Bertrand Badie, Dirk Berg-Schlosser y Leonardo Morlino (eds.), *International Encyclopedia of Political Science*, vol. 4, Thousand Oaks, Cal., Sage/IPSA, 2011, pp. 1143-1146; Gregory Elliot, "Ideología", en M. Payne (comp.), *Diccionario de teoría crítica y estudios culturales*, Buenos Aires, Paidós, 2006, pp. 393-398; y Demeulenaere, *op. cit.*, pp. 339-343.

[10] Mario Stoppino, "Ideología", en Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino (eds.), *Diccionario de política*, Ciudad de México, Siglo XXI Editores, 1991, p. 755 y ss. Siguen los mismos pasos de esta concepción radial Donald Gunn MacRae, "Ideology", en Vernon Bogdanor (ed.), *The Blackwell Encyclopaedia of Political Science*, Londres, Blackwell, 1991, pp. 278-279; y Demeulenaere, *op. cit.*, pp. 339-343.

[11] Joaquín García Carrasco, "Reflexiones histórico-pedagógicas ante los 'Eléments d'idéologie' de Destutt de Tracy", *Historia de la Educación*, núm. 1, 1982, p. 221.

[12] Claude Lefort, "El nacimiento de la ideología y el humanismo", en *Las formas de la historia. Ensayos de antropología política*, Ciudad de México, FCE, 1988, pp. 199-235.

[13] Colas, *op. cit*., p. 1143.

[14] García Carrasco, *op. cit*., p. 221.

[15] Lefort, *op. cit*., p. 200.

[16] John Austin, *Cómo hacer cosas con las palabras*, Ciudad de México, Paidós, 2018.

[17] Lefort, *op. cit*., p. 204.

[18] Quentin Skinner, *El artista y la filosofía política. El Buen Gobierno de Ambrogio Lorenzetti*, Madrid, Trotta, 2009, p. 102.

[19] *Idem*.

[20] Georges Duby, *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Barcelona, Ediciones Pretel, 1980, p. 21.

[21] *Ibid.*, p. 17.

[22] Déclaration des Droits de l'Homme et du Citoyen de 1789, Conseil Constitutionnel. Disponible en https://www.conseil-constitutionnel.fr/le-bloc-de-constitutionnalite/declaration-des-droits-de-l-homme-et-du-citoyen-de-1789.

[23] Texte intégral de la Constitution du 4 octobre 1958 en vigueur, Conseil Constitutionnel. Disponible en https://www.conseil-constitutionnel.fr/le-bloc-de-constitutionnalite/texte-integral-de-la-constitution-du-4-octobre-1958-en-vigueur.

[24] Pietro Costa, "Derechos y democracia", *Andamios. Revista de investigación social*, vol. 9, núm. 18, enero-abril de 2012, pp. 163-216.

[25] Alessandro Pizzorno, "Las raíces de la política absoluta", *Metapolítica*, vol. 17, núm. 81, 2013, pp. 70-89.

[26] Lefort, *op. cit*., p. 219.

[27] Elliot, *op. cit*., p. 393.

[28] Chantal Delsol, *Populismos. Una defensa de lo indefendible*, Ciudad de México, Ariel, 2016, p. 11.

[29] Elliot, *op. cit*., p. 394.

[30] García Carrasco, *op. cit*., p. 219.

[31] Maurizio Ricciardi, "Tiempo, orden, poder. Sobre algunos presupuestos conceptuales del programa neoliberal", *Metapolítica*, vol. 23, núm. 105, 2019, pp. 24-35.

[32] Alan Wolfe, "The Reification of the State", en *The Limits of Legitimacy. Political Contradictions of Contemporary Capitalism*, Nueva York, Free Press, 1980, pp. 257-321.

[33] *Ibid.*, p. 274.

[34] Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana*, Barcelona, Grijalbo, 1974, pp. 25-26.

[35] Eugenio Trías, *Teoría de las ideologías*, Barcelona, Península, 1970, pp. 19 y 113.

[36] Colas, *op. cit*., p. 1143.

[37] Marx y Engels, *op. cit*., p. 26.

[38] *Idem*.

[39] Colas, *op. cit*., p. 1143.

[40] Chantal Mouffe, *For a Left Populism*, Londres, Verso, 2019.

[41] *Ibid.*, p. 5.

[42] Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, Nueva York, Free Press, 2006.

[43] *Cf*. Daniel Bell, *The End of Ideology. On the Exhaustion of Political Ideas in the Fifties*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1988.

[44] Alessandro Pizzorno, *Il velo della diversità. Studi su razionalità e riconoscimento*, Milán, Feltrinelli, 2007, pp. 109-197.

[45] Franco Venturi, *Il populismo ruso*, Turín, Einaudi, 1972, p. CXV.

[46] *Ibid.*, p. CXVI.

[47] Rosanvallon advierte lo problemático de establecer este vínculo entre socialismo y populismo. *Vid*. Pierre Rosanvallon, *Le siècle du populisme. Histoire, théorie, critique*, París, Seuil, 2020, p. 253.

[48] Roberto García Jurado, "Sobre el concepto de populismo", *Estudios*, vol. X, núm. 103, invierno de 2012, p. 12.

[49] Venturi, *op. cit*. En particular, *vid*. la extensa introducción que escribe Venturi para la segunda edición de su obra, pp. VII-CXII.

[50] José Fernández Santillán, "Hacia una teoría del populismo", *Estancias. Revista de Investigación en Derecho y Ciencias Sociales*, año 1, núm. 2, 2021, pp. 118-119.

[51] Worsley, *op. cit.*, p. 269.

[52] Rosanvallon, *op. cit*., p. 49-50.

[53] "AMLO recibe Bastón de Mando en Zócalo y da a conocer 100 compromisos", *Nmas*, 1 de diciembre de 2018. Disponible en https://www.youtube.com/watch?v=yMOQ7cMKGbI. La referencia se encuentra en el minuto 3:13:35 del video.

[54] Fabrizio Mejía Madrid, *Crónica de la victoria*, Ciudad de México, Temas de Hoy, 2018, p. 83.

[55] Marco Tarchi, *Italia populista. Dal qualunquismo a Beppe Grillo*, Boloña, Il Mulino, 2015, p. 284.

[56] Javier Roiz, *El mundo interno y la política*, Madrid, Plaza & Valdés, 2013, p. 33.

[57] *Idem*.

[58] Lefort, *op. cit*., p. 199.

[59] Norberto Bobbio, *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*, Madrid, Taurus, 1995, pp. 98 y ss.

60 *Cf*. Michel Senellart, *Les arts de gouverner. Du regimen médiéval au concept de gouvernement*, París, Seuil, 1995, pp. 245-278.

61 Nicolás Maquiavelo, *Il principe*, Turín, Einaudi, 2014, p. 127.

62 *Vid*. la nota 45 de Giorgio Inglese al pasaje citado de Maquiavelo, en *idem*.

63 Norberto Bobbio, "La democrazia e il potere invisibile", *Rivista italiana di scienza politica*, año 10, núm. 1, agosto de 1980, p. 181.

II. ¿DE QUÉ HABLAMOS CUANDO USAMOS LA PALABRA "POPULISMO"?

1 Éric Fassin, *Populismo de izquierdas y neoliberalismo*, Barcelona, Herder, 2018, p. 33.

2 Guy Hermet, "Populist Movements", en Bertrand Badie, Dirk Berg-Schlosser y Leonardo Morlino, *International Encyclopedia of Political Science*, vol. 4, Thousand Oaks, Cal., Sage/IPSA, 2011, p. 2075.

3 Delsol, *op. cit*., p. 11.

4 Sobre la politización negativa, *vid*. Pierre Rosanvallon, *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*, Buenos Aires, Manantial, 2007, p. 183.

5 Fassin, *op. cit*., pp. 36-37.

6 Gino Germani, *Política y sociedad en una época en transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1966, pp. 234 y 244.

7 La idea de los signos del tiempo la recupero de Lefort. *Vid*. Claude Lefort, *Ensayos sobre lo político*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1991.

8 Germani, *op. cit*., p. 244.

9 Sigmund Freud, "Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica", en *Obras Completas*, vol. XVII, Buenos Aires, Amorrortu, 2006, pp. 162-163.

10 Germani, *op. cit*., p. 235.

11 Juan Cristóbal Cruz Revueltas, "Hegel y el populismo", *Metapolítica*, año 25, núm. 113, abril-junio de 2021, p. 37.

12 Rosanvallon, *La contrademocracia…*, *op. cit*., pp. 183-184.

13 Morlino y Raniolo, *op. cit*.

14 Delsol, *op. cit*., pp. 17-40.

[15] Mudde y Rovira Kaltwasser, *op. cit*., pp. 38-41.

[16] Tarchi, *op. cit.*, p. 77. Este rasgo es también subrayado, entre otros, por Peter Wiles, "Un síndrome, no una doctrina: algunas tesis elementales sobre el populismo", en Ghita Ionescu y Ernest Gellner (comps.), *Populismo. Sus significados y características nacionales*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970, p. 203; y por Worsley, *op. cit.*, p. 296.

[17] Quien ha insistido sobre el rol instituyente de la *plebs* en la democracia contemporánea es Ernesto Laclau, *La razón populista*, Buenos Aires, FCE, 2006, p. 108 y ss. *Vid*. Sandro Chignola, "I due corpi del popolo", en Marco Baldassari y Diego Melegari (coords.), *Populismo e democrazia radicale. In dialogo con Ernesto Laclau*, Verona, Ombre Corte, 2012, pp. 286-298.

[18] Margaret Canovan, "People", en John S. Dryzek, Bonnie Honig y Anne Phillips (eds.), *The Oxford Handbook of Political Theory*, Norfolk, Oxford University Press, 2006, p. 350.

[19] *Ibid.*, p. 352.

[20] The Unanimous Declaration of the Thirteen United States of America, Washington D. C., Biblioteca del Congreso, 1776. Disponible en https://www.loc.gov/resource/bdsdcc.02101/?sp=2. Las traducciones de los textos constitucionales son de mi autoría.

[21] Constitution of the United States of America, Washington D. C., Biblioteca del Congreso, 1787. Disponible en https://www.loc.gov/resource/bdsdcc.n003001/?st=gallery.

[22] The Bill of Rights, Maryland, National Archives, 1789. Disponible en https://www.archives.gov/founding-docs/bill-of-rights-transcript.

[23] Patrice Gueniffey, "Suffrage", en François Furet y Mona Ozouf (eds.), *Dictionnaire critique de la Révolution française*, París, Flammarion, 1988, p. 614.

[24] Déclaration des Droits de l'Homme et du Citoyen de 1789, *op. cit*.

[25] Gueniffey, *op. cit.*, pp. 614-615.

[26] Déclaration des Droits de l'Homme et du Citoyen de 1789, *op. cit*. Por lo demás, la "nación" es la otra gran ficción jurídico-política que nace con la Revolución francesa. *Vid.* Pierre Nora, "Nation", en François Furet y Mona Ozouf, *Dictionnaire critique de la Révolution française,* París, Flammarion, 1988, p. 803.

[27] Constitution de 1791, París, Conseil Constitutionnel. Disponible en https://www.conseil-constitutionnel.fr/les-constitutions-dans-l-histoire/constitution-de-1791.

[28] Constitution du 24 juin 1793, París, Conseil Constitutionnel. Disponible en https://www.conseil-constitutionnel.fr/les-constitutions-dans-l-histoire/constitution-du-24-juin-1793.

[29] Canovan, *op. cit*., p. 352.

[30] Pierre Rosanvallon, *Por una historia conceptual de lo político*, Buenos Aires, FCE, 2003, pp. 37-39.

[31] Robert Cover, *Derecho, narración y violencia. Poder constructivo y poder destructivo en la interpretación judicial*, Barcelona, Gedisa, 2002, p. 16.

[32] *Idem*.

[33] Giorgio Agamben, "Che cos'è un popolo?", en *Mezzi senza fine. Note sulla politica*, Turín, Bollati Boringhieri, 2005, p. 30.

[34] *Ibid.*, p. 31. Las cursivas son del autor.

[35] *Ibid.*, p. 32.

[36] Jacques Rancière, "La extrema derecha está volviendo a ser exitosa en su evocación de símbolos identitarios muy primitivos", entrevista realizada por Federico Galende, *The Clinic*, 4 de diciembre de 2016. Disponible en http://www.theclinic.cl/2016/12/04/jacques-ranciere-la-extrema-derecha-esta-volviendo-a-ser-exitosa-en-su-evocacion-de-simbolos-identitarios-muy-primitivos/.

[37] Germani, *op. cit*., pp. 239 y 244. Más adelante, Germani aclara que entiende *erzatz* como "satisfacciones sustitutas" (p. 245).

[38] Canovan, *op. cit*., p. 349.

[39] *Idem*.

[40] Germani, *op. cit*., p. 248.

[41] Ghita Ionescu y Ernest Gellner (comps.), *Populismo. Sus significados y características nacionales*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970, pp. 7-8.

[42] Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto del partido comunista*, en *Obras escogidas*, vol. 1, Madrid, Akal, 2016, p. 21.

[43] Ionescu y Gellner, *op. cit*. *Vid*. Hermet, *op. cit*.

[44] Ionescu y Gellner, *op. cit*.

[45] *Ibid.*, p. 10.

[46] Wiles, *op. cit*., pp. 203 y ss.

[47] Yves Mény, "Populismo y democracia en Europa", *Metapolítica*, vol. 9, núm. 44, 2005, p. 61.

[48] Alfio Mastropaolo, "Equívocos populistas", *Metapolítica*, vol. 9, núm. 44, 2005, p. 47.

[49] Pierre-André Taguieff, "Las ciencias políticas frente al populismo: de un espejismo conceptual a un problema real", en Paul Piccone *et al.*, *Populismo posmoderno*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1996, p. 29.

[50] Worsley, *op. cit.*, p. 259.

[51] *Ibid.*, p. 267.

[52] Laclau, *op. cit*., p. 11.

[53] *Ibid.*, pp. 150 y ss. Ese sujeto político global es identificado por Laclau como la *plebs*.

[54] Giacomo Marramao, *Sobre el síndrome populista. La deslegitimación como estrategia política*, Barcelona, Gedisa, 2020, p. 38.

[55] *Ibid.*, pp. 41-42.

[56] *Ibid.*, p. 34.

[57] *Ibid.*, p. 30. La diferencia entre *hostis* e *inimicus* es recuperada de Carl Schmitt. *Vid*. Carl Schmitt, *El concepto de lo político*, Madrid, Alianza, 2005, pp. 49-106.

[58] Marramao, *op. cit.,* p. 28.

[59] *Cf*. Friedrich Nietzsche, *La voluntad de poder*, Madrid, Edaf, 1981.

[60] *Vid.* Luc Boltanski, *Enigmas y complots. Una investigación sobre las investigaciones*, Ciudad de México, FCE, 2016.

[61] *Ibid.*, p. 76.

[62] Giorgio Agamben, *Signatura Rerum. Sul metodo*, Turín, Bollati Boringhieri, 2008, p. 19.

[63] Hay, pues, un uso político del célebre teorema de Thomas: "Si los individuos definen las situaciones como reales, son reales en sus consecuencias". *Vid*. Robert K. Merton, "La profecía que se cumple a sí misma", en *Teoría y estructuras sociales*, Ciudad de México, FCE, 2002, p. 505.

[64] Zedillo, *op. cit*.

[65] Yves Charles Zarka, "Le populisme et la démocratie des humeurs", *Cités*, núm. 49, 2012, pp. 3-4.

[66] Thomas Piketty, *¡Ciudadanos, a las urnas! Crónicas del mundo actual*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2017, pp. 95-96.

[67] Zarka, *op. cit.*, pp. 4-5.

[68] *Idem*.

[69] Cover, *op. cit*., p. 45.

[70] Müller, *op. cit*., p. 63. *Vid*. Morlino y Raniolo, *op. cit.*; y Worsley, *op. cit.*

[71] Müller, *op. cit*., p. 63. Por su parte, Fernández Santillán insiste mucho sobre este aspecto "desintegrador" inherente a la exacerbación de las rivalidades frente a la lógica de la

"integración" política de la democracia. *Vid*. José Fernández Santillán, *Populismo, democracia y globalización*, Ciudad de México, Fontamara, 2018, p. 208.

III. LA IMPROVISACIÓN COMO REGLA

[1] La noción del "cualquierismo" la recupero de Perniola. *Vid*. Mario Perniola, *Berlusconi o il '68 realizzato*, Milán, Mimesis, 2011.

[2] Worsley, op. cit., p. 278.

[3] François-Xavier Bellamy, *Les déshérités ou l'urgence de transmettre*, París, Plon, 2014, pp. 157-158.

[4] Zygmunt Bauman, *La globalización. Consecuencias humanas*, Ciudad de México, FCE, 2001, p. 109.

[5] Emmanuel Todd, *Después de la democracia*, Madrid, Akal, 2010, p. 193.

[6] Fassin, *op. cit*., pp. 44 y ss. En este punto, el autor sigue de cerca la reflexión de Wendy Brown, *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*, Barcelona, Malpaso, 2015.

[7] Fassin, *op. cit*., p. 93.

[8] *Ibid.*, p. 10.

[9] *Ibid.*, p. 87.

[10] *Ibid.*, p. 95.

[11] Raymond Aron, *Études politiques*, París, Gallimard, 1972, p. 154.

[12] Fassin, *op. cit*., p. 24.

[13] Marramao, *op. cit.*

[14] Fassin, *op. cit*., p. 25.

[15] *Ibid*., p. 27.

[16] Jean-Luc Nancy, "Démocratie finie et infinie", en Giorgio Agamben *et al.*, *Démocratie, dans quel état?*, París, La Fabrique, 2009, p. 77.

[17] *Cf*. Tzvetan Todorov, *Les ennemis intimes de la démocratie*, París, Robert Laffont, 2012.

[18] Germani, *op. cit*., p. 231.

[19] Gino Germani, "Democracia representativa y clases populares", en Gino Germani, Torcuato S. di Tella y Octavio Ianni, *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*, Ciudad de México, Era, 1973, pp. 12-37.

[20] *Cf.* Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución mexicana*, Ciudad de México, Era, 2003; Arnaldo Córdova, *La política de masas del cardenismo*, Ciudad de México, Era, 2004.

[21] Germani, "Democracia representativa…", *op. cit*., p. 30.

[22] Mario Tronti, "Olvidar el siglo XX", *Metapolítica*, núm. 76, enero-marzo de 2012, p. 18.

[23] Giorgio Agamben, "De l'Etat de droit à l'Etat de sécurité", *Le Monde*, 24 de diciembre de 2015.

[24] *Idem*.

[25] Giorgio Agamben, *Homo sacer. Il potere sovrano e la nuda vita*, Einaudi, Turín, 2005, p. 12.

[26] Fassin, *op. cit*., p. 16.

[27] Enzo Traverso, *Melancolía de izquierda. Marxismo, historia y memoria*, Buenos Aires, FCE, 2018.

[28] Fassin, *op. cit*., p. 21.

[29] Bauman, *op. cit*., p. 104.

[30] Marco Revelli, *Oltre il Novecento. La politica, le ideologie e le insidie del lavoro*, Turín, Einaudi, 2001.

[31] John Dunn, *Libertad para el pueblo. Historia de la democracia*, Ciudad de México, FCE, 2014, p. 250.

[32] Hannah Arendt, *De la historia a la acción*, Buenos Aires, Paidós, 2008, p. 75.

[33] Marco Revelli, *Posizquierda. ¿Qué queda de la política en el mundo globalizado?*, Madrid, Trotta, 2015.

[34] Arendt, *op. cit*., p. 77.

[35] Claude Lefort, "Démocratie et avènement d'un 'lieu vide'", en *Le temps présent. Écrits 1945-2005*, París, Belin, 2007, p. 462.

[36] Claude Lefort, *La incertidumbre democrática: Ensayos sobre lo político*, Barcelona, Anthropos, 2004, p. 50.

[37] Lefort, "Démocratie et avènement…", *op. cit*., p. 463.

[38] *Idem*.

[39] Lefort, *La incertidumbre democrática…*, *op. cit*., p. 227.

[40] James G. March y Johan P. Olsen, *Governare la democrazia*, Boloña, Il Mulino, 1997, pp. 42-43.

[41] *Ibid.*, pp. 126-127.

[42] *Ibid.*, p. 47.

IV. ¿NUEVAS CLASES PELIGROSAS?

[1] Giorgio Agamben, *Stasis*. *La guerra civile come paradigma politico. Homo sacer II,* 2, Turín, Bollati Boringhieri, 2015, pp. 18-19 y 24.

[2] *Vid*. Müller, *op. cit*.

[3] Sobre la primera elección de Macron, *vid*. Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, *Cómo mueren las democracias*, Ciudad de México, Ariel, 2018, pp. 84 y 86.

[4] *Ibid.*, pp. 205 y ss.

[5] Rosanvallon, *Por una historia…*, *op. cit*., p. 49.

[6] Freedom House, *Freedom in the World 2022. The Global Expansion of Authoritarian Rule*, Washington D. C., 2022. Disponible en https://freedomhouse.org/report/freedom-world/2022/global-expansion-authoritarian-rule.

[7] Freedom House, Freedom in the World 2022: United States Data. Disponible en https://freedomhouse.org/country/united-states/freedom-world/2022.

[8] Corporación Latinobarómetro, *Informe 2018*, Santiago de Chile, 2018. Disponible en https://www.latinobarometro.org/latContents.jsp.

[9] *Idem.*

[10] Corporación Latinobarómetro, *Informe 2021*, Santiago de Chile, 2021. Disponible en https://media.elmostrador.cl/2021/10/Latinobarometro_Informe_2021.pdf

[11] *Ibid.*, p. 18, Corporación Latinobarómetro, *Informe 2018*, *op. cit*., pp. 13-15.

[12] Corporación Latinobarómetro, *Informe 2018*, *op. cit.*, pp. 13-14.

[13] *Cf*. Alain Supiot, *L'esprit de Philadelphie. La justice sociale face au marché total*, París, Seuil, 2010, pp. 91 y ss.

[14] World Justice Project, *Rule of Law Index 2021*, Washington D. C., 2021, p. 29. Disponible en https://worldjusticeproject.org/sites/default/files/documents/WJP-INDEX-21.pdf.

[15] Economist Intelligence Unit, *Democracy Index 2021. The China Challenge*, Londres, The Economist Group, 2021, pp. 12 y ss. Disponible en https://pages.eiu.com/rs/753-RIQ-438/images/eiu-democracy-index-2021.pdf?mkt_tok=NzUzLVJJUS00MzgAAAGCgy-w6hk2lF_vT4IQ91UVQ_IaRb8r8cikpBPHo_DNz49c4my3i3d1srYOpGPWuHXSMp8yDf-1Xw2N3vBCd42WJ0boKY6UJEMywsmHgnx1sHC7yg.

[16] Corporación Latinobarómetro, *Informe 2021*, *op. cit*.

[17] Mike Davis, *Planeta de ciudades miseria*, Madrid, Foca, 2007.

[18] Loïc Wacquant, *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2007. *Vid*. Serge Paugam, *Las formas elementales de la pobreza*, Madrid, Alianza, 2006, p. 187.

[19] Alessandro Pizzorno, "La naturaleza de la desigualdad: poder político y poder privado en la sociedad en vías de globalización", *Metapolítica*, año 25, núm. 113, abril-junio de 2021, pp. 6-32. *Vid*. Bauman, *op. cit*.

[20] Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 333-357.

[21] *Vid*. Leonardo Morlino, *Democracy between Consolidation and Crisis. Parties, Groups and Citizens in Southern Europe*, Oxford, Oxford University Press, 1998.

[22] Rosanvallon, *Le siècle du populisme…*, *op. cit*., pp. 39, 158 y 192.

[23] *Vid*. el capítulo anterior.

[24] Supiot, *op. cit.*, pp. 45 y ss.

[25] Roiz, *op. cit*.

[26] Barrington Moore, *La injusticia. Bases sociales de la obediencia y la rebelión*, Ciudad de México, IIS-UNAM, 2007.

[27] Louis Chevalier, *Classes laborieuses et classes dangereuses à Paris, pendant la première moitié du XIX^e siècle*, París, Librairie Générale Française, 1978, p. 176.

[28] Cyprien Mycinski, "Une étincelle à Paris fait le printemps des peuples", *Le Monde Hors-Série*, núms. 70-71, 2018, p. 70.

[29] Jean Sigmann, *1848. Las revoluciones románticas y democráticas de Europa*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1977, p. 177.

[30] Francisco Rodríguez Adrados, *Historia de la democracia. De Solón a nuestros días*, Madrid, Temas de Hoy, 1997, p. 291.

[31] Pierre Manent, "Los problemas actuales de la democracia", *Istor*, año V, núm. 18, otoño de 2004, p. 28.

[32] Sigmann, *op. cit*.; y Mycinski, *op. cit*.

[33] Costa, *op. cit*., p. 34.

[34] *Ibid.*, p. 35.

[35] Manent, *op. cit*., p. 29.

[36] *Vid*. Laclau, *op. cit*. Quien advierte de este desliz es Fernández Santillán, *Populismo…*, *op. cit*., p. 193.

[37] Pierre Rosanvallon, *El pueblo inalcanzable. Historia de la representación democrática en Francia*, Ciudad de México, Instituto Mora, 2004, p. 302.

[38] Pizzorno, *Il velo della diversità…*, *op. cit.*, pp. 296-398.

V. AMLO, ¿UN REPUBLICANISMO PLEBEYO?

[1] Córdova, *La ideología de…*, *op. cit*., pp. 23-29 y 33.

[2] *Ibid.*, p. 33. *Vid*. Juan Felipe Leal, "Hacia una teoría explicativa del populismo mexicano", *Estudios Políticos*, época 3, núm. 1, 1990, p. 22.

[3] *Ibid.*, pp. 22-23.

[4] Guillermo Osorno, "Andrés Manuel López Obrador (Distrito Federal, PRD, 2000-2005). Entre la movilización y el gobierno", en Andrew Paxman (coord.), *Los gobernadores. Caciques del pasado y del presente*, Ciudad de México, Grijalbo, 2018, p. 418.

[5] Mejía Madrid, *op. cit*., pp. 12-13.

[6] Roger Bartra, *Regreso a la jaula. El fracaso de López Obrador*, Ciudad de México, Debate, 2021, p. 43.

[7] Luis González de Alba, *AMLO. La construcción de un liderazgo fascinante*, Ciudad de México, Cal y Arena, 2007, p. 52.

[8] Javier Franzé, "Antiguos nuevos problemas: la deuda social de la democracia argentina", *Estancias. Revista de Investigación en Derecho y Ciencias Sociales*, año 2, núm. 3, enero-junio de 2022, p. 257.

[9] Bartra, *op. cit*., pp. 125-127.

[10] *Idem*.

[11] Una crónica de los videoescándalos de 2004 se encuentra en Raúl Monge, *El tango de Ahumada. Su vida, sus negocios y sus mujeres*, Ciudad de México, Grijalbo/Proceso, 2004.

[12] *Cf*. Mario Perniola, "El 68 mexicano: nacidos para ser vencidos, no para negociar", *Revista de Occidente*, núm. 332, enero de 2009, pp. 25-40.

[13] González de Alba, *op. cit*., p. 26.

[14] Osorno, *op. cit*., p. 417.

[15] González de Alba, *op. cit*., p. 59.

[16] *Idem.*

[17] Osorno, *op. cit*., pp. 421 y 426.

[18] Carlos Illades, *Vuelta a la izquierda. La cuarta transformación en México: del despotismo oligárquico a la tiranía de la mayoría*, Ciudad de México, Océano, 2019, p. 78.

[19] Mejía Madrid, *op. cit*., p. 27.

[20] Osorno, *op. cit*., p. 429.

[21] *Cf*. Federico Navarrete, *Alfabeto del racismo mexicano*, Barcelona, Malpaso, 2016.

[22] Raymond Aron, *Introducción a la filosofía política. Democracia y revolución*, Barcelona, Paidós, 1999, p. 128.

[23] Bartra, *op. cit*., p. 23.

[24] Sobre la estrategia de deslegitimación del oponente por parte del populismo, *vid*. Marramao, *op. cit.*

[25] González de Alba, *op. cit*., p. 28.

[26] Bartra, *op. cit*.

[27] Guillermo Sheridan, "Gertz Manero, a la sombra del plagio", *El Universal*, 6 de julio de 2021. Disponible en https://www.eluniversal.com.mx/opinion/guillermo-sheridan/gertz-manero-la-sombra-del-plagio.

[28] Jonathan Fox, "The Difficult Transition from Clientelism to Citizenship. Lessons from Mexico", *World Politics*, vol. 46, núm. 2, enero de 1994, pp. 151-184.

[29] Leal, *op. cit*., p. 30.

[30] Jorge Castañeda, *La herencia. Arqueología de la sucesión presidencial en México*, Ciudad de México, Alfaguara, p. 268.

[31] María Amparo Casar, "Cien años de política", en María Amparo Casar y Guadalupe González (eds.), *México 2010. El juicio del siglo*, Ciudad de México, Taurus, 2010, pp. 43 y 51.

[32] El comercial está disponible en https://www.youtube.com/watch?v=hyxmpHCGsNk.

[33] El comercial está disponible en https://www.youtube.com/watch?v=eU7JJEO3np8.

[34] Como saben los lectores de Max Weber, la conferencia de este autor sobre la política como vocación fue pensada para identificar el nacimiento de la Gran Política del siglo XX. *Cf*. Weber, *op. cit.*

[35] Esta práctica ya había sido advertida hace tiempo por González de Alba, *op. cit*., p. 55. Bartra, *op. cit*., pp. 178 y ss.

[36] González de Alba, *op. cit*., p. 144.

[37] Osorno, *op. cit*., p. 434.

[38] Bartra, *op. cit*., p. 36.

[39] Andrés Manuel López Obrador, *2018. La salida. Decadencia y renacimiento de México*, Ciudad de México, Planeta, 2018, p. 245.

[40] Andrés Manuel López Obrador, *A mitad del camino*, Ciudad de México, Planeta, 2021, p. 268.

[41] El seguimiento completo está disponible en http://www.spintcp.com/conferenciapresidente/. Los datos citados se encuentran en https://twitter.com/luisestrada_/status/1606446448811380736/photo/1.

[42] Andrés Manuel López Obrador, "Presentación", en Jesús Ramírez Cuevas (coord.), *Nuevo proyecto de nación. Por el renacimiento de México*, Ciudad de México, Grijalbo, 2011, pp. 9-10.

[43] Fernández Santillán, *Populismo…*, *op. cit*., p. 165.

[44] *Ibid.*, p. 180.

[45] Andrés Manuel López Obrador, *Hacia una economía moral*, Ciudad de México, Planeta, 2019, pp. 44-45.

[46] González de Alba, *op. cit*., p. 63.

[47] Bartra, *op. cit*., pp. 77 y ss.

[48] *Ibid.*, p. 98.

[49] Andrés Manuel López Obrador, "Mensaje de AMLO en el cierre de campaña en el Estadio Azteca", 27 de junio de 2018. Disponible en https://lopezobrador.org.mx/2018/06/27/cierre-de-campana-amlo-en-vivo-desde-el-estadio-azteca/.

[50] *Cf*. Pierre Bourdieu, *La nobleza de Estado. Educación de élite y espíritu de cuerpo*, Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2013.

[51] Jesús Silva-Herzog Márquez, "La tenacidad de López Obrador", *El País*, 27 de junio 2018. Disponible en https://elpais.com/elpais/2018/06/26/opinion/1530025526_050081.html.

[52] Bartra, *op. cit.*

[53] Carlos Bravo Regidor y Juan Espíndola Mata, "El peligro populista como autorretrato liberal", *Letras Libres*, núm. 240, 2018. Disponible en https://www.letraslibres.com/mexico/revista/el-peligro-populista-como-autorretrato-liberal.

[54] *Cf*. Mario Perniola, *El sex appeal de lo inorgánico*, Madrid, Trama, 1998.

VI. EL ANATEMA DE DONALD TRUMP

[1] Mark Singer, *El show de Trump. Perfil de un vendedor de humo*, Ciudad de México, Debate, 2016, p. 85.

[2] Aaron James, *Trump. Ensayo sobre la imbecilidad*, Barcelona, Malpaso, 2016, p. 20.

[3] Singer, *op. cit*., p. 50.

[4] *Ibid.*, p. 49.

[5] Juan Corominas, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos, 1984, p. 872.

[6] "Fascinación", *Diccionario de la lengua española*. Disponible en https://dle.rae.es/fascinaci%C3%B3n.

[7] Singer, *op. cit*., p. 85.

[8] *Ibid.*, p. 86.

[9] *Ibid.*, p. 82.

[10] Pablo Guimón, "El abogado del chamán de QAnon: ¿Causó Trump el asalto al Congreso? Sin ninguna duda", *El País*, 18 de enero de 2021. Disponible en https://elpais.com/internacional/elecciones-usa/2021-01-18/el-abogado-del-chaman-de-qanon-causo-trump-el-asalto-al-congreso-sin-ninguna-duda.html. Las cursivas son mías.

[11] Singer, *op. cit*., p. 83.

[12] Mateo Sancho Cardiel, "Salman Rushdie: Vivimos en la cultura de la ignorancia agresiva", *Babelia*, suplemento cultural del periódico *El País*, núm. 1354, 4 de noviembre de 2017, p. 4.

[13] Lefort, *La incertidumbre democrática…*, *op. cit*., p. 50.

[14] Singer, *op. cit*., p. 77.

[15] James, *op. cit*., p. 39.

[16] Singer, *op. cit*., p. 20.

[17] James, *op. cit*., p. 12.

[18] *Ibid.*, p. 74.

[19] Singer, *op. cit*., p. 86.

[20] Rosanvallon, *La contrademocracia…*, *op. cit*., p. 177.

[21] *Idem*.

[22] Immanuel Kant, *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime*, Ciudad de México, FCE/UNAM/UAM Iztapalapa, 2004, pp. 56-57.

[23] Brown, *op. cit.*, pp. 51 y ss.

[24] *Ibid*., p. 64.

[25] Paul Ginsborg, *Berlusconi, ambizioni patrimoniali di una democrazia mediatica*, Turín, Einaudi, 2003, p. 24.

[26] *Idem.*

[27] Matías Bauso, "Los 85 años de Berlusconi: millones, escándalos sexuales y una vida dedicada al poder", *Infobae*, 29 de septiembre de 2021. Disponible en https://www.infobae.com/historias/2021/09/29/los-85-anos-de-berlusconi-millones-escandalos-sexuales-y-una-vida-dedicada-al-poder/.

[28] Tarchi, *op. cit.*, pp. 283-284.

[29] *Ibid.*, p. 300.

[30] Citado en la revista italiana *Diario*, año VIII, núm. 19, 16-19 mayo de 2003, p. 14.

[31] Levitsky y Ziblatt, *op. cit*., p. 93.

[32] La idea de golpe de Estado mediático se le debe a Paul Virilio, citado en Michelangelo Bovero, *Los desafíos actuales de la democracia*, Ciudad de México, IFE, 1996, pp. 11-12.

[33] Alessandro Pizzorno, *Il potere dei giudici. Stato democratico e controllo della virtù*, Roma, Laterza, 1998, p. 93.

[34] Personaje que a la postre salta también al campo de la política y que poco a poco se aproximará a la mentalidad populista de los partidos italianos que había combatido en los tribunales milaneses. *Vid*. Tarchi, *op. cit.*, pp. 310 y ss.

[35] El interrogatorio completo a Bettino Craxi está disponible en https://www.youtube.com/watch?v=l_ud8dXY2HE&t=894s. La cita que utilizo está a partir del minuto 6.

[36] Tarchi, *op. cit.*, p. 281.

[37] *Idem*. No es fortuito que cuando Vicente Fox llega a la presidencia de México en el 2000, rápidamente se le compare con Berlusconi en estos dos componentes que también utilizó en su administración, aunque, en el caso de Fox, es más preciso hablar de un populismo ultramontano.

[38] Tarchi, *op. cit.*, p. 281.

[39] Perniola, *Berlusconi…*, *op. cit*., p. 11.

[40] Tarchi, *op. cit.*, p. 334.

[41] *Ibid.*, pp. 337-339.

[42] I*bid.*, pp. 339-340.

[43] *Ibid.*, p. 340.

[44] Marco Revelli, *Populismo 2.0*, Turín, Einaudi, 2017, p. 206. *Vid*. Tarchi, *op. cit.*, p. 341.

[45] James, *op. cit*., pp. 50-51.

[46] Colin Crouch, *Postdemocrazia*, Roma-Bari, Laterza, 2003.

[47] Rosanvallon, *La contrademocracia…*, *op. cit*., p. 55.

VII. ¿PARA QUÉ NECESITAMOS LA POLÍTICA?

[1] Germani, *Política y sociedad…*, *op. cit*., p. 233.

[2] Rosanvallon, *Por una historia…*, *op. cit*., p. 71.

[3] *Vid*. Wolfe, *op. cit*., pp. 281 y ss.

[4] Agamben, "Che cos'è…", *op. cit*., p. 31.

[5] Delsol, *op. cit*., pp. 24-25.

[6] *Ibid.*, p. 32.

[7] Sobre este debate, *vid*. Ana Micaela Alterio y Roberto Niembro Ortega, *Constitucionalismo popular en Latinoamérica*, Ciudad de México, Porrúa, Escuela Libre de Derecho, 2013.

[8] Sobre sus críticas a la prensa y a los intelectuales opuestos a su proyecto, *vid*. López Obrador, *A mitad…*, *op. cit*., pp. 236-255.

[9] Lefort, "Démocratie et avènement…", *op. cit*., p. 464.

[10] Sobre el tema de la conversión política, *vid*. Pizzorno, *Il velo della diversità…*, *op. cit.*

[11] Pizzorno, "Las raíces de…", *op. cit*., p. 78. Las cursivas son mías.

[12] Pizzorno, *Il velo della diversità…*, *op. cit*.

[13] Delsol, *op. cit*., p. 42. Las cursivas son mías.

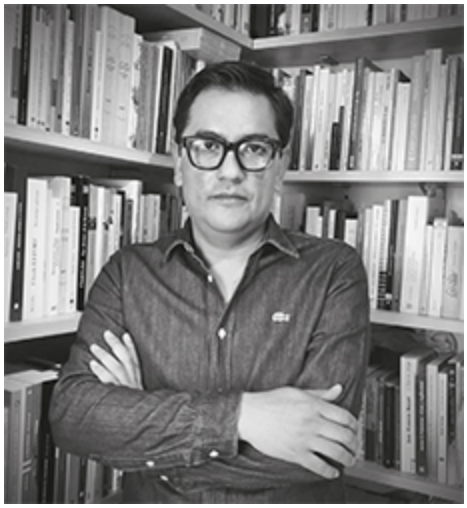
[14] Nicolás Maquiavelo, *Discursos sobre la segunda década de Tito Livio*, Madrid, Alianza, 2009, pp. 41-42.

[15] Giorgio Agamben, *Quando la casa brucia. Dal dialetto del pensiero*, Macerata, Giacometti & Antonello, 2020, p. 12.

El populismo es una de las patologías políticas contemporáneas más relevantes para el estudio empírico de las dinámicas del poder. La imagen que evoca nos lleva de inmediato a personajes polémicos como Donald Trump, Vladimir Putin, Beppe Grillo, Evo Morales, Nicolás Maduro, Hugo Chávez, Cristina Kirchner, Rafael Correa, Andrés Manuel López Obrador, entre otros. Pero también a formaciones partidistas como Podemos y Vox en España, el Movimiento 5 Stelle en Italia o Morena en México; así como a fenómenos inéditos como el Brexit en Inglaterra o el surgimiento del activismo nativista armado en Estados Unidos. El campo histórico de su desarrollo es amplio.

Con la intención de sobrepasar el uso convencional o «de moda» que el concepto convoca en el terreno académico y más allá de él, Israel Covarrubias —doctor en ciencia política y autor de *Maquiavelo. Una guía contemporánea de lectura sobre lo político y el Estado*— presenta este ensayo en el que pone a discusión algunos de los efectos que ha tenido el ascenso del populismo para la democracia. Recorre desde los orígenes y el significado del término, los usos políticos de esa ideología, la construcción de esa identidad populista hasta casos contemporáneos de Europa, América Latina y Estados Unidos.

Basado en las herramientas que nos ofrece la teoría política, *La fascinación del populismo* es una lectura amplia de uno de los fenómenos políticos más debatidos en los últimos años que nos permitirá entender las líneas generales de los populismos «realmente» existentes en el actual concierto de naciones.



Israel Covarrubias es doctor en ciencia política por la Universidad de Florencia, Italia, y maestro en sociología política por el Instituto de Investigaciones Dr. José Ma. Luis Mora. Es profesor de teoría política en la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de Querétaro (UAQ), y miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Es autor de los libros *Festina lente. El relato democrático en el contexto pandémico, Enciclopedia portátil de teoría política, Los espejos de la democracia. Ley, espacio político y exclusión, El drama de México. Sujeto, ley y democracia*, entre otros. Asimismo, es director de *Estancias. Revista de Investigación en Derecho y Ciencias Sociales*. En Penguin Random House publicó la obra *Maquiavelo. Una guía contemporánea de lectura sobre lo político y el Estado*.

La fascinación del populismo
Razones y sinrazones de una forma política actual

Edición en formato digital: mayo, 2023

D. R. © 2023, Israel Covarrubias

D. R. © 2023, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.com.mx).

ISBN: 978-607-383-121-5

Composición digital: Tangram. Comunicación y Estrategias Digitales

Facebook: @penguinebooks
Twitter: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx
Youtube: @penguinlibrosmx

Índice

Introducción

I. La ideología y el porvenir de la disimulación
- Origen y significado de la palabra
- Los usos políticos de la ideología
- La construcción de la identidad populista

II. ¿De qué hablamos cuando usamos la palabra "populismo"?
- Una politicidad atípica
- Las oscilaciones semánticas e históricas del pueblo
- ¿Cómo definir el populismo contemporáneo?
- Una propuesta para su estudio

III. La improvisación como regla
- La banalización de la democracia
- La base humoral de nuestra sociedad
- Una herencia sin testamento

IV. ¿Nuevas clases peligrosas?
- La disputa por las libertades
- Los condenados de la democracia
- Las clases peligrosas

V. AMLO, ¿un republicanismo plebeyo?

Disyunciones y conjunciones del sistema
La visión pragmática versus la visión normativa
Fin de régimen y democracia tumultuaria

VI. El anatema de Donald Trump
Atracción y engaño
La tiranía de la vanagloria
La negación de la política
El populismo pop

VII. ¿Para qué necesitamos la Política?
Vivir en dos tiempos
Las máscaras del pueblo
El poder ritual del débil

Notas

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos